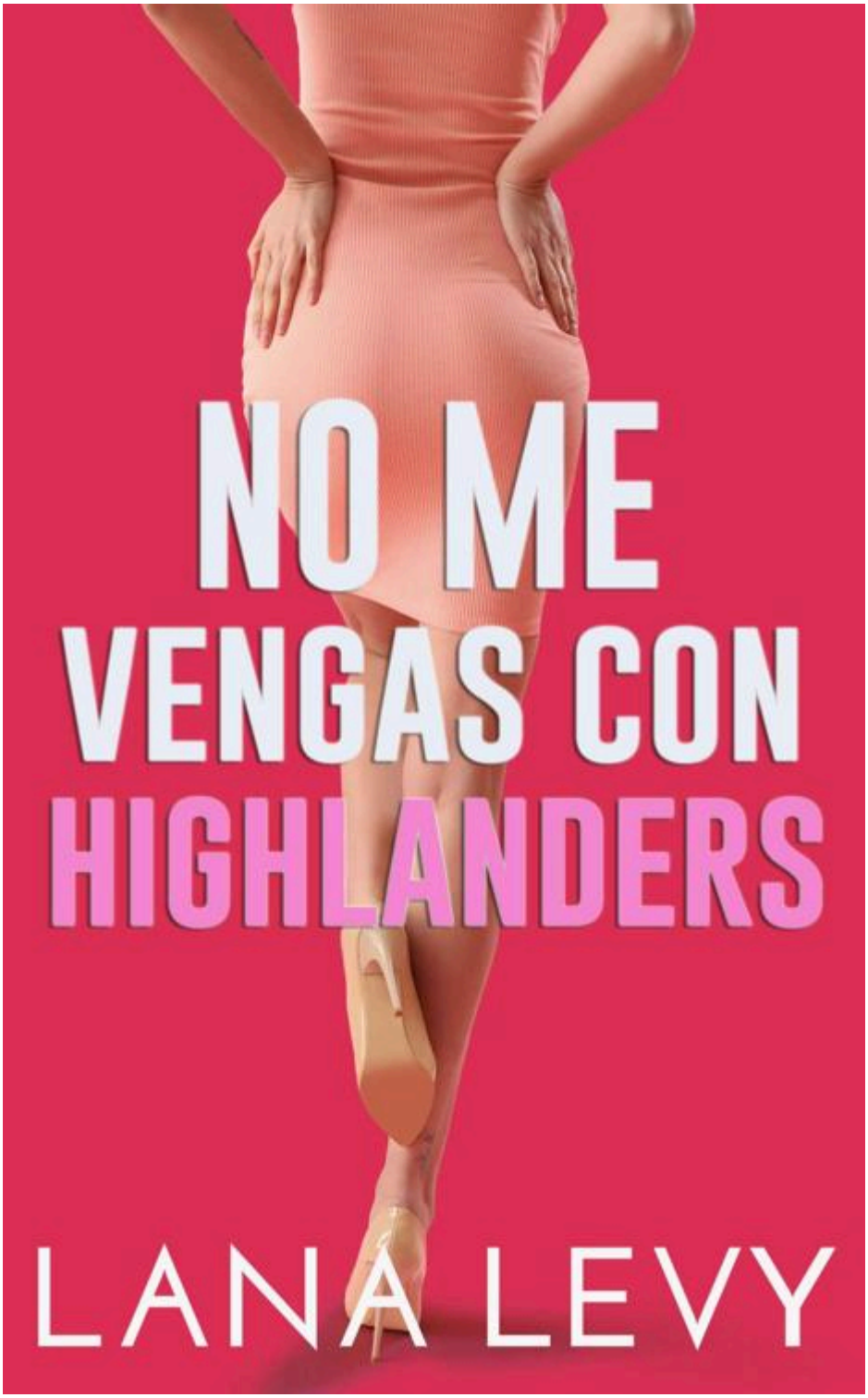

NO ME
VENGAS CON
HIGHLANDERS
LANA LEVY


NO ME
VENGAS CON
HIGHLANDERS
LANA LEVY

Contenido

CRÉDITOS
SINOPSIS
NO ME VENGAS CON HIGHLANDERS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
EPÍLOGO
CONTACTO
YA DISPONIBLE
YA DISPONIBLE
YA DISPONIBLE
YA DISPONIBLE

NO ME VENGAS CON HIGHLANDERS

Primera edición: Junio 2025

Copyright © Lana Levy, 2025

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Email de contacto: lanalevyautora@yahoo.com

SINOPSIS

Lorena, directora de un hotel boutique en Madrid, ve cómo su día a día se tambalea cuando un ambicioso proyecto amenaza con destruir todo por lo que ha trabajado.

Pronto construirán otro hotel frente al suyo, y detrás de él se encuentra Angus MacDonald, un *highlander* encantador con el que compartió una noche años atrás. Pero Lorena no es de las que se rinden. Decide viajar a Escocia para frenarlo…y para reencontrarse con aquel hombre que la dejó durmiendo en una habitación de hotel.

Y la chispa entre ellos resucita.

¿Puede una mujer de armas tomar enamorarse sin perder el control?

Adéntrate en esta comedia romántica contemporánea llena de humor, choques culturales y segundas oportunidades. Y vive ese momento en el que descubres que el mayor riesgo no es enamorarse, sino no hacerlo…

No me vengas con highlanders

Lana Levy

CAPÍTULO 1

Nunca he entendido a la gente que necesita irse a un retiro espiritual para encontrarse a sí misma. Yo me encontré hace años en la recepción de un hotel, con cuatro teléfonos sonando, un cliente japonés pidiendo un adaptador para el enchufe y una influencer gritando porque sobre su ventana había un nido de palomas. Ahí, justo en ese momento, supe que estaba donde debía estar.

No, amigas. Yo no necesito yoga. Yo tengo mi hotel.

Bueno, no es *mi* hotel. Es de una cadena italiana con nombre de pasta, pero lo llevo yo desde hace cinco años, y cuando digo "lo llevo" quiero decir que si yo faltara cinco días seguidos se derrumbaría como un suflé mal hecho. Sin mí, esto sería como un hostal de carretera con el minibar caducado.

—¿Lorena? —asomó la cabeza Iris, mi asistente, desde la puerta, con cara de funeral—. Giulio quiere verte. Urgente.

Me la quedé mirando. Giulio nunca quiere verme. Como mucho me manda un *panettone* por Navidad y un "Buen trabajo, Lorena" por WhatsApp con un emoji de aplauso cada cierto tiempo. Que quiera verme y que encima sea "urgente" es la versión hotelera de "Houston, tenemos un problema".

—¿Urgente en plan "ha explotado una caldera" o urgente de "vamos a morir todos"? —pregunté, mientras guardaba el móvil y me ponía la chaqueta.

Se avecinaba un día complicado. Tocaba reunión con los de mantenimiento, y tenía unas palabras intensas preparadas para el

jefe del turno de noche. Pero Giulio manda y siempre es mi prioridad. Al fin y al cabo él es quien paga mi nómica.

—Urgente en plan "no te quiero asustar pero he oído la palabra 'recalificación", —susurró Iris, haciéndome un gesto dramático con los dedos.

Ah, genial. Urbanismo. Mi droga favorita.

Tomé el ascensor y subí al despacho de la última planta, ese al que solo accedes si llevas americana y reloj caro. Giulio Aprile, el jefazo, estaba allí, de pie junto a la ventana, mirando el solar que hay justo delante del hotel, como si esperara que de él saliese humo negro o un dragón. Y no, no exagero. Tiene ese aire de empresario con vocación de emperador romano.

—Lorena, pasa —dijo, sin mirarme—. Tenemos un problemita.

Qué bien. A mí me encanta un buen problema para desayunar.

—Dime que no es por culpa del jacuzzi del ático. Ya les dije que esas luces *led* parecían una nave espacial. Una clienta se pensó que íbamos a rodar una peli porno.

Giulio ni se rió. Eso sí que era grave. Normalmente me reía las gracias.

—¿Ves ese solar?

—El de enfrente. Claro que lo veo. Lo veo cada mañana mientras reprimo el impulso de plantar un olivo para no mirar los desconchones de debajo del mostrador de recepción.

—Van a construir otro hotel.

Se hizo un silencio dramático. Me lo comí entero sin pestañear.

—¿Perdón?

—Otro hotel. Un cinco estrellas. Fachada de cristal. Spa. *Rooftop.* Todo lo que tú y yo odiamos.

—¿Y esto es legal?

—Completamente.

Me dejé caer en la silla como si alguien me hubiera retirado las pilas. Delante de nuestro hotel. Otro hotel. Justo delante. ¿Sabes lo que es tener un hotel en el centro de Madrid y que te planten delante pero más nuevo y mejor? Pues lo mismo que abrir un restaurante con estrella Michelin y que el de la mesa de enfrente empiece a servir el mismo menú pero con camareros en patines.

—¿Quién está detrás de esto?

Giulio tardó un segundo en responder. Un segundo de más.

—Angus MacDonald.

Me atraganté con mi propia saliva. Tosí. Tragué. Y me reí, una risita seca y nerviosa, como si me hubieran contado que mi ex se ha metido a monje.

—¿Perdón?

Giulio me miró, alucinando supongo, ante la posibilidad de que yo no conociese la leyenda de Angus MacDonald.

—El escocés. Hotelero y encima también constructor. Millonario. Excéntrico. Dueño de media Europa.

—No, si ya…Sé quién es.

Claro que lo sabía.

Conocía el olor de su piel después de ducharse. El timbre de su voz en mi oído cuando me decía que le encantaban las mujeres que mandan. Sabía cómo me había temblado todo el cuerpo aquella noche. Y también sabía que no volví a verle jamás. Pero de eso, por suerte, hacía ya ¿unos siete años? O tal vez cinco, ni me acuerdo.

—Queremos que hables con él. Que le expliques nuestra situación y le convenzas de elegir otro terreno. Tenemos contactos. Podemos ofrecerle alternativas en la ciudad.

—¿Y por qué yo?

Giulio me miró como si acabara de preguntar por qué el cielo es azul.

—Porque eres la directora del hotel, porque tienes labia, y porque si alguien puede frenar esto, eres tú.

Ya. Y porque jamás le he dicho que conocía a Angus MacDonald y que tenía una razón de peso para mantener las distancias. Porque jamás le he dicho a Giulio —obviamente— que me acosté con él en un hotel de Lisboa en una feria del sector cuando los dos éramos unos pipiolos. Porque una tiene su dignidad, y porque siempre he sido muy estricta con eso de no mezclar negocios y placeres.

Excepto aquella vez.

Suspiré, lentamente. Como quien se pone una venda y salta al vacío.

—Está bien. Hablaré con él. ¿Dónde está ahora?

—En Escocia. En su castillo. Me han dicho que últimamente no sale mucho de allí.

—¿Tiene un castillo?

—Claro que tiene un castillo. Es un MacDonald. Tiene castillo, falda escocesa y probablemente gaitas en el baño.

Cerré los ojos.

Un castillo.

Lo que me faltaba.

—Vale —dije, levantándome—. Pero no prometo nada.

—Solo prométeme que lo intentarás —dijo Giulio.

Y yo asentí. Como una mártir con tacones.

Bajé a mi despacho sin mirar a nadie. Entré, cerré la puerta y apoyé la frente en la mesa. Iris me miró desde su silla con curiosidad.

—¿Todo bien?

—Me temo que nos vamos a Escocia.

—¿Cómo? ¿A Escocia?

—Lo que te cuento. Prepara maletas y coge ropa de abrigo. Y pastillas para el mareo. Y una lista de excusas para cuando me metan en la cárcel por asesinato en primer grado.

—¿Y eso?

Levanté la cabeza y la miré fijamente.

—Porque tengo que ver al Highlander que casi me arruina la vida.

Iris soltó una carcajada. Después dio unos saltitos y aplaudió.

—No me digas que me llevas contigo. Te quiero, jefa.

—Por supuesto que te llevo.

—Esto va a ser épico.

No sé si *épico* es la palabra. Pero sí sabía una cosa: si me iba a enfrentar a *ese* pasado, más me valía llevar refuerzos, por lo que pudiera pasar.

CAPÍTULO 2

Había pasado exactamente una hora y cuarenta y siete minutos desde que le dije a Giulio que sí. Que por supuesto. Que encantada de plantarme en Escocia a hablar con el dichoso señor MacDonald.

Una hora y cuarenta y siete minutos en los que mi alma había descendido por una espiral de ansiedad que ni el algoritmo de Instagram en plena madrugada.

¿Qué coño me pasa?

Normalmente tardo más en aceptar una reserva para la suite nupcial. Y eso que implica lidiar con novias lloronas, pétalos de rosa y el champán mal digerido.

Me abroché el abrigo con todo el ímpetu y salí a la calle a eso de las siete de la tarde, dejando a Iris reorganizando mi agenda con la eficacia de una IA con estrés laboral. Caminé durante un rato por el centro, sin rumbo fijo.

Pánico.

Pero no un pánico bonito y emocionante, tipo "me caso en dos días y no sé qué ramo elegir". Pánico feo. Del tipo "voy a ver a un ex que me desordenó todos los chakras y que ahora quiere plantar un hotel delante de mi cara".

Giré la esquina de la Gran Vía con la intención de despejarme, pero lo único que encontré fueron turistas, un hombre vestido de Spider-Man tocando la flauta y mi reflejo en un escaparate, que me miraba con cara de "te has metido en un berenjenal, tía".

¿Y si me había precipitado diciendo que sí?

¿Y si en vez de implicarme en aquel jaleo me quedaba aquí y manejaba la situación como una profesional sensata, con un par de llamadas de teléfono, en lugar de subirme a un avión?

Saqué el móvil y marqué el número de Javier, uno de mis contactos en Urbanismo. Un tío con cara de funcionario triste pero que siempre me pasaba información útil a cambio de cafés y chismes sabrosos del sector.

Descolgó enseguida.

—¿Lorena? Pero…¿y este milagro?

—¿Tú me quieres, Javier?

—Eh… ¿qué has hecho ahora?

—Nada ilegal. De momento. Oye, ¿a ti te suena que hayan recalificado el solar de la calle San Quintín?

Oí el sonido de un teclado. Después silencio. Y más teclado.

—Sí. Aprobado hace tres semanas. Van a construir un hotel. Cinco estrellas. Fachada moderna, estilo minimalista, ya sabes, de esos que parecen una tienda Apple con camas.

—Lo del hotel ya lo sé, por desgracia. Lo va a hacer un escocés, MacDonald. Está delante del mío. Pero, ¿está todo en regla?

—Completamente. El proyecto es sólido, el terreno ya es suyo y las licencias van como un tiro. Es más, según mis fuentes, empiezan las obras en tres meses.

Tres meses.

Me apoyé en una pared como si me acabaran de clavar una lanza vikinga en el costado.

—¿Y no hay forma de detenerlo? ¿Un error técnico? ¿Un informe ambiental mal hecho? ¿Unas ardillas en peligro que tengan allí su casita?

—Lorena…

—¿Y si contrato actores y hago una protesta nudista en la obra? ¿Crees que saldría en medios?

—No tienes remedio —rió Javier—. Mira, puedes intentar hablar con la promotora. Pero no creo que funcione. Esta gente no improvisa. Y menos MacDonald.

Ahí estaba el nombre maldito. MacDonald. Su apellido sonaba como una amenaza legal con acento del norte.

—Gracias, Javier. Te debo un cortado y un cotilleo jugoso.

—Más pronto que tarde, por favor.

Colgué y respiré hondo. Muy hondo. Casi me hiperventilo delante de una tienda de yogures griegos.

Estaba más que claro: el plan ya estaba en marcha. Y nadie nos había dicho nada. Ni un mísero "hola, que sepáis que os vamos a joder vivos". No, Angus MacDonald había decidido pasar por encima de nosotros como si fuésemos una baldosa rota en el camino hacia su imperio hotelero.

Eso, más que profesional, era de ser un cabrón sin modales.

Me indignó. Me indignó muchísimo.

Había una norma no escrita en nuestro mundillo: si vas a competir en la misma calle que otro hotel, por lo menos tienes la decencia de invitar a un café y aplacar los ánimos. Angus ni eso. Cero llamadas. Cero correos. Ni un mísero mensaje en LinkedIn. Ni siquiera un emoji. Eso sí que era crueldad emocional.

Y encima, la última vez que lo vi estábamos desnudos.

Estaba claro que lo nuestro no había sido solo físico. También fue táctico: él se largó antes de que yo pudiera recordar que los escoceses no vienen solos, vienen siempre con problemas. Con castillos. Y con planes de conquista.

Seguí caminando, esta vez con un rumbo más claro: mi bar de confianza. Un tugurio pequeño, con luz tenue, buen vermut y un camarero que me llama "jefa" aunque yo personalmente nunca le he subido el sueldo.

Entré, saludé con la barbilla y me senté en la barra.

—¿Qué tal tu día, *jefa*? —me dijo el camarero, Dani, mientras preparaba mi copa sin preguntar.

—Estoy a punto de viajar a Escocia a enfrentarme a un ex que quiere poner un hotel delante del mío.

—Ups…Si lo sé no te pregunto. ¿Qué te pongo? ¿Café doble?

—Hazlo triple.

Bebí un sorbo y apoyé la cabeza en la mano.

¿Qué me iba a encontrar allí?

Angus era un misterio con piernas fuertes y largas y la típica mirada de "sé lo que hago y si te descuidas hasta sé bailar salsa".

Como buen millonario, no tenía redes sociales, no daba entrevistas, y la mayoría de las fotos suyas que aparecían en Google eran en blanco y negro, como si fuera un *lord* británico del siglo diecinueve.

Deslicé el dedo por la pantalla, contemplando las escasísimas fotos suyas que había en Internet. Algunas con traje. Otras con kilt. En todas salía atractivo y con pintas de cabrón.

Y ahora tenía que ir a buscarlo.

¿Y si me ignoraba?

¿Y si fingía no conocerme?

¿Y si me invitaba a quedarme en su castillo con una bata de satén y una copa de whisky en la mano?

Vale. Eso último no me ayudaba a tranquilizarme.

Saqué el móvil otra vez. Entré en el correo del trabajo y abrí la carpeta que Iris había creado con el título "MISIÓN ESCOCIA". Dentro ya había billetes, reservas, documentos sobre la promotora MacDonald Estates, y hasta un mapa de las Tierras Altas y una nota suya que decía "lleva bragas térmicas".

Me reí, y esa tontería me animó enseguida.

Iris era una bendita. Y también era la única persona en el planeta a la que le hacía gracia mi vida amorosa. O más bien su inexistencia.

Le escribí un Whatsapp:

"¿Tú crees que esto es una mala idea?"

Ella respondió al segundo:

"Yo creo que va a ser la mejor comedia romántica del año. ¿Qué pongo en la maleta, tía, la katana o el eyeliner waterproof?"

Sonreí, pese a todo. Tal vez no estaba tan sola en esto.

Apuré el café, que no me ayudaría a conciliar el sueño precisamente, dejé unas monedas en la barra y salí del bar con el aire frío de la ciudad pegándome en la cara como si quisiera espabilarme a bofetadas.

Vale. La guerra había comenzado.

Y esta directora del hotel estaba lista.

Nos vamos a Escocia… y que pase lo que tenga que pasar.

CAPÍTULO 3

—¿Seguro que no quieres un ansiolítico? —preguntó Iris mientras nos abríamos paso por la T4 del aeropuerto como si fuéramos dos ejecutivas a la fuga.

—Tengo el estómago vacío, me desmayo y acabamos en las noticias. ¿Eso quieres?

—La verdad es que no suena tan mal —replicó, encogiéndose de hombros—. Saldrías monísima en cámara, con ese abrigo.

Solté un bufido, uno discreto, porque nunca me ha gustado perder la compostura en público. Aunque Iris tenía razón: llevaba uno de mis abrigos favoritos, ese gris oscuro con hombreras marcadas que me hacía parecer más alta y menos… inquieta. Intentaba proyectar control. Profesionalidad. El pequeño detalle de que me estuviera comiendo las uñas por dentro era solo mío.

—¿Y si no vamos? —sugerí, mientras buscábamos una mesa libre en la cafetería más cercana.

—¿Y si me convierto en directora del hotel antes de los treinta? —respondió ella con una sonrisa torcida—. Vamos, Lorena. Esto no es solo trabajo. Es… historia. *Tu* historia.

No supe si me refería a la historia profesional que estaba en juego o a la otra. La historia con mayúsculas. La que tenía nombre, apellido y al parecer un castillo escocés.

Nos sentamos frente a una mesa algo pegajosa pero con buenas vistas al *duty free.* Iris se pidió un café con leche vegetal y yo un cortado sin azúcar. Necesitaba sentir algo amargo en la lengua que no fuera mi propia preocupación.

—Debería haber concertado una cita con MacDonald antes de presentarnos allí sin más. Pero Giulio me ha dicho que no, que entonces le daríamos mas tiempo para prepararse el terreno.

—Cierto.

—El tema es que a lo mejor ni nos recibe. Ni siquiera sabemos si estará en Escocia en estos días…

—Seguro que sí.

—Y en el caso de que consigamos que nos reciba, no sé muy bien cómo voy a abordarlo —confesé, mirando el vaso como si pudiera revelarme un plan.

—¿En plan romántico o en plan negocios?

—¡Iris!

—¿Qué? —rio, agitando el sobrecito de sacarina sin abrirlo—. Solo intento delimitar los frentes. Que luego te haces la loca y acabamos con *highlander* incluido y hotel demolido.

—Mira…no me vengas con *highlanders* —suspiré, hundiéndome un poco más en la silla—. Es que ni siquiera estoy segura de que él me recuerde. Lo cual puede ser mucho más lamentable todavía. ¿Te imaginas que llegamos y no tiene la menor idea de quién soy?

—Por favor —dijo ella, enarcando una ceja—. Eso es imposible. Seguro que una noche contigo no se olvida.

Eso me hizo reír, pero también apretar los labios al instante. Porque no sabía si quería que Angus me recordara o que me viera como una desconocida impertinente más. Lo segundo haría las cosas más fáciles. Lo primero… lo haría todo más peligroso.

—¿Fue en serio? —preguntó Iris con voz más suave—. Lo vuestro, digo.

—No, qué va. No fue nada —dije, demasiado rápido—. Fue una noche. Un congreso hotelero en Lisboa. Mucho vino, una charla así como con mucha química y... ya está.

Mentía a medias. A ella y a mí. Porque sí, había sido solo una noche, pero fue una de esas que se te quedan tatuadas en la memoria como un número de habitación que no olvidas. Aquel ascensor. Aquel acento. La forma en que me miró cuando creyó que yo no lo veía. Y, sobre todo, el silencio al día siguiente. El "hasta luego" que nunca llegó.

—¿Y por qué crees que no te volvió a contactar?

—Ni idea. Supongo que era lo lógico. Cada uno a lo suyo. Él a Escocia y yo a Madrid. Además, dudo que me viera como algo más que una anécdota de congreso. Ni siquiera sé si tenía novia por aquel entonces. A lo mejor sí, quién sabe…

—¿Y tú?

—Yo sí lo vi como una anécdota. Y luego me pasé semanas soñando con su estúpido acento. Y con su cuerpazo.

Iris sonrió, complacida.

—Entonces, ¿te sigue gustando?

—Es que ha llovido mucho. No tengo ni idea de cómo está ahora.

Y eso era cierto. Angus MacDonald tenía algo magnético. Por algún motivo inquietante que yo desconocía, había estado en mi cabeza durante años, como un personaje de novela al que no terminas de olvidar. Una especie de obsesión flotante que creía superada… hasta que su nombre apareció en esa reunión con Giulio y todo se me removió.

—¿Tú qué harías en mi lugar? —pregunté.

—¿Puedo contestar como amiga o como asistente?

—Ambas, venga.

—Como asistente, te diría que mantengas la cabeza fría, prepares una reunión sólida, apuntes a una alianza estratégica y le propongas una reubicación del proyecto en términos rentables.

—Y como amiga…

—Le arrancaría la camisa nada más llegar y luego vería si firmamos o no.

Solté una carcajada. Dios, cómo necesitaba reírme.

—Iris, eres peor que yo.

—¿Peor? Soy tu yo sin filtros.

Era verdad. Ella decía lo que yo pensaba y callaba. A veces me preguntaba si por eso nos llevábamos tan bien. Porque con ella podía ser toda la versión de mí que reprimía delante de Giulio, de los clientes, de los inversores. Con Iris, no tenía que mantener la fachada de la ejecutiva impoluta. Por eso me la llevaba a todas

partes y le contaba mis escarceos. Algunos compañeros de trabajo decían, maliciosamente, que Iris era como mi mascota, pero nada que ver. Era un pilar muy importante en mi día a día. Su juventud y su manera de pensar me daban la vida.

—Lo que más me fastidia es que nadie nos haya llamado —murmuré después de un sorbo de café.

—¿Cómo que nadie?

—MacDonald o alguien de su equipo. Ni un aviso. Ni una maldita llamada de cortesía. Van a levantar un mamotreto delante de nuestro hotel y ni siquiera nos informan. ¿Eso no es... de mala educación?

—O muy estratégico. Cuanto menos sepas, menos puedes frenar.

—Pues qué pena. Porque lo pienso frenar. Como sea.

Me invadió una mezcla de furia y seguridad de esa que iba y venía a rachas.

No solo me molestaba que él fuera a destruir el paisaje del hotel que yo dirigía con tanto esmero. Es que también hería el orgullo. Que hubiera decidido hacerlo sin mirar atrás. Como si aquella noche no hubiera existido. Como si yo no fuera nadie.

—¿Y si te ignora? —preguntó Iris, mirándome con seriedad.

—Pues haré que no pueda ignorarme. Tengo mis formas.

—Ay, por favor, ¡ahora sí pareces una villana *Disney!* —bromeó.

—Estoy dispuesta a convertirme en lo que haga falta para proteger ese hotel.

—¿Eso incluye seducción?

—Incluye inteligencia. Lo otro, si pasa, que sea por accidente, pero no entra en mis planes.

—Te conozco lo suficiente como para saber que contigo no hay accidentes.

Nos quedamos calladas un rato, viendo cómo una familia con niños se organizaba para pasar el control de seguridad. Yo jugueteaba con la cucharilla del café, dándole vueltas sin sentido.

—Este viaje es una locura, ¿no? —dije al fin.

—Lo es. Pero eso nunca te ha detenido.

Suspiré. Qué verdad. Siempre me había lanzado a la piscina sin mirar si había agua. Así conseguí mi puesto. Así había crecido. Así

me metía, una vez más, en un lío de dimensiones internacionales.

—Bueno —me levanté de golpe—. Vamos a comprar algo en el *duty free.* Quiero un pintalabios nuevo. Uno que diga: "Hola, soy la mujer que va a joderte los planes urbanísticos, pero con glamour".

—Eso está en la línea de MAC "Destructora de proyectos hoteleros edición limitada".

—Perfecto. Me lo quedo.

Iris y yo nos paseamos entre perfumes y maquillaje, y durante ese rato, aquel extraño peso muerto en el pecho se volvió un poco más llevadero. Porque intuía que en unas horas, al poner el pie en Escocia, todo iba a volverse más complicado. Más intenso. Más… Angus MacDonald.

Y no sabía si estaba preparada para eso.

Pero supongo que ya era tarde para arrepentirse.

El avión nos esperaba.

CAPÍTULO 4

El avión ya había despegado y yo llevaba exactamente siete minutos y medio en modo pánico.

Iris ya dormía a mi lado con la tranquilidad de quien no ha firmado nunca una hipoteca. Y yo, mientras tanto, apretaba los reposabrazos como si estuviera pilotando el Airbus con la fuerza de mi ansiedad.

¿He dicho ya que no me gusta nada volar?

Me odiaba a mí misma por no haberme subido a un maldito tren. ¿Tanto costaba cruzar Europa a la antigua? Pero no. Tenía que demostrarle a Giulio que era rápida, eficaz y sin miedo a volar en aquel trasto.

Qué tontería.

Claro que tenía miedo. Me aterraba morir en un avión. Sobre todo rodeada de desconocidos y sin nadie que pudiera decir: "Ah, sí, Lorena, esa era buena gente. Llevaba siempre clips de colores en la agenda".

Intenté concentrarme en el libro que tenía delante, pero las letras bailaban y la trama me parecía absurda. Lo cerré y miré alrededor. Una pareja de jubilados dormía plácidamente en diagonal a mí. Detrás, dos veinteañeras jugaban con filtros en sus móviles. Enfrente, un niño gritaba que no quería el zumo. Todo muy prometedor.

Para distraerme, me quité los auriculares (porque sí, el ruido blanco solo me recordaba al motor, no me engañaba) y me puse a

escuchar conversaciones ajenas, que era mi talento secreto. Una de mis pasiones, vaya.

—...pues a mi hermana le encantó el hotel de las Highlands, dice que hay ciervos que se te acercan como si fueran perros —decía una mujer en la fila de al lado.

—Eso es peligroso, ¿no? —respondió otra voz.

—Bah, lo peor son los escoceses guapos. Te miran y te quedas sin aire.

Mi oreja se afiló como la de un sabueso. ¿Highlands? ¿Escoceses guapos? ¿Hoteles?

Me levanté de mi asiento fingiendo indiferencia.

—Voy al baño —le susurré a Iris, que no se inmutó más que para darme un codazo automático, como una alarma antirrobo con cariño.

Avancé por el pasillo, procurando parecer humana y no una bola de nervios camuflada. Al llegar al baño trasero, vi que estaba ocupado, así que me apoyé discretamente contra una de las paredes, cerca de una de las puertas de acceso. Y entonces las escuché.

Dos azafatas hablaban entre risitas. Una era rubia, con moño impecable, la otra tenía el uniforme medio desabrochado y un aire de cómplice perfecto.

—Te juro que ese hotel es una pasada —decía la rubia—. Tiene una torre redonda y una biblioteca con chimenea. La habitación olía a madera y *whisky.*

—¿Y tú cómo fuiste a parar allí? —preguntó la otra.

—Con el sueco, ¿te acuerdas? El de la tripulación de Barcelona. Nos escapamos un finde largo. Pero espera, que lo mejor no es eso…

Sacó su móvil y le enseñó algo a su compañera.

—¡Joder! ¿Quién es ese?

—¡El dueño! Angus MacDonald. Un auténtico *highlander*. Mira esa mandíbula, por favor.

—¡Madre mía! ¿Y tú le hablaste?

—Solo un "good morning", pero casi me tropiezo con la alfombra de los nervios. ¡Tiene un cuerpazo!

Se rieron las dos, mientras yo me quedaba congelada contra la pared. Si estiraba un poco el cuello podría ver la foto, pero no lo necesitaba. Sabía perfectamente qué mandíbula era esa. La tenía grabada en mi archivo mental, justo al lado de "cosas que me niego a recordar pero no olvido del todo".

Me encerré en el baño, me miré en el espejo y me apunté con el dedo.

Lorena, estás en un vuelo hacia Escocia, a punto de enfrentarte a un hombre que probablemente es una mezcla de empresario, arquitecto de castillos y Casanova en kilt. ¿Estás bien?

La respuesta era *no*. No estaba bien.

Volví a mi asiento y zarandeé a Iris sin compasión.

—Despierta. Urgente.

—¿Hemos chocado con una bandada de gaviotas?

—Peor. Angus podría ser un donjuán.

—¿Cómo?

Le conté toda la conversación de las azafatas en tono de susurro histérico, como si estuviéramos descifrando un complot internacional.

—Una de ellas se alojó en su hotel y tiene una foto suya. ¡Lo llamaron "auténtico *highlander*"!

—¿Y tú querías que no te recordara?

—¡No es eso! Pero si va de hotel en hotel dejando caer "good mornings" y torsos de gimnasio, igual no soy ni la cuarta española en su lista.

Iris parpadeó.

—¿De verdad te importa? Pensé que ibas a hablar con él exclusivamente por negocios.

—Sí, pero... No sé. Él y yo tuvimos nuestro momento. Prefería pensar que se habría convertido en un señor serio, un poco rústico, con tierras, vacas y algún trauma.

—Ah, perdona, ¿preferías que fuera un tipo emocionalmente inaccesible con barba de leñador y no el tipo que causa furor entre las azafatas?

—Exacto. Mucho más fácil de manejar que un seductor en traje de *tweed.*

Iris estiró las piernas y suspiró.

—Vale, recapitulando. Vas a Escocia. Vas a encontrarte con Angus. El Angus de la mandíbula tallada en piedra. Es probable que sea encantador, educado, y que sepa usar su sonrisa como arma diplomática. ¿Eso cambia tu objetivo?

Me quedé callada. Porque no, no lo cambiaba. Pero me lo complicaba. Mucho.

—Es que no quiero parecer idiota cuando me vea —admití.

—Tú nunca pareces idiota. Ni siquiera cuando dijiste "moqueta sostenible" en aquella reunión y todos pensaron que era una marca de tés.

—Gracias por recordármelo.

Ella sonrió y me ofreció una chocolatina de su bolso.

—Toma. Es de las que no engordan por estar a cinco mil metros de altura.

—¿Eso es ciencia?

—No, es supervivencia.

Me dejé caer en el asiento, dejando que el chocolate se deshiciera en la boca mientras miraba por la ventanilla. El cielo era azul claro y el ala del avión cortaba las nubes con una elegancia que, sinceramente, me provocaba más miedo que calma.

Pensé en el hotel. En el proyecto que querían levantar frente al mío. En la idea de que Angus estuviera detrás de todo eso y ni se hubiera dignado a enviar un correo. Pensé en lo fácil que era para algunos hombres moverse por el mundo como si ya lo hubieran conquistado, y lo mucho que nos costaba a otras abrirnos paso sin dejarnos una parte del alma en cada esquina.

Pero también pensé que, si había alguien capaz de desmontarle aquel castillo en las nubes, esa era yo.

—¿Sabes qué? —dije, girándome hacia Iris.

—Qué.

—Que aunque tenga la mandíbula perfecta, no voy a dejar que eso me distraiga.

—¿Ni un poquito?

—Bueno… si enseña el kilt, quizá un 5%.

—¿Y si no lleva nada debajo?

—Entonces estaré jodida.

Nos reímos las dos, esta vez sin miedo al resto del avión.

Y por primera vez desde que despegamos sentí que había alguna que otra posibilidad de sobrevivir a aquel viaje.

CAPÍTULO 5

No se veía absolutamente nada desde la ventanilla.

Era como si hubiéramos aterrizado directamente atravesando una nube cargada de mala leche. La lluvia caía a cántaros, horizontal, con ese tipo de agresividad que solo la gente de climas nórdicos sabe manejar.

Cuando por fin se abrieron las puertas del avión y descendimos por la pasarela, el viento me empujó el flequillo hasta la coronilla y supe, sin lugar a dudas, que no estaba preparada para Escocia.

—¿Esto es normal? —pregunté, medio gritando por encima del rugido del vendaval.

—¡Creo que sí! —respondió Iris con una sonrisa, como si acabáramos de llegar a Disneyland.

La terminal estaba abarrotada. Gente empapada, paraguas rotos, colas desordenadas, maletas resbalando por el suelo mojado. Y por si fuera poco, un cartel impreso en A4 pegado en la pared informaba de una huelga de taxis "hasta nuevo aviso". Maravilloso.

Miré mi maleta de ruedas, que parecía a punto de desintegrarse bajo el agua, y luego me miré a mí misma: traje de chaqueta blanco roto, abrigo beige y unos mocasines de charol que ya estaban tomando la textura de una esponja.

—Voy vestida como para una presentación en el Ritz, no para una batalla en Mordor —murmuré.

Iris se subió la capucha de su sudadera, feliz como una perdiz. En su salsa, vamos.

—No te preocupes. Seguro que en el hotel hay secador de ropa.

—Secador de ropa. Iris, esto es Escocia. No hay secadores de ropa, aquí hay chimeneas y resignación.

Avanzamos entre la multitud. No teníamos ni idea de cómo llegar al hotel que había reservado, una pequeña casa reconvertida en hotel *boutique* en una zona, en teoría, tranquila y bonita de Edimburgo. Pero con la huelga, no había transporte, ni taxis, ni VTCs disponibles. Los autobuses estaban abarrotados, y las pocas personas que atendían los mostradores parecían al borde del colapso nervioso.

—¿Y si alquilamos un coche? —propuso Iris.

—¿Conduciendo por la izquierda, bajo la lluvia y en una ciudad desconocida? ¿Quieres que muramos antes de cumplir nuestra misión?

Ella se encogió de hombros. Y yo ya estaba empezando a hiperventilar cuando lo vi.

Un cartel. Blanco. Letras negras. Todo mayúsculas:

SEÑORA LORENA ARMESTO.

Me quedé paralizada.

—¿Ves eso?

—¿Qué?

—Eso. Ese cartel. Tiene mi nombre.

Iris siguió mi mirada. El papel lo sostenía un hombre alto, con traje negro, corbata impecable y cara de actor de serie británica sobre espías con pasado trágico. Se acercó, sonriente.

—Señorita Armesto —dijo, con un acento apenas perceptible—. Bienvenida a Escocia.

—Hola... —respondí, sin moverme—. ¿Quién le ha enviado?

Sonrió de forma enigmática.

—He venido a recogerla. Su transporte está listo.

—Pero... es que yo no he contratado ningún servicio de recogida.

—No, señorita. Trabajo para el señor MacDonald.

Sentí un pequeño cortocircuito interno. Angus. Ese nombre otra vez.

—¿Perdón? ¿No se referirá a…Angus MacDonald?

—Sí, señora. Él me pidió que me asegurara de que llegara usted sana y salva.

Miré a Iris, que se encogió de hombros, encantada con aquel giro cinematográfico de los acontecimientos.

—¿Y si es un secuestro elegante? —le susurré mientras el chófer se alejaba un poco para hacer una llamada.

—Pues al menos nos secuestran con clase —respondió ella—. Y de paso nos sacan de esta charca.

A pesar de mis dudas, la idea de quedarme otra hora más de pie en medio del caos no me seducía. Así que, contra mi costumbre de controlarlo todo, seguí al misterioso chófer hasta un coche negro con lunas tintadas, maletero automático y asientos que olían a cuero caro y a eucalipto.

Subimos. Iris suspiró de gusto al tocar el respaldo.

—Esto sí que es llegar a un país como se debe —dijo, quitándose la chaqueta mojada.

Le di la dirección de nuestro hotel al chófer. Él asintió, sonrió y dijo:

—Entiendo. Pero tengo instrucciones de llevarlas a otra dirección.

—¿Perdón?

—El señor MacDonald ha hecho una reserva en su nombre. Un cambio de planes de último momento. Es un hotel en el centro. Muy cómodo. Cinco estrellas. Una de sus propiedades.

—¿Uno de sus hoteles? ¿Por qué haría eso?

—Dijo que era más apropiado para una visita profesional —respondió, tan tranquilo—. Además, está más cerca de sus oficinas. Quiere verla mañana.

La rabia empezó a burbujear en mi interior. ¿Cómo narices se había enterado Angus de que yo iba a Escocia para visitarlo? ¿Y por qué se molestaría en sacarme de aquel aeropuerto?

—¿Y si no quiero ir a su hotel? Ya tengo una reserva…

El chófer se giró por el retrovisor con la paciencia de quien ya ha tratado con muchas mujeres con crisis existenciales.

—Puede indicarme otra dirección si lo desea. Pero le aseguro que esta será más conveniente, dadas las circunstancias climáticas y la huelga.

Miré por la ventanilla. La lluvia caía con más fuerza que antes y la ciudad, de un gris imponente, parecía salida de una película de detectives y traiciones familiares. Estaba cansada, empapada, y la idea de una cama con sábanas planchadas y toallas gruesas me parecía un lujo más que merecido.

—Vale —dije finalmente—. Pero esto no significa que le deba nada al señor MacDonald. De hecho estoy aquí para…

Me callé de sopetón. No debía explicaciones a nadie.

—Por supuesto que no, señorita —respondió él con una sonrisa neutral.

El coche avanzó por las calles mojadas de Edimburgo, mientras yo intentaba entender qué clase de juego estaba empezando a jugar Angus MacDonald. Porque esto, claramente, era una jugada. Y yo no tenía aún ni tablero ni piezas. Solo una maleta de ruedas medio rota y unos mocasines empapados.

A los veinte minutos, el coche se detuvo frente a una fachada de piedra impecable, con ventanas simétricas, banderas ondeando y un portero uniformado con paraguas gigante que se apresuró a abrirnos la puerta.

—¿Esto es? —susurré.

—Esto es —dijo Iris, bajando del Mercedes negro como una estrella de Hollywood que no teme a las tormentas.

Yo me quedé un segundo más en el coche, mirando la entrada con desconfianza.

Un hotel de lujo en pleno centro.

Un chófer.

Una habitación reservada por Angus.

Algo me decía que aquel hombre no solo era dueño de castillos y hoteles, sino también de una idea muy clara sobre lo que quería. Lo iba a tener difícil si pretendía convencerle de algo.

Y por si fuera poco, acabábamos de entrar en su terreno.

—Vamos —me dije, bajando del coche con la dignidad de una mujer que no tiene ni paraguas ni control, pero sí bastante orgullo.

Al menos de momento.

CAPÍTULO 6

La tormenta no aflojaba. Al contrario. Golpeaba los ventanales como si alguien hubiera abierto un grifo sobre Edimburgo y luego se hubiera olvidado de cerrarlo.

Me quité el abrigo empapado nada más entrar en la *suite* y me quedé un momento quieta, mirando a mi alrededor. Aquello no era una habitación. Era un apartamento de diseño con alma de revista de decoración. Suelo de madera, lámparas de pie con luz dorada, una cama tamaño Titanic vestida con sábanas de algodón egipcio y una bandeja de bienvenida sobre la cómoda, con bombones artesanos Godiva, dos botellas de agua de vidrio, y una tarjeta blanca con mi nombre manuscrito en tinta negra.

—¿Esto es real? —murmuré.

Desde la puerta se oía la voz lejana de Iris en su propia habitación. La habían instalado justo al otro lado del pasillo. No era una *suite*, pero tampoco era un zulo. Y, conociéndola, ya estaría rebuscando en los cajones del minibar como si estuviera buscando oro.

Solté la maleta junto a la cama y me acerqué a inspeccionar el baño. Supongo que por defecto profesional. Mármoles grises, ducha efecto lluvia, una bañera que parecía un lago. *Amenities* firmadas por marcas que ni siquiera conocía, pero que olían a bosque caro. Y al lado del lavabo, un albornoz mullido con mis iniciales bordadas.

¿Perdón?

Como lo lees. Mis iniciales.

Toqué la L con la yema del dedo, sintiendo una punzada que no supe ubicar. No sabía si estaba impresionada o incómoda. O ambas cosas.

Volví a la habitación, me dejé caer sobre la cama —que se hundió a mi alrededor como una nube dispuesta a escuchar confesiones— y cerré los ojos un segundo. El sonido de la lluvia, los ventanales empañados, la calidez de aquel sitio... Todo era tan distinto al caos del aeropuerto que parecía que hubieran pasado días, no minutos.

Y entonces lo noté.

El olor.

Un aroma suave, casi imperceptible, pero innegablemente masculino. A madera, a algo ahumado. A él.

Me incorporé despacio y acerqué la cara a una de las almohadas. No era perfume exactamente, pero tampoco detergente común. Olía... a una mezcla de whisky, cedro y un fondo ligeramente especiado. Como si alguien hubiera impregnado la habitación de un recuerdo.

—No puede ser —murmuré.

Me obligué a apartarme de la almohada y fui hasta la cómoda, donde me esperaba la tarjeta.

La abrí con cuidado, casi con un poco de miedo.

Lorena,

Bienvenida a Escocia. Espero que esta suite sea de tu agrado. He querido que tengas lo mejor para que tu estancia comience con el pie derecho.

Tómate el día para instalarte y, si el clima lo permite, explorar un poco el centro de la ciudad. Si no, quédate en el hotel. Tiene rincones que merecen la pena.

Me gustaría que cenáramos esta noche. Los dos solos. A las ocho, en la terraza privada del ático. Toma el ascensor hasta la última planta y alguien te indicará el camino.

Hasta muy pronto,

A.

Me quedé mirando la firma como si fuera una trampa.

A.

Angus.

¿Cómo sabía que me gustaban las habitaciones con luz cálida? ¿Quién demonios se tomaba la molestia de bordar unas iniciales para un huésped? ¿Y qué era eso de cenar los dos solos?

Tenía que ser una estrategia. Un juego de seducción empresarial o lo que fuera que los hombres ricos y encantadores escoceses hacían cuando querían manipularte.

Y sin embargo, algo se agitó dentro de mí.

No sabía si era el olor, o la nota, o la manera en que había escrito "hasta muy pronto", como si fuéramos viejos amigos que compartían sobremesas y secretos.

¿Y si lo era?

No. No podía caer tan fácil.

Me levanté de la cama y empecé a dar vueltas por la *suite,* toqueteando muebles, abriendo puertas. Quería encontrar algo que desentonara, alguna pista de que todo esto era una exageración, una teatralidad, una farsa.

Pero no había nada fuera de lugar.

Me asomé al gran ventanal. La ciudad apenas se adivinaba tras la cortina de agua. Las luces titilaban a lo lejos. Y en ese momento, por primera vez desde que había salido de Madrid, sentí que no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo.

Se suponía que había venido a investigar un proyecto de expansión hotelera, a buscarle los tres pies al gato a un empresario con demasiados hoteles y demasiadas ambiciones.

Y ahora estaba en su hotel, en una de sus *suites,* oliendo su esencia en mis almohadas y leyendo una nota que parecía escrita a mano con tinta cara y una media sonrisa.

No seas imbécil, Lorena, me dije en voz baja.

Fui de nuevo al armario y abrí las puertas. Dentro ya colgaban mis trajes perfectamente planchados. Era lo primero que había hecho nada más entrar. Nada de ropa cómoda. Nada impermeable. Nada que pudiera usar para explorar Escocia sin parecer una ejecutiva perdida en el bosque.

Volví a sentarme en la cama. Pensé en Iris. ¿Debía contarle lo de la nota?

Seguramente sí, básicamente porque ella tendría que cenar por su cuenta. Pero no ahora. Quería digerirlo primero. Y por cierto, también tenía que decidir qué demonios me iba a poner para una cena en la terraza de un hotel de lujo con un hombre que hace años me dejó sin aliento en una sola noche... y que ahora parecía decidido a dejarme sin tregua.

El reloj marcaba las cuatro de la tarde.

Tenía cuatro horas para decidir si aquello era una cena profesional o una trampa. O ambas cosas.

Pero antes de eso, necesitaba una ducha caliente. Y quizás una copa del minibar.

Porque lo que estaba claro es que no estaba en Madrid, ni en mi terreno. Angus había movido ficha. Y de qué manera.

Ahora me tocaba a mí.

CAPÍTULO 7

Después de una minisiesta de veinte minutos que creo que estuvo plagada de pesadillas, la lluvia amainó justo cuando pensé que no lo haría nunca.

Me asomé por el ventanal y, por primera vez desde que llegamos, no llovía a cántaros. Caían algunas gotas finas, casi decorativas, pero el cielo gris parecía haberse tomado un respiro. Iris me llamó justo entonces. Su voz sonaba animada, como si la tormenta la hubiera cargado de energía en lugar de quitársela.

—¿Te apetece salir un rato? —me preguntó—. Creo que necesito unas botas. Y tú también.

Me miré las bailarinas de charol empapadas que había dejado secándose junto al radiador. No estaban diseñadas para moverse por calles adoquinadas bajo agua escocesa. Ni para casi nada útil, en realidad. Solo para quedar bien en reuniones con inversores. ¿En qué estaba pensando cuando hice la maleta?

—Dame diez minutos —le dije.

Me puse uno de mis trajes de chaqueta, el menos formal. Pantalón de pinzas gris claro, jersey negro fino, abrigo largo beige. Y mis zapatillas Converse de emergencia. Sin tacones. Ni se me ocurrió.

Nos encontramos en el vestíbulo del hotel, donde una chimenea eléctrica proyectaba una calidez artificial pero muy agradecida. Iris llevaba un paraguas diminuto que no valía para nada y que no nos resguardaría a las dos, una bufanda rosa fucsia y una expresión aventurera y decidida.

—He buscado en Google "tiendas cerca de mí con ropa decente" —dijo, mostrándome su móvil—. Hay una a cinco minutos caminando. Parece que tienen botas y chubasqueros. No es la cúspide de la moda, es un minicentro comercial con un Mango y un Zara, pero creo que nos salvará de morir congeladas.

Caminamos por la ciudad, que seguía mojada y resbaladiza, pero al menos ya no era una trampa mortal. Las fachadas de piedra oscura brillaban bajo la humedad, y el viento traía un olor a pan caliente y musgo que me pareció sorprendentemente reconfortante.

Compramos calcetines gruesos y unas botas negras básicas —las mismas para las dos, porque ninguna estaba para perder tiempo decidiendo—, y unos abrigos impermeables que parecían sacados de un catálogo de senderismo. Iris se los probó haciendo poses exageradas frente al espejo. Yo solo quería dejar de temblar.

—Ahora pareces una espía escandinava —me dijo, señalando mi capucha—. O una ejecutiva que ha perdido el tren a Oslo.

—Y tú pareces una guía de campamento de fin de curso —le respondí.

—Perfecto. Siempre soñé con ser la versión colorida de los Jóvenes Castores.

Nos reímos. Menos mal que la había traído conmigo, la verdad —y que Giulio nos hubiese dejado venir a las dos—. Necesitaba apoyo moral y logístico.

Después encontramos una cafetería pequeña en una esquina, con mesas de madera gastada, ventanas empañadas y olor a café de verdad. Nos sentamos en un rincón y pedimos dos *capuccinos* grandes y un par de bollos de canela que olían tan bien que me hicieron olvidar por un momento la humedad en los calcetines.

Iris me miró por encima de la taza, con los ojos entrecerrados.

—Vale. Suéltalo.

—¿El qué?

—Este hotelazo, de repente. El conductor misterioso. Tu suite. Todo. No te hagas la loca.

Suspiré. Sabía que no podía ocultárselo mucho más. Además, quería hablarlo. Necesitaba sacarlo de mi cabeza, ponerlo en voz alta a ver si así perdía fuerza.

—Había una nota para mí en la *suite* —dije al fin—. De Angus.

Ella se acomodó mejor en su silla, con esa sonrisa de quien se acaba de enterar de que empieza su culebrón favorito.

—¿Qué decía?

—Me daba la bienvenida. Decía que me instalara, que disfrutase del día… y que cenara con él esta noche. A solas. En la terraza privada del ático.

Silencio.

Iris abrió mucho los ojos. Luego bebió un sorbo de café, como si necesitara lubricar las ideas antes de decir nada.

—No suena mucho a reunión de trabajo. ¿Y tú qué piensas hacer?

—No lo sé.

—¿Crees que es una estrategia profesional o más bien… personal?

—Tampoco lo sé.

—¿Te apetece ir?

Le di un bocado al bollo. Estaba tan delicioso que me distrajo durante unos segundos. Luego asentí, lentamente.

—Sí. Pero no debería.

—¿Por qué no?

—Porque no hemos venido aquí a cenar con escoceses guapos, Iris. Hemos venido a impedir que su cadena de hoteles nos aplaste como una excavadora de lujo.

Ella sonrió.

—Bueno. Puede que cenar con él sea parte de la estrategia. Quizás así descubras algo. Un error, una fisura, un motivo oculto. Usa tus armas, Lorena.

—¿Te estás escuchando? Eso suena a plan de película mala de sobremesa.

—¿Y qué? A veces funcionan. Y si no, al menos cenas gratis.

—En la terraza privada del ático.

—Exacto. En vez de pelearte con la lluvia y el servicio de habitaciones. Que, por cierto, yo pienso pedir encantada mientras tú te haces la espía de negocios seductora.

—No voy a seducir a nadie.

—No hace falta. Solo tienes que estar allí, hablar, observar. Si algo no te cuadra, si notas que está jugando sucio… lo sabrás.

—Oye, ¿quieres venirte?

—Ni de coña. Pienso disfrutar de este hotelazo…y de la bañera tamaño piscina.

La miré un momento. Iris podía tener esa ligereza en el tono, pero debajo de las bromas siempre había una pátina de sensatez.

—¿Tú qué harías en mi lugar? —le pregunté.

—¿Honestamente?

—Por favor.

—Me ducharía, me pondría algo espectacular, iría a la cena y me dejaría sorprender. Si resulta ser un idiota manipulador, me levanto y me voy. Pero si hay algo más… también quiero saberlo.

—¿Más como qué?

—No lo sé. Algo que no se pueda medir en informes ni en balances. Algo que solo se vea de cerca.

Me quedé callada un momento. El café empezaba a enfriarse. Siempre tardaba la tira en terminarlo. Fuera, la ciudad seguía retomando su ritmo lentamente después de la tormenta.

—¿Y si me equivoco?

—Te equivocas mil veces al día, Lorena. No pasa nada. Pero también aciertas. A veces. Como cuando decidiste venir aquí con traje y sin paraguas.

Le lancé una servilleta.

—Eso no ha sido precisamente un acierto.

—No, pero gracias a ello nos hemos ido de compras.

Pagamos la cuenta y volvimos al hotel caminando más despacio. Había algo hipnótico en las calles de Edimburgo después de la lluvia. Todo parecía más limpio, más brillante, más quieto. Como si la ciudad también necesitara aclararse antes de dejarnos entrar. La verdad es que era un sitio de cuento.

Al llegar a mi habitación, me despedí de Iris con un guiño.

—Pide algo rico. Y no te quedes dormida antes de que vuelva, ¿vale? Quiero contarte todo.

—No te preocupes. Voy a cenar como una reina, yo solita, y ver una serie de Netflix en el portátil. Pero estaré lista. Lo quiero todo

con detalles.

—Vale. Pero ni una palabra de todo esto a Giulio.

—Palabra de exploradora.

Me encerré en mi *suite* y me apoyé contra la puerta un instante.

Tenía dos horas para prepararme.

Y una cena por delante que podía ser cualquier cosa… excepto indiferente.

CAPÍTULO 8

Había entrado con paso firme, pero en cuanto cerré la puerta detrás de mí, me quedé inmóvil en medio de la habitación, sin saber muy bien por dónde empezar. Me miré en el espejo del recibidor como si esperase encontrar una respuesta en mi reflejo, pero lo único que vi fue una mujer indecisa con el pelo algo encrespado por la humedad y los labios fruncidos y tensos, de pura concentración.

No sabía si me estaba preparando para una cena o para una emboscada emocional. Esa era mi triste realidad.

Me dirigí al armario, donde colgaban los dos vestidos que había traído "por si acaso". En ese momento maldije no haber traído uno de los que usaba en las cenas de gala del hotel. Pero, claro, esto no era una gala. Esto era una cita. O una encerrona. O ninguna de las dos cosas.

Opté por un vestido negro, sobrio pero favorecedor. Sin mangas, con escote en uve y corte a la cintura. Lo combiné con unos pendientes pequeños, dorados, y un pintalabios rojo de Charlotte Tilbury que llevaba meses sin usar. Me recogí el pelo en un moño bajo, dejando algunos mechones sueltos a propósito.

Mientras me maquillaba un poco, lo justo para parecer viva, mi mente regresó, inevitablemente, a aquel día en Lisboa.

Lo había mirado en mi calendario de Google.

Habían pasado seis años. No cinco, ni siete.

Recuerdo el calor húmedo de esa noche, la música de fondo en el bar del hotel, las copas de vino que habíamos compartido sin apuro, como si el tiempo se hubiera ralentizado solo para nosotros.

Recuerdo su acento, a pesar de que Angus hablaba un español casi perfecto, su forma de mirarme como si me estuviera desnudando con palabras antes de siquiera rozarme la mano. Recuerdo cómo me sentí cuando lo besé por primera vez: como si me hubieran quitado el suelo, pero no me importara caer.

Y luego… la habitación. Sus manos en mi espalda, mi risa en su cuello, su voz grave diciéndome algo en gaélico que nunca supe traducir. La manera en que me miró antes de dormirse. Y la forma en que me sentí al despertar sola.

No fue una despedida. Fue una desaparición en toda regla.

Nunca nos dimos los teléfonos. No hubo "te llamo" ni "escríbeme". Solo un "cuídate" murmurado mientras yo dormía. Y luego… silencio.

Durante los meses siguiente lo busqué en Google de forma casi compulsiva. "Angus MacDonald, hoteles, Lisboa." Luego "Edimburgo", "Madrid", "conferencias sector turismo", "Hoteles boutique Escocia".

Y pasado un tiempo, lo localicé. No tardé en enterarme de que estaba construyendo su propio imperio. Primero un hotel en las Highlands. Luego otro en una isla privada. Dos en Edimburgo. Pasaron unos años y su nombre empezó a aparecer en revistas del sector; entrevistas breves, reportajes sobre "el escocés que está revolucionando la hospitalidad de lujo".

Averigüé que había estado en Madrid un par de veces. Que colaboraba con algunas marcas internacionales. Pero ya no volví a cruzarme con él. Nunca supe si había pensado en mí, si recordaba aquella noche, si yo era un paréntesis más entre otras muchas mujeres que también cayeron rendidas ante su acento, sus hombros anchos y esa forma suya de parecer tranquilo incluso cuando se incendia el mundo.

¿Y si para él había sido solo eso? ¿Una noche?

Para mí debería ser exactamente eso. Pero la cuestión era que no se me había olvidado.

Aquella noche la tenía grabada a fuego.

He tenido pocos amantes, pero debo reconocer que no recuerdo los nombres de algunos de ellos. Ni sus rostros. Pero de Angus

MacDonald…jamás iba a olvidarme.

¿Y si ahora solo me había invitado a cenar porque era una cortesía profesional? ¿Una forma de tantearme antes de una negociación hostil?

Respiré hondo. No iba a permitir que mi cerebro cayese en una espiral. Me miré de nuevo al espejo. Estaba lista.

Y, sobre todo, tenía curiosidad. Pero no se lo iba a poner fácil. Y me hice una promesa a mí misma antes de dejar la habitación.

Bajo ningún concepto iba a dejar que me sedujese.

No podíamos acabar como en Lisboa.

No.

Antes muerta. Y el primer paso era, por supuesto, no tomar ni una gota de alcohol durante esa cena. Tenía que mantener la cabeza fría y hacer lo que había venido a hacer.

Tomé el ascensor desde la planta tres. Pulse el botón que decía simplemente "P". No había más información.

Mientras subía, sentí el nudo en el estómago crecer.

La planta superior era completamente distinta al resto del hotel. No había moqueta ni madera oscura. Todo era piedra blanca, cristal esmerilado y luces dispersas y cálidas. Elegante, sobria. Misteriosa. Un hombre alto, de traje gris y expresión impecable, me esperaba junto al ascensor. No dijo su nombre. Solo me saludó con una leve inclinación de cabeza y me indicó que lo siguiera.

Atravesamos un pequeño pasillo que daba a una terraza acristalada, como un invernadero de lujo. Las plantas estaban perfectamente cuidadas, y la iluminación era delicada, como si alguien hubiera diseñado el espacio para que uno se olvidase del reloj.

Y allí estaba él.

Angus.

Apoyado en la barra de un pequeño bar, solo. Una copa en la mano. El pelo ligeramente revuelto, la barba rojiza perfectamente recortada, y ese maldito aire de hombre que sabe que llena el sitio en el que está.

Vestía de negro, sin corbata, con la camisa abierta en el cuello justo lo suficiente para dejar ver la piel bronceada y una cadena mínima. Al verme, sonrió.

Y me desarmó.

Igual que en Lisboa.

Igual que entonces.

Mi cerebro gritaba: "control, dignidad, sangre fría".

Pero mi cuerpo ya había empezado a recordar lo que se sentía al estar cerca de él.

Y eso… era mucho más peligroso que cualquier imperio hotelero en plena expansión.

CAPÍTULO 9

Cuando entré en la terraza acristalada, sentí cómo el calor de los radiadores se mezclaba con la electricidad estática de mis propios nervios. Angus dejó la copa en la barra y caminó hacia mí con una lentitud perfectamente calculada. No parecía sorprendido. Ni incómodo. Ni ansioso. Tenía esa expresión tranquila de quien tiene el control absoluto del tablero.

Yo, en cambio, no sabía ni dónde apoyar las manos. Habían pasado seis años.

—Lorena —dijo con voz grave, como si mi nombre fuera una oración que hubiera estado repitiendo mentalmente desde que crucé la puerta.

Asentí, sin atreverme a estirar mi mano. Aún no. Aún no sabía en qué casilla me iba a colocar esta vez.

—Gracias por venir —añadió, indicándome una de las dos mesas montadas junto a la cristalera. Fuera, Edimburgo seguía húmeda y en sombras, pero teníamos una vista espectacular de su castillo, estratégicamente iluminado. Allí dentro, en cambio, todo parecía dispuesto para el juego de la seducción. Luz baja, platos impecables, vino decantado, mantelería de lino.

Me senté con un cuidado excesivo, como si tuviera miedo de que algo explotara.

Angus se sirvió una copa de vino tinto.

—¿Tú qué tomas?

—Agua —respondí de inmediato.

Él me miró, alzando las cejas con una sonrisa que apenas duró un segundo.

—Sigo siendo más interesante sobria —añadí yo, a modo de explicación.

—Nunca dudé de eso.

El camarero —por supuesto, silencioso, eficaz, como salido de un anuncio de perfume— trajo los primeros platos sin hacer ruido. Sopa de cebolla con queso fundido. Pan recién horneado. Una pequeña tabla de quesos escoceses.

—Lo primero de todo, tengo que preguntarte algo. ¿Cómo sabías que estaba en ese vuelo? —pregunté mientras abordaba el pan con los dedos.

—Me lo dijo tu jefe, Giulio —respondió, encogiéndose ligeramente de hombros—. Hace unos días me envió un mensaje y comentó que planeabas venir a Edimburgo para... hablar conmigo.

—No sabía que os teníais tanta confianza.

—No la tenemos. Pero sabe lo que quiero —dijo sin rodeos—. Y tú vienes a frenarlo. Él también lo intentó, y no ha podido convencerme, por cierto.

Dejé el pan en el plato.

—No vengo a frenarlo. Vengo a entenderlo.

—Eso es mejor de lo que esperaba —sonrió con los ojos y se reclinó en la silla, estudiándome—. ¿Sabes una cosa? No tenía muy claro si te ibas a presentar a cenar.

—Yo tampoco.

Volvimos al silencio, pero no era incómodo. Era denso. Como si los dos estuviésemos caminando con cuidado por una cuerda floja tendida entre el pasado y el presente.

Durante un buen rato hablamos de trabajo.

De los permisos. De las trabas del Ayuntamiento. De los inversores. Del impacto ambiental. De la competencia desleal.

Angus argumentaba con la seguridad de quien ha peleado por cada ladrillo de su imperio.

Yo no me quedaba atrás. Me manejaba bien esas situaciones. Sabía por dónde apretar, cuándo provocar, cuándo fingir que cedía solo para exponer una contradicción. Pero él no estaba dispuesto a

echar atrás su proyecto, ni a moverlo a otra ubicación. Tenía un discurso sólido y bien argumentado.

Y sin embargo, había algo debajo de todo eso.

Y estaba justo en sus ojos, que no dejaban de buscar los míos.

La forma en que se humedecía los labios antes de responder.

Cómo sostenía el borde de su copa con dos dedos, como si acariciara una remota posibilidad.

Y aun así, ni una palabra sobre Lisboa. Ni una mención a aquella noche. Como si entre nosotros nunca hubiera habido sábanas arrugadas ni besos contra una pared. Como si él no recordara cómo temblé entre sus brazos. O peor aún: como si yo no lo recordara.

Me fastidiaba.

Yo esperaba... otra cosa.

Tal vez un comentario sarcástico. Una insinuación. Un "¿te acuerdas de aquella noche?". Algo que me permitiera situarlo.

Pero no. Angus era un caballero escocés con una contundente armadura emocional. Incluso cuando me miraba como si quisiera devorarme con los ojos.

Terminamos el segundo plato —un estofado de cordero con puré de nabo que me pareció exquisito, aunque no podía saborearlo como me gustaría— y el camarero desapareció, dejándonos solos con las tazas de té y los postres intactos.

Fue entonces cuando él lo soltó:

—Como te decía, ya hablé con Giulio y le dejé muy clara mi postura. Mi proyecto en Madrid sigue en marcha. Así que en el fondo nunca hizo falta que vinieses. Pero cuando mencionó tu viaje no le dije que no se molestara en enviar emisarios. Para mí es un placer verte; Lorena. Y tengo un motivo para ello.

Me incliné un poco hacia él de forma instintiva. ¿Y si él también había pensado en…aquella noche?

—Sorpréndeme.

—Lo cierto es que quiero ofrecerte algo.

Parpadeé.

—¿Ofrecerme?

—El nuevo hotel de Madrid.

Tardé dos segundos en procesarlo.

—¿Perdona?

Bajó un poco la voz, como si Giulio pudiese estar allí, escuchándonos desde detrás de una cortina.

—Quiero que lo dirijas tú.

Me quedé en blanco.

Ni una palabra.

Solo mi cerebro, gritando internamente: *¿Qué? ¿Qué narices está diciendo?*

—Espera, espera. ¿Me estás proponiendo que... que deje mi hotel para trabajar para ti?

Se recostó en la silla, estudiando mi reacción.

—Exactamente eso —respondió, como si me ofreciera cambiar de mesa, no de vida.

Solté una carcajada incrédula.

—¿Y por qué crees que haría algo así?

—Porque eres brillante. He preguntado por ahí y tengo muy buenas referencias de ti. Nadie conoce el mercado en Madrid como tú y además me han dicho que tienes un trato exquisito con los huéspedes. Que te implicas en cada uno de los problemas que puedan surgir y aportas soluciones inmediatas. Y porque estoy seguro de que necesitas un cambio. Y además me da que soy el único idiota que se atreve a enumerar tus virtudes en voz alta.

Me puse en pie.

No de forma dramática. Solo porque necesitaba moverme. Puse la servilleta sobre la silla y busqué mi bolso.

—Lorena... —murmuró.

—¿Tú sabes lo que estás haciendo? —pregunté, volviéndome hacia él—. Me invitas a cenar, me hablas durante una hora y media como si lo que pasó entre nosotros en Lisboa nunca hubiera existido, y luego me sueltas una bomba como esta. Que deje a mi equipo. ¿Y qué esperas? ¿Que me derrita? ¿Que diga que sí en el acto?

Se mantuvo sentado. Imperturbable.

—No espero nada. Solo quería ponerte la opción sobre la mesa. Ya decidirás tú qué hacer con ella.

Asentí. El nudo en la garganta me ardía.

—Pues gracias por tu hospitalidad y por esta cena —dije, sin poder evitar que sonara irónica—. Ha sido... interesante.

Me giré y caminé hacia el ascensor sin esperar respuesta.

En cuanto la puerta se cerró, sentí cómo la rabia me bajaba por los brazos. Pero también otra cosa. Algo más turbio. Una mezcla de atracción y desconcierto que me dejaba sin aire.

Angus no me había besado. No había intentado tocarme. No había usado aquella noche en Lisboa como palanca. Solo había jugado su carta. Y luego se había quedado sentado, viendo como me iba ofendidísima y cómo me molestaba que lo de Lisboa nunca tuviese un mínimo de continuidad.

Y eso me desarmaba aún más.

Cuando llegué a la *suite*, me quité los tacones y lancé el bolso sobre la cama con más violencia de la que pretendía.

Estaba enfadada. Excitada. Turbada. Muy desconcertada.

Y, lo peor de todo, quería volver a verlo.

CAPÍTULO 10

Por la mañana el comedor del hotel era tan elegante que daba hasta apuro tocar los cubiertos. Todo brillaba. Desde las copas de zumo recién exprimido hasta los ramos de flores blancas colocados con una simetría perturbadora en cada mesa. Un pianista tocaba en directo, suave, como si no quisiera molestar el desayuno de los ricos.

Iris apareció con cara de recién despierta y el pelo recogido en un moño mal hecho.

—¿Crees que puedo pedir una tortilla de patatas? —me susurró mientras se sentaba frente a mí.

—Aquí puedes pedir lo que quieras. Si les dices que te hagan unas migas, seguro que se las ingenian.

—¿Y crees que tendrán ColaCao?

—Tampoco te pases...

Nos reímos bajito. Ella se sirvió un poco de fruta cortada y yo ya tenía en el plato medio bufé: tostadas con salmón, huevos pochados, mantequilla de verdad, de la de las Highlands, y hasta un *croissan*t relleno de crema que me había guiñado un ojo desde la bandeja.

—Vale, necesito que me pongas al día —dijo Iris, con la boca llena de mango—. Anoche me quedé dormida como una marmota. Me desperté a las tres de la mañana con el pintalabios en la cara y una patata frita pegada al muslo.

—Romántico.

—Me dije: "Seguro que Lorena ha bajado de la cena con las mejillas sonrojadas y un buen lametón en el cuello". Pero luego me asomé al pasillo y estaba todo en silencio. Así que venga, no te hagas de rogar y suelta prenda. ¿Qué pasó anoche?

Suspiré. Estaba esperando esa pregunta desde que me desperté.

—Hablamos de negocios —dije, mientras partía el croissant—. Del hotel, de los planes en Madrid. Lo de siempre.

Iris me miró entrecerrando los ojos.

—¿Nada más?

—No —respondí, bebiendo un sorbo de té—. Fue todo muy... profesional.

—Por favor. He visto algunas fotos en Internet. Ese hombre no puede decir "permiso de obras" sin que suene a proposición indecente.

Sonreí, a pesar de mí misma.

—Te prometo que no pasó nada. Ni una insinuación, ni un roce de manos, ni un "¿te acuerdas de Lisboa?". Nada.

—¿Y tú querías que pasara algo? Cuando lo viste, quiero decir.

Me llevé otra tostada de pan super orgánico a la boca para no responder enseguida. El salmón estaba delicioso, pero me sabía a excusa.

—No lo sé —murmuré por fin—. Supongo que parte de mí esperaba... algo. Una señal. Un gesto que me dijera qué pintaba yo allí cuando, por cierto, no tiene la menor intención de cambiar sus planes por nosotros.

Iris se apoyó en la mesa, con los codos mal puestos y las gafas bajadas hasta la punta de la nariz.

—¿Y entonces tú qué pintabas allí?

Buena pregunta.

Aparté el plato y me quedé mirando las luces de la lámpara que colgaba del techo, enorme, como de palacio de novela gótica.

—No he contado todo —dije.

—¿Qué no le has contado?

—No. No a él. A ti —la miré—. No te he contado todo a ti.

Iris ladeó la cabeza, como hacen los perritos cuando escuchan una palabra que reconocen.

—¿Qué más pasó?

—Promete que no saldrá de aquí.

Cruzó los dedos sobre sus labios.

—No saldrá de aquí.

—Me ofreció dirigir su nuevo hotel en Madrid.

Ella se quedó en silencio.

Pasaron unos segundos.

Luego soltó un:

—¿QUÉ?

—Baja la voz —susurré entre dientes.

—¿Cómo que te ofreció... dirigir su hotel? ¿Pero este tío quién se cree que es? ¿Piensa que puede ir por ahí lanzando ofertas de trabajo como quien reparte caramelos?

—No lo hizo como un favor. Lo dijo muy en serio. Como si de verdad creyera que era una buena idea. Como si me conociera mejor que yo a mí misma.

Iris parpadeó. Varias veces.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me levanté y me fui.

—¡¿Qué?!

—Sí, me levanté, cogí el bolso y me fui. Me pareció una propuesta... indecente.

—¿Indecente?

—Sí. Me pareció una traición el simple hecho de escucharlo. A Giulio, al hotel, a todo lo que hemos hecho juntas. Me sentí como si estuviera en una película de mafiosos y me hubieran ofrecido cambiar de bando. Y por cierto, no hace falta ni que te lo diga, pero ni una palabra de esto al jefe.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Ahora no lo sé.

Ella me observó en silencio durante unos segundos.

—¿Te arrepientes de haberte ido? Lorena, a lo mejor te proponía algo interesante.

Me llevé la taza de té a los labios, pero no bebí.

—Una parte de mí, sí. La otra no. Me arrepiento de no haberme quedado a escuchar bien. Es que tú no sabes lo que es estar delante

de ese hombre. Me arrepiento de no haberle dicho con palabras por qué me parecía mal. De haber salido huyendo como si tuviera diecisiete años y su simple presencia me alterase...

Iris se cruzó de brazos, pensativa.

—¿Crees que lo hizo para fastidiar a Giulio?

—No. Creo que lo hizo simplemente porque puede. Porque es Angus MacDonald. Porque tiene una montaña de dinero, ideas ambiciosas y ese ego suyo que a duras penas cabría en un estadio de fútbol.

Ella se rió y después me soltó sin miramientos:

—Y porque está colgado por ti.

—No —dije enseguida—. No es eso.

—¿Tú crees?

Asentí.

—Yo creo que él es así. No necesita estar colgado de nadie para actuar como si lo tuviera todo bajo control.

Iris me estudió un momento más y luego se sirvió otra taza de café.

—¿Y tú? —preguntó sin mirarme.

—¿Yo qué?

—¿Estás colgada de él?

La pregunta me pilló con la guardia baja.

Miré por la ventana. La lluvia había amainado un poco y una bruma azul cubría las colinas al fondo. Parecía un escenario de teatro, irreal.

—No —respondí al final—. Tengo que reconocer que estuve un poco obsesionada durante meses después de lo de Lisboa. Lo buscaba en Google, lo reconocería entre mil voces. Pero eso no es lo mismo que estar colgada ahora. Ahora no sé ni lo que siento. Lo que me jode es que no puedo decir que no sentí nada al verlo. Que solo era trabajo. Que solo estaba delante de él porque era mi obligación.

—¿Y qué vas a hacer?

Suspiré.

—Nada. Por ahora, nada. Solo nos quedan dos días en Escocia antes de volver y no pienso pasarlos encerrada dándole vueltas a una proposición casi indecente.

Iris alzó la taza como si brindara.

—Así se habla. ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué hacemos en los dos días que nos quedan en Escocia?

Sonreí.

—Espero que no me digas "una ruta de castillos encantados" o "un tour por cementerios".

—Estás en Escocia, nena. Aquí los castillos encantados y los cementerios con historia son el pan de cada día.

—Yo con este pan me conformo —dije, cogiendo otro *croissant*.

—Podemos alquilar un coche y salir a ver alguna mansión de esas que salen en las series. O podemos quedarnos aquí, en bata y zapatillas, haciéndonos la manicura y pidiendo servicio de habitaciones.

—O podemos hacer las dos cosas —propuse—. Un día de exploración. Y un día de spa. De todas formas Giulio me debe una y pienso cobrármela. Me ha vendido enviándome a la boca del lobo cuando sabía muy bien que no había nada que hacer.

—Me encanta. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que si vuelve a aparecer Angus, me dejes observarlo como a un fenómeno paranormal.

—Eso lo das por hecho.

—Y que si te vuelve a hacer una oferta indecente... esta vez te sientes a escucharla bien. Y luego me lo cuentes TODO.

—Hecho —dije, alzando mi taza de té como quien cierra un pacto de sangre—. Pero no creo que volvamos a verle el pelo.

Y mientras brindábamos sobre el mantel inmaculado, no pude evitar preguntarme qué estaría haciendo él, justo en ese momento. Y si se arrepentía de haber jugado su carta tan pronto.

CAPÍTULO 11

Estábamos terminando el desayuno cuando lo imposible sucedió. Iris se disponía a pedirse un tercer café —"aquí sabe a gloria", había dicho— y yo estaba pensando seriamente en comerme un segundo *croissant*, cuando la puerta giratoria del restaurante se abrió... y por allí apareció el mismísimo Angus.

Ni corbata, ni chaqueta, ni ese aire de lord escocés imperturbable. Llevaba vaqueros, unas botas de montaña que parecían de verdad, no de escaparate, y una camisa de cuadros remangada hasta los codos. Os lo juro. El pelo un poco revuelto, la barba un poco más larga que la noche anterior. Más *highlander* que nunca, pero sorprendentemente… relajado.

—¿Ese no es...?

—Sí —dije, ya con la servilleta entre las manos.

Angus vino directo hacia nosotras, sin vacilar ni un segundo, como si desayunar en medio del restaurante del hotel más elegante de Edimburgo fuera lo suyo de toda la vida. Bueno, al fin y al cabo, suyo sí era. Al llegar a nuestra mesa, nos dedicó una sonrisa que era puro magnetismo.

—Buenos días, señoritas —dijo, mirándome directamente—. ¿Qué tal todo? ¿Las *suites* están a la altura?

—Un escándalo de bien —contestó Iris antes que yo, tendiéndole la mano—. Soy Iris. Me dan ganas de mudarme aquí.

Le estrechó la mano.

—Angus —se presentó—. Bienvenida.

Se rió y se volvió hacia mí.

—¿Y tú, Lorena?

—Todo perfecto —respondí, en un tono más neutral del que sentía—. Muy cómodo.

—Me alegra. Oye, no te lo dije ayer pero por supuesto, podéis quedaros aquí dos noches más… o las que necesitéis.

Iris casi se atraganta con su café. Yo no supe muy bien si darle las gracias o recordarle que no estábamos de vacaciones.

—Hoy, por cierto —añadió—, he decidido tomarme el día libre. Si os apetece, puedo enseñaros algunos de mis rincones favoritos de Edimburgo. Os llevaré a comer a un sitio que no sale en las guías, pero creo que os va a gustar.

Nos miró a las dos, pero sus ojos se clavaron en los míos como si aquella invitación no tuviera nada de improvisada.

—¿Así, sin más? —pregunté.

—Así, sin más. Hoy no soy el hombre de negocios que te recibió ayer. Solo un tipo con coche a su disposición, buen gusto y una ciudad preciosa que compartir.

Iris me dio una patada por debajo de la mesa. No muy disimulada, por cierto.

—Suena bien —dijo ella.

—No queremos molestarte —intenté decir.

—No me molestáis. Además, creo que os merecéis una pequeña tregua antes de volver a vuestro hotel de batalla en Madrid.

Otra patada de Iris. Esta vez más fuerte.

—Pues venga —dijo mi asistente con una sonrisa brillante—. ¡Nos apuntamos!, ¿verdad, Lorena?

Y así, sin darme mucho tiempo a pensar, ya estábamos en la entrada del hotel, abrochándonos los abrigos y subiendo al todoterreno negro de Angus, que olía a cuero y a ambientador caro.

Iris se sentó atrás con la mirada de una niña en Nochebuena. Yo iba delante a su izquierda, con las manos cruzadas sobre las piernas, intentando que no se notara lo acelerado de mi pulso.

La ruta que Angus nos preparó fue digna de una película.

Primero fuimos al Dean Village, un barrio de casitas antiguas junto a un arroyo que parecía sacado de un cuento. Aparcó el coche

y caminamos entre puentes de piedra y callejuelas estrechas donde el tiempo parecía haberse detenido.

Luego nos llevó hasta Carlton Hill, desde donde se veía toda la ciudad, el mar al fondo y los tejados de color pizarra extendiéndose como un tapiz. Allí, Iris sacó el móvil y se dedicó a hacerse selfies con el Monumento Nacional detrás, mientras Angus y yo nos quedamos unos metros atrás, en silencio. No dijo nada, pero me ofreció su chaqueta cuando vio que me estremecía con el viento.

Después fuimos hasta Victoria Street, una calle curva llena de tiendas coloridas y escaparates mágicos. Angus nos llevó a una librería diminuta donde todos los libros estaban envueltos en papel de colores, como si fueran regalos sorpresa. Me eligió uno sin mirar el título y me lo dio.

—Para ti —dijo.

Lo metí en el bolso sin abrirlo.

Para comer, nos llevó a una taberna escondida cerca de Stockbridge, con chimenea encendida, manteles de cuadros y una carta escrita a mano. Comimos estofado de cordero y puré de patatas, bebimos té negro con leche, y Angus no mencionó ni una sola vez las palabras "inversión", "licencia" ni "hotel". Al contrario, solo nos contó cosas sobre la ciudad y qué le gustaba hacer cuando estaba allí.

Era como si el hombre que me ofreció dirigir su hotel la noche anterior no existiera. Me lo habían cambiado. En su lugar, estaba este otro Angus: amable, divertido, atento sin ser empalagoso. Un hombre encantador. Tan encantador, de hecho, que me encontré riendo sin darme cuenta, y olvidando durante horas que yo había venido a Escocia a pelearme con él.

Volvimos al hotel hacia las siete de la tarde. La ciudad empezaba a iluminarse y el cielo estaba tan limpio que parecía irreal. Al entrar al vestíbulo, Iris y yo ya nos habíamos quitado los abrigos, sonrientes, con las mejillas rojas del aire frío y el corazón más ligero.

—Espero que os haya gustado el paseo —dijo Angus.

—Mucho —respondió Iris antes que yo—. Me ha encantado todo. Hasta tus curvas al volante.

Angus soltó una carcajada, genuina. Luego miró su reloj y añadió:

—Por cierto… He reservado el spa de la última planta solo para vosotras. Tenéis dos horas, está todo preparado. No acepto un no por respuesta.

—¿El spa? —dije, entre sorprendida e incómoda.

—Después de un día recorriendo Edimburgo pensé que os vendría bien un poco de relajación. Yo ya me he pasado el día holgazaneando, ahora os toca a vosotras. Tengo algunas llamadas que hacer.

Iris me miró con los ojos muy abiertos. Su cara decía: "Si dices que no, te mato".

—Gracias —dije, algo torpe—. Es… un detalle muy bonito.

—Disfrutadlo —dijo Angus con una inclinación de cabeza—. Nos vemos mañana. Os servirán la cena en tu *suite* a las nueve, Lorena.

Y se fue. Así, sin más. Sin imponernos más su presencia. Sin pedirnos que le acompañáramos a cenar. Sin mencionar el hotel ni el puesto ni… aquella noche. Solo se marchó a ocuparse de sus asuntos, como un caballero de otra época.

Mientras esperábamos el ascensor, Iris me agarró del brazo y me susurró:

—¿Tú eres consciente de que acabamos de pasar el día con un *highlander* auténtico de esos que parecen salido de una fantasía erótica de TikTok?

—No empieces…

—¡Y nos ha reservado el spa! ¡Para nosotras solas! ¿Esto es real o me he muerto y estoy en el paraíso escocés?

El ascensor se abrió y subimos entre risas.

Yo no decía nada, pero por dentro era un caos.

Me había pasado el día diciéndome que todo era una trampa. Que detrás de cada sonrisa había una estrategia maquiavélica. Que todo formaba parte de un juego, el suyo, con sus reglas. Pero, al llegar al spa, con sus ventanales gigantes sobre la ciudad iluminada, su música suave y el aroma a lavanda, una parte de mí empezó a dudar.

¿Qué pasa si no es una trampa?

¿Qué pasa si, simplemente, Angus MacDonald es así?

Y sobre todo… ¿qué pasa conmigo?

Porque tenía el cuerpo flotando, la cabeza en otra dimensión y el estómago lleno de mariposas que pululaban sobre los verdes prados escoceses. Y eso, sinceramente, me daba mucho más miedo que cualquier oferta de trabajo indecente.

CAPÍTULO 12

—¿Otra copa de cava? —preguntó Iris, aún sumergida hasta los hombros en el jacuzzi interior.

Negué con la cabeza.

—Salgo un momento a la terraza a tomar el aire —dije, recogiendo la copa medio llena y señalando la terraza exterior—. He visto que tengo una llamada perdida de Giulio.

Me até el albornoz con ímpetu mientras el aire fresco me erizaba la piel. La terraza del spa era amplia, privada, rodeada de balaustradas de piedra. Las luces dispersas y el crepúsculo sobre los tejados oscuros de Edimburgo daban al momento un aire casi irreal.

Llamé a Giulio.

No contestó.

—¿Todo bien?

Aquella voz grave me sobresaltó.

Angus estaba al otro extremo de la terraza, recostado sobre la barandilla.

Se había cambiado: camisa azul oscuro, las mangas remangadas, pantalones grises, aquel reloj que parecía más bien una joya discreta. Lo miré sin moverme de donde estaba. Me sentí desnuda, aunque no lo estaba. Tal vez el albornoz no era suficiente.

—Sí. Nada importante —elevé la copa en su dirección—. Solo tenía una llamada perdida de mi jefe.

—¿Y no has vuelto a llamarlo?

—Lo acabo de hacer.

Angus asintió. El viento movía su cabello con cierto descuido. Parecía cómodo, como si llevara siglos en este rincón de la ciudad. Allí, de noche, era como uno de esos vampiros guapos que nunca envejecen y que lo tienen todo controlado.

—¿Te molesta que esté aquí?

—No —mentí.

Bueno, no del todo. Me incomodaba que me viera en albornoz, copa en mano, despeinada. Pero molestarme, no.

—Ven —dijo, señalando con la cabeza el espacio a su lado derecho—. Las vistas son mejores desde aquí.

Caminé despacio, consciente de cada paso sobre las losetas frías. Me apoyé junto a él, lo bastante cerca para notar su calor, pero lo bastante lejos para sentirme segura.

—Esta ciudad tiene algo… mágico, ¿no crees? —preguntó.

—Debe ser por la humedad —repliqué, aunque no pude evitar una sonrisa.

—Ya te acostumbrarás. Siempre se empieza odiando el clima.

—¿Eso es una invitación?

Angus se volvió hacia mí, con una expresión indescifrable.

—Quizá. O quizá es solo una observación empírica. —hizo una pausa—. ¿Sabes una cosa? No pensé que te volvería a ver.

—Yo tampoco —lo miré de reojo—. Pero aquí estamos.

—Y no por casualidad. Te invité a cenar, ¿recuerdas?

—Pero no sabías que iba a venir hasta que Giulio te lo dijo.

—Eso no quita que me alegrara —bebió un sorbo de su copa—. ¿Estás cómoda en el hotel?

—Mucho. Demasiado, quizá. Me cuesta recordar que he venido a convencerte de que no construyas frente al mío.

—¿Y lo estás consiguiendo?

—No —lo admití sin rodeos.

Angus giró el cuerpo hacia mí, apoyándose con un codo en la barandilla. Sus ojos me estudiaron con calma.

—¿Puedo preguntarte algo? —le solté de golpe.

—Ya lo estás haciendo.

—¿Por qué te fuiste así aquella noche en Lisboa?

La pregunta le golpeó con suavidad, como una ola tibia que aún así descoloca.

—No fue personal. Fue... lo que era…en ese momento —bajó la mirada—. Un encuentro fugaz. Un desliz.

—¿Un desliz? —repetí con una ceja alzada.

—Estaba en una etapa... rara. Tú también, imagino.

—Yo no tengo etapas raras. Solo tomo decisiones arriesgadas.

Se rio, bajito.

—Tienes buena memoria.

—Muy buena.

Su voz se volvió más susurrante y me dijo:

—De hecho, te he recordado muchas veces desde entonces.

Mi estómago se contrajo un instante. Apreté la copa entre las manos.

—Pensé que no te acordarías siquiera de mi nombre.

—Lorena, directora de hotel en Madrid, amante del *espresso* sin azúcar, fanática del orden. Dormías en el lado izquierdo de la cama.

—¡Vaya! —me eché a reír—. No sabía que tomabas notas mentales.

—Contigo fue inevitable.

Durante un momento, ninguno dijo nada. El cielo se tornaba poco a poco más oscuro, el aire más húmedo. Angus seguía mirándome, como si buscara algo bajo mi superficie.

—Lo de la propuesta de trabajo... —empecé.

—¿Sí?

—Me descolocó —tragué saliva—. Fue un movimiento inesperado. Me hizo sentir... como si hubieses planeado todo esto.

—No lo hice. Solo aproveché la oportunidad cuando supe que vendrías —su tono fue suave, pero firme—. Y la oferta es completamente seria.

—¿Y crees que voy a aceptar así, sin más?

—No. Pero creo que ahora estás lo bastante intrigada como para no descartarla tan rápido.

Lo miré. Quise decir que no, que no me interesaba, que todo me parecía una manipulación elegante y sibilina. Pero él era demasiado convincente. Demasiado sereno.

—¿Por qué yo, Angus?

—Porque sé lo que eres capaz de hacer. Porque en una sola noche, sin saber nada de mí, fuiste más interesante, más lúcida, más jodidamente brillante que muchos de los profesionales que tengo en nómina.

—¿Y eso lo decidiste hace años entre copa y copa en una terraza de Lisboa?

—Y por cómo te esfumaste después. Cómo no volví a saber nada de ti. No intentaste alargar lo que no tenía sentido en ese momento —sonrió—. Eso me pareció... admirable. Y es muy poco común.

—No sé si eso es un cumplido o una crítica.

—Las dos cosas—dio un paso hacia mí, sin llegar a tocarme—. Oye…quédate unos días más. No por trabajo. Déjame enseñarte la Escocia que no sale en las guías. Prometo no hablar de hoteles.

Mi corazón se aceleró. Quise decir que no. Que tenía un vuelo, una vida, un jefe.

—Me temo que no va a ser posible —respondí.

—Piénsatelo esta noche, al menos.

No contesté.

Angus reculó un poco, satisfecho con mi ambigüedad. Sus ojos brillaban en la penumbra.

—¿Iris te espera dentro?

—Sí. Por alguna razón está convencida de que esto es una novela rosa y que tú eres el protagonista irresistible.

—Espero no decepcionarla.

—Aún puedes hacerlo —repliqué.

Nos miramos un segundo más. Había electricidad, de esa que no se necesita tocar para sentirla. Pero no avanzamos. Él no se movió. Yo tampoco.

—Bueno... —dije al fin—. Será mejor que vuelva dentro.

—Gracias por venir. Disfrutad del spa—murmuró.

No respondí. Me giré, sentí su mirada en mi espalda mientras cruzaba la terraza. Solo cuando estuve dentro, envuelta de nuevo en el vapor del jacuzzi y el murmullo de Iris que preguntaba "¿dónde te habías metido?", supe que estaba perdida. O, al menos, en peligro.

De perdición.

Y todavía nos quedaba un día y medio más en Escocia.

CAPÍTULO 13

—Esto es un crimen —dijo Iris con los ojos entrecerrados, estirada sobre la butaca, con las piernas envueltas en una toalla y una copa de vino blanco en la mano—. No pienso volver al hotel de Madrid nunca más. Me pienso quedar a vivir aquí, haciéndome pedicuras y cenando *foie.*

—Me temo que eso no está en el presupuesto —repliqué desde la cama, igual de abotargada, con el estómago feliz y los pies aún con restos de crema.

—Bah. Estoy segura de que Angus lo aprobaría.

—Dudo que Angus apruebe nada sin saber lo que gana con ello. No lo idealices.

—¿Perdona? Es guapo, simpático, encantador, y tiene buen gusto. ¿Tú has visto los cojines de esta *suite*? Seguro que él les ha dado el visto bueno. Es imposible no idealizarlo. —se giró hacia mí con una sonrisilla—. ¿Y tú? ¿Vas a seguir haciéndote la dura con él?

Me limité a beber de mi copa. Iris dio un salto:

—Ay, Lorena, por favor. ¡Te has vuelto a liar con él, ¿a que sí?!

—No me he liado con nadie. Solo hemos hablado.

—¿Hablado? ¿Así lo llamas ahora? ¿Y por qué no me contaste lo de la oferta de trabajo la primera noche, en cuanto te lo propuso?

Suspiré. Error de principiante haberle contado eso.

—Porque no quería mezclarlo. Y porque sabía que ibas a hacer justo esto: hincharlo todo como un globo.

—¡Pero si es tremendo! ¿Te das cuenta de que podrías acabar viviendo en Escocia, trabajando con un *highlander* de anuncio y

escapándote a ver castillos los fines de semana? Incluso teniendo tu propio castillo.

—¿Te das cuenta de que tú trabajas en el mismo hotel que yo y que Giulio es tu jefe igual que el mío?

—Y Angus, con un poco de suerte, el futuro jefe de ambas. Porque si aceptas su oferta me llevarás contigo después, ¿no? —me guiñó un ojo y bebió—. Oye, no voy a ir contando nada por ahí, ¿eh?

Me la quedé mirando. ¿Estaba borracha?

—Bueno —admitió—, se me podría escapar si hay vino de por medio, pero en una cena privada, nunca delante de clientes. O de Giulio.

Ese era exactamente mi miedo. Me estaba arrepintiendo de habérselo contado desde el segundo uno. Iris era brillante, leal… pero tenía una boca que a veces iba por libre.

En ese momento, vibró mi móvil sobre la mesita. Miré la pantalla: Giulio.

—Hablando del rey de Roma —murmuré.

—¿Vas a contarle que te vas a trabajar con Angus?

—¿Qué? Estás loca. No me voy a ningún sitio.

Me levanté con la copa en la mano, le lancé una mirada asesina para que mantuviese el pico cerrado y caminé hacia el escritorio mientras descolgaba.

—¿Giulio?

—Lorena, finalmente —respondió su voz, algo arrastrada—. ¿Dónde estabas?

—Pues…reconociendo el terreno. Estudiando un poco el hotel de MacDonald —mentí como una bellaca—. ¿Todo bien? De hecho intenté llamarte hace un rato.

—Sí, sí… —hizo una pausa—. Te llamaba precisamente por lo de su nuevo hotel aquí. Me consta que no va a dar su brazo a torcer. Pero tengo una buena noticia. Más o menos.

Fruncí el ceño.

—¿Ah, sí?

—He estado hablando con un par de contactos y he podido averiguar más cosas. Parece que su proyecto no compite directamente con el nuestro. Aunque esté en la misma calle.

Me quedé callada un segundo.

—¿Cómo que no compite?

—Distinto perfil. Más experiencia, más exclusividad local. Turismo gastronómico, rutas con guías autóctonos, muy enfocado a cliente de alto poder adquisitivo de fin de semana, ya sabes. Nada que ver con nuestro enfoque de cliente ejecutivo de paso por Europa.

—Pero la ubicación…

—Da igual. No apuntamos al mismo cliente. De hecho, se me ha ocurrido que podríamos aprovechar su tirón para darnos visibilidad. Subir tarifas, diferenciarnos con nuevos servicios. Estoy pensando en cambiar el desayuno de cortesía por uno personalizado. Más *gourmet*. Algo con más valor añadido. Tenemos que pensarlo bien, pero tengo ideas.

Me mordí el labio.

—Entonces… ¿ya no importa si construye o no?

—Nunca dije que no importara. Solo que no es el drama que parecía. Y que tenemos que ajustar la estrategia.

Estuve a punto de soltar: "Entonces no hacía falta que viniera hasta Escocia como si fuera una espía del Mosad". Pero me callé. Al fin y al cabo, me había reencontrado con Angus. Aunque no sabía aún si eso era bueno o no.

—Entendido —me limité a decir—. ¿Algo más?

—Sí. ¿Puedes adelantar el vuelo de Iris a mañana por la mañana? La necesito aquí. Ha llegado un grupo de empresarios suizos y prefiero que ella lo gestione.

—¿Mañana? —pregunté con sorpresa, aunque ya intuía que Iris no se lo iba a tomar bien.

—Sí. Ya está hablado con administración. Le llega el nuevo billete por e-mail en unos minutos.

—Perfecto.

—Y tú —añadió Giulio—, quédate si quieres uno o dos días más, pero intenta sacar algo de información sobre ese hotel. Ya sabes. Un plano, una maqueta, algo que nos dé una idea más exacta de por dónde van los tiros. Toma buena nota de todo.

—Claro.

—Confío en tu discreción. Y en tu olfato.

Colgó. Me volví hacia Iris, que ya me miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, medio incorporándose, aunque creo que había oído casi todo.

—Que vuelves a Madrid mañana por la mañana. Lo siento.

—¿Mañana? ¡¿Pero si acabamos de llegar?! —soltó, con los ojos como platos—. ¡¿Y mi desayuno con vistas?! ¡¿Y el castillo que me prometiste?! ¡¿Y los *scones* de por la tarde?!

—Lo sé, lo sé. Pero que conste que no es mi culpa. Dice que te necesita para unos suizos.

—¡Los suizos que los atienda él con un queso *gruyère* en la mano!

—Tranquila. Te llega el billete al mail en breve.

Iris resopló y se desplomó de nuevo sobre la cama.

—Vale, pues nada. Me iré. Pero que conste que me iré preocupada. Solo porque no quiero que te quedes sin aliada aquí.

—Me las arreglaré. No te preocupes.

—¿Vas a ver a Angus otra vez?

—No lo sé.

Mentí. Lo sabía perfectamente. Quería verle. Pero no como parte de ninguna misión.

Aunque…

Giulio quería notas, ideas, cualquier pista. Y Angus había dicho que quería enseñarme algo más de Escocia.

Sonreí sola, como un dibujo animado maquiavélico.

Se me acababa de ocurrir una idea bastante brillante.

CAPÍTULO 14

Meter a Iris en aquel taxi fue como despedir a un torbellino. Me abrazó con tanta efusividad que seguramente el conductor pensó que era una despedida definitiva y que nunca nos volveríamos a ver.

—Prométeme que vas a resistir y no te vas a liar con él —me susurró al oído, mientras me aplastaba contra su abrigo—. Pero si pasa… quiero todos los detalles.

—Va, que te espera tu avión, pesada.

—Y manda foto del desayuno. ¡Y de lo que hagas esta tarde! ¡Y del escocés, claro!

Cuando el coche arrancó, me quedé un segundo mirando cómo desaparecía por la avenida, como si eso cerrara un capítulo que apenas habíamos empezado. Ahora estaba sola. Literalmente. Y con una misión nueva.

Respiré hondo y entré en el hotel. El hall olía a madera encerada, café caro y floristería *boutique.* Me sentía más despierta que en días anteriores. Supongo que por la sesión intensiva de spa. O tal vez porque ya no tenía a Iris revoloteando a mi alrededor, o porque Giulio había soltado la bomba de que "igual podíamos aprovecharnos del tirón" del hotel de Angus. Claro, ahora sí. Después de enviarme a Escocia con un lacito y con la urgencia de una amenaza nuclear, ahora resulta que el hotel rival podía ser un buen vecino…

Me acerqué al mostrador de recepción, intentando parecer una clienta más.

—Buenos días —dije, con una sonrisa estudiada—. ¿Podrías ponerme en contacto con el señor MacDonald?

La recepcionista, una chica con moño perfecto y acento escocés suavísimo, me miró con una leve sorpresa profesional.

—¿Tiene cita con él?

—No, pero dígale que soy Lorena. De Madrid. Él sabrá.

Tecleó algo en su ordenador.

—Muy bien, *miss* Lorena. Le haré llegar su mensaje enseguida. Pero con toda seguridad le llame él directamente a su móvil.

—Perfecto. Gracias.

Me retiré con aire despreocupado, aunque por dentro tenía el corazón galopando como si me hubieran citado en una azotea a medianoche. Subí a la *suite* y, como había predicho la recepcionista, no tardó en vibrar el móvil.

Angus MacDonald.

No lo tenía guardado, pero el número venía con nombre y apellido. Por supuesto. Hasta sus llamadas eran impecables.

—Buenos días —dije al descolgar, procurando que no se notara lo mucho que había estado esperando.

—Lorena. Qué sorpresa.

Su voz sonaba algo más grave, más dormida. O tal vez solo distraída.

—Te llamaba porque… bueno, Iris ha tenido que volver a Madrid. Trabajo de última hora.

—Vaya. Te quedas sin acompañante. Sin…¿cómo se dice? Sin escudera.

—Totalmente. Así que bueno, pensé que si seguía en pie esa excursión que mencionaste…

Hubo una pausa. Escuché hojas de papel, un leve suspiro, como si de verdad estuviera cancelando cosas en su agenda mientras hablábamos.

—Claro que sigue en pie. Dame una hora y paso a buscarte. Ponte ropa cómoda.

—¿Cómoda tipo salir al campo, cómoda tipo *brunch*…?

Él se rió.

—Tú eliges. Pero si traes tacones, no pienso cargar contigo colina arriba.

Colgó.

Me quedé mirando el móvil un instante. ¿En qué lío estaba metiéndome? ¿A qué jugábamos exactamente?

Una hora después, estaba plantada en la puerta del hotel con vaqueros, las botas planas que había comprado y la chaqueta que resultó no ser del todo impermeable pero sí bastante favorecedora. Angus apareció al volante de un coche distinto al del otro día; oscuro, discreto y elegante. Igual que él. Se bajó para abrirme la puerta con una sonrisa que tenía algo de bienvenida y algo de trampa.

—Es un buen día para escapar de la ciudad—dijo.

—¿Eso estamos haciendo?

—Tú dime.

No me dijo nada más. Ni tampoco le pregunté dónde íbamos exactamente. Así de ida estaba ya.

Nos alejamos de Edimburgo con el cielo abriéndose en jirones de nubes grises y azules. La ciudad quedó atrás en cuestión de minutos, y pronto los edificios se transformaron en árboles, los semáforos en ovejas gorditas y mullidas, y los carriles en estrechas carreteras flanqueadas por campos verdes como esmeraldas mojadas.

—¿Dónde me llevas? —pregunté por fin, mientras me sujetaba con una mano al asiento y con la otra al sentido común.

—A un lago. Pero uno bonito, no turístico. No te preocupes, no vamos a cazar a Nessie.

—Y…¿me puedes ir dando algunas pistas sobre tu nuevo hotel en Madrid por el camino?

—¿Eso quieres?

—Digamos que sería una bonita forma de mantener cierto tono… corporativo.

—Mmm. Supongo que te lo ha pedido Giulio, ¿no? —murmuró, sin mirar del todo—. Me gusta más la versión en la que simplemente quieres pasar el día conmigo.

Le lancé una mirada de reojo, y él sonrió, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

Durante un buen rato condujo en silencio, con música suave de fondo. Yo miraba por la ventana, fingiendo que solo admiraba el paisaje. Pero era demasiado consciente del calor que me subía por el cuello, del cosquilleo de puro nervio, de la estúpida sonrisa que se me escapaba cada vez que él me hacía una pregunta trivial.

—¿Tú y Giulio os conocéis desde hace mucho? —me preguntó, justo cuando pensaba que el silencio podía volverse insoportable.

—Unos cuantos años ya. Aunque cada día descubro una versión distinta de él. Ayer, por ejemplo, le dio por el optimismo.

—¿Ah, sí?

Intenté ser diplomática para ver si con eso le sonsacaba algo de información:

—Me dijo que cree que no vamos a competir por el mismo tipo de cliente, que igual hasta nos viene bien teneros cerca. Me dio la impresión de que se le ha pasado el pánico.

Angus asintió, sin perder la vista de la carretera.

—Es inteligente. Siempre lo ha sido.

—¿Y tú? ¿Estás tan seguro de tu proyecto?

—Si no lo estuviera, no lo haría.

Su voz no sonó chulesca, sino más bien tranquila. Como si ya lo hubiera decidido hace tiempo y todo esto no fuera más que el capítulo intermedio.

—¿Y si te digo que sigo sin fiarme al cien por cien de ti?

—Entonces te pido otro día más para intentarlo.

—No voy a pasarme la semana entera contigo por un estudio de mercado, Angus.

—¿Y si te digo que me da igual el estudio de mercado?

—Entonces estaríamos en más peligro todavía.

Nos miramos un segundo, y en ese segundo supe que estaba jugando con fuego. Con fuego escocés, del que no se apaga con una copa de vino y una ducha fría.

Pero aun así, no bajé la ventanilla. No salí corriendo.

El paisaje empezó a abrirse, y a lo lejos vi el reflejo de un lago entre montes bajos. Todo era verde y húmedo, como si acabara de pasar una tormenta. El cielo era un cuadro impresionista, y el aire olía a hierba mojada y a libertad.

Y estábamos solos.

—¿Este es el sitio? —pregunté, cuando aparcó junto a una verja de madera.

—Este es el principio.

Me bajé del coche y me prometí a mí misma algo muy claro:

Por mucho que me llevara a recorrer paisajes de ensueño, por mucho que tuviera esa sonrisa peligrosa y esa voz de whisky lento…

Iba a mantenerme firme.

No iba a caer en sus brazos.

No después de haberme dejado despertar sola en aquella habitación de hotel en Lisboa.

CAPÍTULO 15

No sabía que los verdes podían tener tantos matices. Verdes oscuros, verdes amarillos, verdes que tiraban al gris y otros tan intensos que dolían en los ojos. Y en medio, el lago. Como un espejo viejo, ondulado por el viento, rodeado de colinas afiladas y árboles que parecían estar de acuerdo en guardar silencio.

Angus me ayudó a cruzar una pequeña verja de madera con gesto casi solemne.

—No hay muchos sitios así. Este es especial.

—¿Especial para ti?

—Para cualquiera que tenga ojos y algo de corazón.

Me reí. No pude evitarlo. Aunque no se lo dije, para mí todo aquello rozaba lo ridículo. No el paisaje, que era de postal con premio, sino la situación. Yo, en plena campiña escocesa, con un escocés de mandíbula mitológica, caminando hacia un lago que parecía sacado de un sueño húmedo de Instagram.

Y encima sin Iris para narrarlo en directo.

—¿Esto lo haces con todas tus posibles directoras de hotel, o tengo suerte?

—Solo con las que se resisten.

Le lancé una mirada, pero él ya había echado a andar por un sendero estrecho que subía hacia una colina. Desde ahí se divisaban las ruinas de un castillo. Apenas quedaban los muros exteriores, pero el efecto era potente.

En lo alto de aquel montículo, con el lago al fondo y las nubes deslizándose lentas por el cielo, parecía que el tiempo se hubiera

detenido.

—Se llama Kilreach Castle. O lo que queda de él —me dijo, cuando nos acercamos a las piedras cubiertas de musgo—. Cuentan que una princesa estuvo encerrada aquí por haberse enamorado del hijo de un herrero. Su padre, un conde cruel, la mantuvo prisionera hasta que murió de pena. Y desde entonces, si vienes al atardecer, dicen que se oyen sus suspiros entre las piedras.

—Claro que sí —dije—. Y seguro que también aparece con un vestido blanco, flotando.

—A veces. Pero sólo si el visitante está dispuesto a escuchar.

Angus me miró con una sonrisa torcida. Yo lo estudié con disimulo. Había algo en su forma de caminar, de moverse, de observarlo todo como si lo conociera desde siempre pero aún se dejara sorprender, que me desconcertaba. ¿Por qué estaba haciendo todo esto? ¿Por qué llevarme a un lago remoto y hablarme de leyendas como si fuéramos algo más que colegas de profesión?

¿Estaría un poco interesado en mí… más allá de esa propuesta de trabajo fantasma?

Una ráfaga de viento me revolvió el pelo. Me crucé de brazos.

Lo cierto era que no tenía ni idea de en qué punto estábamos. Había demasiadas piezas sueltas. Demasiadas miradas largas. Y cada vez que lo observaba de reojo —como ahora, mientras se apoyaba en una de las piedras del castillo derruido—, me venía a la cabeza la misma pregunta absurda:

¿Y si lo besara?

No ahora. Pero pronto. Muy pronto.

Me detuve en seco, escandalizada por mis propios pensamientos. No. Por ahí no. Era el efecto de la bruma, del verde, de la historia de la princesa trágica y de la forma en la que Angus me miraba, como si supiera cosas que yo aún no.

Sacudí la cabeza y me forcé a aterrizar en este planeta.

—¿Vas a contarme algo más sobre esa oferta misteriosa? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

—¿No prefieres quedarte en el presente?

—¿No son incompatibles?

—A veces sí.

—Todo a su debido tiempo.

Y ahí estaba de nuevo: esa habilidad suya para responder como si estuviéramos en mitad de un duelo de esgrima emocional. No evadía, pero tampoco se entregaba. Simplemente parecía... disfrutar del presente.

Me di cuenta de que yo también lo estaba haciendo.

Más tarde, almorzamos en una posada encantadora, toda vigas de madera, ventanales pequeños y olor a sopa casera. El comedor estaba medio vacío, solo un par de familias y una pareja de jubilados que nos miraban con curiosidad. Angus pidió estofado y yo algo con salmón y puré de patata que no supe pronunciar bien.

La comida estaba deliciosa. Pero lo mejor fue la charla. Ligera, sin exigencias. Él me habló de su infancia en las Highlands, de su abuela materna, que le enseñó a leer mapas y a hacer pan. Yo le hablé de mi día a día en el hotel, de lo que me costó sacarlo adelante. De lo que hacía en el escaso tiempo que tenía libre. No hablamos de Giulio. Ni de Madrid. Ni del futuro.

Solo del aquí y el ahora.

Y por un rato, eso bastaba.

Después del almuerzo paseamos por un camino entre árboles bajos y arbustos llenos de bayas. El sol se colaba entre las ramas y hacía que todo brillara de forma irreal. Yo caminaba a su lado, sin prisa. Casi sin pensar. Como si mi cuerpo hubiera decidido que ya estaba bien de resistirse.

Fue entonces cuando Angus se detuvo.

No dijo nada.

Solo se volvió hacia mí, muy cerca. Y en sus ojos, por primera vez, no había nada de juego. Solo decisión. Lentitud. Calor.

Y supe que iba a besarme.

Supe que yo iba a permitírselo.

Supe que todo el día nos había estado llevando a esto.

Cerré los ojos.

Y entonces…

Bzzz. Bzzz.

El zumbido de su móvil interrumpió el momento como una bofetada con un tocho de papeles.

Angus lo sacó del bolsillo después de murmurar una disculpa, miró la pantalla y frunció el ceño. Durante un segundo pensé que lo apagaría. Que me besaría igual. Que seguiríamos.

Pero no.

Suspiró. Bajó el brazo. Y dijo, con un tono que no admitía réplica:

—Perdón, tengo que atender esto. Es importante.

Asentí, tragando saliva. Como si no me importara. Como si no acabáramos de romper una burbuja que llevaba todo el día inflándose.

Se alejó unos pasos para hablar, dejando un rastro de frustración flotando entre nosotros.

Me crucé de brazos. Yo también me aparté para dejarle intimidad. Miré al cielo. A los árboles. A cualquier parte menos a él.

No sé cuánto tiempo pasó. Tres minutos. Cinco. Una eternidad emocional.

Cuando volvió, la energía entre nosotros ya había cambiado.

—Me temo que tenemos que volver a la ciudad. Lo siento.

—¿Todo bien?

—No lo sé aún. Pero tengo que ocuparme de algo. Te dejaré en el hotel, ¿*ok*?

Asentí.

La magia, ese hilo invisible que había unido las ruinas, el lago, el almuerzo, y el casi-beso… se había roto. Como si alguien hubiera desenchufado la música, la canción lenta, en mitad del baile de fin de curso.

De camino al coche ninguno de los dos habló. No hacía falta.

Él conducía con gesto serio. Yo miraba por la ventana, reprimiendo la tentación de preguntarle qué pasaba. Porque si algo había aprendido ese día, era que con Angus todo tenía sus tiempos. Y sus límites.

Cuando por fin llegamos a la ciudad, el cielo estaba encapotado y el viento había cambiado. Igual que nosotros.

Antes de bajarme del coche, él me tocó el brazo con suavidad.

—Lo de hoy… —dijo.

—Ya lo sé —lo interrumpí—. No pasa nada.

Me sonrió, pero era una sonrisa distinta. Cargada de algo que no quise descifrar.

—Gracias por venir.

—No. Gracias a ti por llevarme.

Y con eso, cerré la puerta del coche y lo vi marcharse.

Otra vez con más preguntas que respuestas. Y con las ganas de aquel beso, que me iban a perseguir hasta Madrid.

Me iba al día siguiente.

Y no pude evitar el desolador pensamiento de que a lo mejor esa era la última vez en mi vida que veía a Angus MacDonald.

CAPÍTULO 16

Esa noche dormí fatal. No fue insomnio, exactamente. Fue más bien una sucesión de sueños inquietos, imágenes borrosas y una sensación repetitiva de estar a punto de recordar algo importante... sin llegar nunca a hacerlo. Me desperté varias veces con el corazón acelerado, la garganta seca y un extraño sudor en la palma de las manos.

Y por si fuera poco, el único pensamiento recurrente que se colaba en mi mente, como un parásito testarudo, era ese beso que no sucedió.

Bueno, *beso*… Esa especie de momento suspendido en el tiempo en el que nuestros cuerpos se acercaron, nuestras respiraciones se entremezclaron y yo, por primera vez en años, dejé de pensar en todo lo demás. Hasta que el teléfono lo devolvió a su estirado traje de empresario y a mí a mi realidad de directora de hotel, profesional, racional, poco dada a fantasías de castillos y lagos.

Lo peor era que *yo* quería decirle que no.

Yo pensaba rechazarlo, ese era mi brillante plan.

Yo era la que iba a marcar el ritmo de lo que estaba pasando. Pero al final fue Angus quien se alejó. Y no supe nada más de él en toda la tarde. Nada. Ni un mensaje, ni un "disculpa por el abrupto final", ni siquiera un *meme* escocés. Silencio absoluto.

Y eso, para qué negarlo, me dejó algo... mosqueada.

Después de un desayuno *deluxe* en el pequeño comedor del hotel —croissant de chocolate negro, café *latte*, zumo recién exprimido y

una conversación forzada con una pareja de jubilados alemanes que pensaban que era fotógrafa de animales—, subí a mi habitación a preparar la maleta. Mi vuelo de regreso salía a mediodía.

Me detuve un instante junto a la ventana. Fuera, Edimburgo seguía siendo preciosa. Gris, elegante, llena de historia y de rincones que no había explorado. Me dio una punzada en el estómago. No era sólo la tristeza de irme. Era otra cosa. Como una oportunidad que se había deshilachado justo cuando empezaba a tomar forma.

Me senté en la cama. Miré la maleta abierta a mis pies. Todavía quedaba algo de tiempo antes de ir al aeropuerto, pero no el suficiente para fingir que estaba de vacaciones. Era un punto intermedio incómodo. Como mi estado emocional, básicamente.

Entonces llamaron a la puerta.

No un golpe casual ni la típica camarera de piso entusiasta que viene a poner en orden la habitación. Era un *toc-toc* firme, exacto, como el de alguien que venía a entregarte algo importante. Me incorporé y me estiré la blusa, me alisé el pelo de forma automática y abrí.

Allí estaba. El mismo hombre trajeado que nos recogió en el aeropuerto el día de que Iris y yo llegamos. Impecable. Serio. Discreto como un mayordomo en una película británica.

—Señorita Lorena —dijo, inclinando ligeramente la cabeza—. Esto es para usted. De parte del señor MacDonald.

Y me tendió una carpeta negra con un logo dorado en la esquina. Eran las iniciales M y D.

—Gracias —logré decir, aún más desconcertada que dormida.

El hombre asintió, giró sobre sus talones y se fue por el pasillo como si hubiera cumplido con una misión sagrada. Cerré la puerta y me quedé un segundo mirándola, como si pudiera aclararme las ideas solo con un parpadeo muy largo.

Me senté de nuevo en la cama, abrí la carpeta con cuidado y lo primero que vi fue una nota manuscrita. Su letra. Firme, sobria. Nada de florituras.

Lorena,
El tiempo que compartimos ayer fue de mucha ayuda. Me ha servido

para hacerme a la idea del tipo de persona con la que podría trabajar muy estrechamente.
No quiero interferir en tu decisión ni presionarte. Por eso te entrego aquí todos los detalles del proyecto del hotel de Madrid. Y una oferta en firme para que te incorpores al equipo. Confío en ti. Lee todo con calma. La oferta es buena, creo. Pero si no es lo bastante buena, me gustaría que la negociaras. No hay propuesta sin posibilidad de réplica.
Me parecería justo que tuvieras toda la información antes de tomar una decisión, incluso si decides quedarte como directora del hotel vecino.
Por último, si puedes y como te dije, valora quedarte unos días más en Escocia. Una semana, tal vez. Me gustaría enseñarte algunos sitios más que merecen la pena.
Gracias por el día de ayer.
—Angus

Me quedé mirando la nota un buen rato. Repasé algunas frases.

"Trabajar muy estrechamente."
"Lee todo con calma."
"Negócialo."
"Gracias por el día de ayer."

Tenía ese tono tan suyo: contenido, medido, con un fondo emocional escondido bajo una capa de pragmatismo. Casi parecía una disculpa camuflada. O una invitación a un segundo intento.

Abrí los documentos. Y ahí estaban: toda la información sobre el nuevo hotel, el concepto *boutique,* la ubicación privilegiada, los plazos de ejecución, las condiciones laborales… y la oferta económica acorde con mi puesto.

Era buena. Muy buena. Nada exagerado ni obsceno, pero sí sólida. Realista. Lo bastante generosa como para tentarme. Incluso había una nota con posibles pluses si el hotel superaba ciertas metas el primer año. Y margen para negociación.

Podría aceptar.

Podría contraofertar.

Podría decir que sí y quedarme en Escocia. Una temporada. Un año. O más.

Pero seguía sintiéndome rara. Un poco utilizada. Como si todo lo vivido en el lago, en las ruinas, en la posada encantadora, no hubiera sido más que una prueba encubierta. Una especie de simulacro romántico para evaluar mi carácter. ¿Había sido eso? ¿Una entrevista de trabajo camuflada de cita?

Y si era así… ¿por qué demonios quería seguir besándolo?

Guardé los papeles en la carpeta y cerré los ojos un momento.

No. No iba a quedarme. Tenía que volver a casa. A Madrid. A Iris, a mi hotel, a mi vida concreta, real, con cafeteras industriales y horarios de personal y cañas esporádicas con mis amigas. A mis problemas normales, no a estos dilemas con olor a turba y leyendas trágicas.

Y aun así…

Aun así, lo que más me dolía de todo aquello no era la propuesta, ni la estrategia de Angus, ni siquiera mi confusión.

Lo que más me dolía era que él no había intentado...nada conmigo.

Me levanté, volví a la ventana y apoyé la frente contra el cristal. Abajo, el tráfico seguía su curso. Una mujer paseaba a un perro peludo. Un ciclista esquivaba a un taxi. Todo parecía exactamente igual.

Y sin embargo, yo ya no era la misma de hace tres días.

La mujer que llegó a Escocia por orgullo y profesionalidad ahora tenía el corazón enredado con una propuesta de trabajo y una nota manuscrita que terminaba con una invitación demasiado tentadora.

"Valora quedarte unos días más en Escocia. Una semana, tal vez."

Me mordí el labio.

¿Y si me quedaba?

¿Y si iba con él a ver esos sitios que "merecen la pena"?

¿Y si esto no era una evaluación encubierta, sino una oportunidad que no podía dejar escapar?

Sacudí la cabeza. Me sentía agotada. Emocionalmente deshidratada. Lo único que sabía con seguridad era que no podía

decidir nada ahora.

No sin pensar.

No sin hablar con Iris.

No sin dormir una noche decente. En mi casa.

Miré la carpeta sobre la cama. Luego mi maleta. Después el reloj.

Tenía tres horas antes del vuelo.

Y demasiadas preguntas sin respuesta.

Suspiré.

Volver a casa no era huir. Era concederme un tiempo de oro para valorar todo aquello. Y luego estaba Giulio y el interrogatorio al que me sometería nada más verme. Compartir información con él era peliagudo y Angus sabía muy bien que yo andaría con pies de plomo antes de contarle detalles sobre su nuevo hotel. Algo me decía que él estaba convencido de que yo aceptaría su oferta. Pero yo no lo tenía tan claro.

Trabajar con un hombre como Angus MacDonald era un peligro para mi corazón.

A esas alturas ya lo sabía muy bien.

CAPÍTULO 17

El aeropuerto de Edimburgo tenía ese encanto frío de los no lugares. Esa sensación de que podrías estar en cualquier parte del mundo y no importaría. Las tiendas de souvenirs, el café caro, la moqueta gris, el murmullo de maletas rodando por los pasillos… Todo contribuía a una especie de limbo, como si la vida real estuviera en pausa hasta el momento del embarque.

Y yo, con mi carpeta negra y mi maleta de cabina, llevaba un buen rato mirando una pantalla que no cambiaba.

VUELO CANCELADO.

No *retrasado*. Cancelado. Con todas las letras.

Primero creí que era un error. Que mi vuelo había sido desviado o cambiado de puerta. Pero a los cinco minutos empezaron los murmullos, las alertas en los móviles, los correteos de personal uniformado y la aparición mágica de una fila kilométrica ante el mostrador de atención al cliente. Algo gordo estaba pasando.

—Erupción volcánica en Islandia —me dijo una mujer a mi lado, con acento latino y cara de indignación—. Lo mismo que hace unos años. Ceniza en el aire, ya sabe. Todo el tráfico aéreo se ha suspendido.

¿Perdón?

Me metí en Twitter, o X, o como quiera que se llame ahora —refugio de toda desgracia moderna— y ahí estaba: imágenes de una nube de ceniza avanzando por el Atlántico, una retahíla de aerolíneas anunciando cancelaciones y gente atrapada en

aeropuertos nórdicos con cara de "¿pero esto no pasaba solo en películas de catástrofes?"

Y ahí estaba yo. Atrapada en Edimburgo. Con un vuelo que no saldría hoy. Ni mañana. Tal vez ni siquiera esa semana.

Me senté en un banco junto a un dispensador de gel desinfectante y traté de no hiperventilar.

Vale. Respira. Es solo un volcán que se ha puesto en marcha.

Una *mínima* catástrofe natural.

Un *ligero* obstáculo a tu necesidad desesperada de volver a casa, a tu rutina, a tu piso lleno de plantas que probablemente morirán, muertas de sed.

Saqué el móvil y llamé. Iris contestó al segundo tono.

—¡¿Ya estás embarcando?! —preguntó con voz ansiosa.

—No. Se ha cancelado el vuelo.

—¿Cómo que se ha cancelado? ¿Por qué?

—Pon las noticias. Un volcán. En Islandia. Una nube de ceniza. Lo típico.

Hubo un silencio y luego un carraspeo nervioso.

—¿Esto es un eufemismo de "me he liado con el *highlander* y me he dejado arrastrar por la pasión"?

—Ojalá —dije, tapándome la cara con una mano—. No, en serio. Está saliendo en todas partes. No se puede volar. Dicen que tardarán varios días en reanudar el tráfico aéreo en buena parte de Europa.

—Vale. Vale. No pasa nada. Lo importante es que estás bien. ¿Tienes donde quedarte?

—Todavía no he salido del aeropuerto. Estoy en estado de *shock.*

—¿Y el *highlander*? ¿Sabe algo de esto?

—No. Bueno... creo que no.

Le conté lo de la carpeta, la nota manuscrita, la oferta de trabajo y la invitación a quedarme unos días más.

—¿Y *tú* quieres quedarte unos días más? —preguntó Iris, directa al grano—. Bueno, pues ahora tienes la mejor de las excusas. No tienes otra opción.

Suspiré.

—No lo sé. Estoy tan confundida… Es como si me hubieran hecho una entrevista camuflada de cita romántica. Me siento evaluada. Usada. Y al mismo tiempo... no puedo dejar de pensar en él.

—Vale. Voy a traducirte eso: de repente alguien del pasado te gusta y eso te da miedo.

—Gracias por el análisis exprés, Freud con mechas.

—De nada. ¿Quieres que llame a Giulio y le diga que no puedes volver?

—Sí. Por favor. Dile que estoy atrapada por culpa de un volcán y que no es una excusa inventada. Que le mando fotos si hace falta.

—Hecho. Y tú, relájate. Disfruta de la prórroga. Igual este es el universo dándote una pista de por dónde tienes que ir.

Colgué. Cerré los ojos. Inspiré. Expiré. Abrí los ojos.

Y entonces lo vi.

Otra vez él. Ahí estaba. El chófer. El mismo hombre impecable que nos había llevado desde el aeropuerto el primer día, y que me había traído la carpeta negra. Plantado junto a una columna, con las manos cruzadas en la espalda, como si acabara de materializarse desde otra dimensión.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, asintió con la cabeza. Serio. Preciso. Como un mayordomo inglés con reloj biológico.

Se acercó y me habló en voz baja:

—Señorita Lorena, el señor MacDonald está al tanto de la situación. Me ha enviado para llevarla con él, si lo desea.

"Si lo desea."

Esa frase. Tan cortés. Tan formal. Tan peligrosamente tentadora.

No dije nada al principio. Solo lo miré. Luego miré mi carpeta negra. Y luego el panel de vuelos, con su hilera de cancelaciones rojas como señales de stop.

"Si lo desea."

Claro que lo deseaba.

Deseaba subirme a ese coche y dejar de fingir que estaba en control de algo. Deseaba que me llevara con él. Ver su cara. Oír su voz. Tal vez insultarlo un poco por haber sido tan frío. Tal vez… besarlo por fin.

Pero también estaba concentrada en no perder el norte.

En no entregarme a una historia con castillos y de repente volcanes sin haberme quitado primero los zapatos de directora de hotel escéptica.

—¿Y si no lo deseo? —pregunté, más por impulso que por convicción.

—Entonces me quedaré cerca por si cambia de opinión. —sonrió tímidamente—. Pero permítame sugerirle que el tráfico de taxis en la ciudad será complicado hoy. Y los hoteles ya están empezando a llenarse.

Aquel hombre, que aún no me había dicho su nombre, tenía un punto. Práctico. Hasta un poco irritante.

—¿Y él te ha dicho dónde me llevarías?

—A Glenlorne. Su residencia habitual. Está esperando su respuesta.

Me quedé un segundo en silencio. Como si al nombrar ese sitio —*su residencia habitual*— se abriera un capítulo nuevo que no había planeado leer aún. Una parte de él que no conocía. Un espacio más privado. Personal.

Angus MacDonald quería que viera su casa.

Y yo… quería verla.

—Vale —dije, sin rechistar más—. Iré.

Pero solo espero que esto no sea otra entrevista encubierta.

El chófer asintió, impasible.

—Perfecto. Se lo comunicaré al señor MacDonald.

Cogió mi maleta con naturalidad y echó a andar hacia la salida.

Y yo lo seguí, entre aliviada y peligrosamente emocionada. Como si hubiera aceptado algo más que un simple viaje en coche.

Como si, en el fondo, acabara de decir que sí a una pregunta que aún no había sido formulada.

CAPÍTULO 18

El coche avanzaba por una carretera serpenteante, flanqueada por colinas verdes como terciopelo húmedo y nubes que parecían algodones mal lavados. A un lado, los muros de piedra seca se deshacían en hiedras. Al otro, ovejas dispersas pastaban con la paciencia de quien tiene siglos por delante. Escocia, pensé, era un lugar que no tenía prisa.

Yo, en cambio, estaba al borde de un ataque de ansiedad.

El interior del coche era silencioso, cómodo, casi clínico. Tapicería gris, olor a cuero caro y ese murmullo grave del motor que lo envolvía todo. El chófer, impasible al volante, parecía sacado de la típica novela inglesa. Pelo gris recortado con precisión, perfil severo y traje inmaculado. De no ser porque me había recogido ya dos veces, habría dudado de que fuera alguien de fiar.

—¿Vamos muy lejos? —pregunté, buscando romper el hielo antes de perderme del todo en mis pensamientos.

—Unas dos horas, si el tiempo nos lo permite.

Asentí, aunque no sabía exactamente a qué tiempo se refería. ¿Meteorológico? ¿Histórico? ¿Existencial?

—¿Y Glenlorne… es un pueblo?

El chófer tardó un segundo en responder.

—No exactamente. Glenlorne es una finca. Muy extensa. Bastante aislada.

Ah. Genial. Una mansión en medio de la nada. ¿Qué podría salir mal?

—¿Y mucha gente vive allí?

—Depende de lo que entienda por "vivir" —volvió a guardar silencio un momento—. Hay personal que va y viene. Algunos se quedan. Otros no duran mucho.

Bueno. Eso no sonaba *nada* inquietante.

Me removí en el asiento y traté de que no se me notara el sudor frío que empezaba a recorrerme la nuca.

—¿Y usted? —pregunté, cambiando de tema con torpeza—. ¿Cómo se llama? No me lo dijo el primer día.

Esta vez sí me miró por el retrovisor. Una mirada breve, evaluadora, con un destello de humor apenas perceptible.

—Oh, discúlpeme. Campbell. Me llamo Campbell.

Claro. ¿Qué otro nombre podía tener un mayordomo escocés con cara de haber servido en guerras y castillos?

—Encantada, Campbell. Yo soy…

—Lorena. Lo sé —y volvió la vista al frente, con media sonrisa en los labios, como si no quisiera saber más de lo estrictamente necesario.

—Claro. Perdón —sentí que me ruborizaba cual becaria.

Un silencio más denso que la niebla se instaló entre nosotros, solo interrumpido por el rumor del coche y el tamborileo suave de la lluvia que empezaba a caer.

Miré por la ventana. El paisaje derivaba en colinas suaves, con lagos que brillaban como espejos rotos entre los valles. Había algo hipnótico en todo aquello. Algo que me hacía sentir muy lejos de Madrid. De mi hotel. De Giulio. Incluso de Iris y sus mensajes llenos de *stickers* ridículos. Estaba en otro mundo.

—¿Hace mucho que trabaja para Angus? —volví a preguntar, más por llenar el aire que por verdadera curiosidad.

—El tiempo en Glenlorne no se mide en años —dijo Campbell—. A veces parece que uno llega ayer. Y otras, que siempre ha estado allí.

—Vaya. Eso suena… filosófico.

—O práctico.

Volví a mirarlo, intrigada.

—¿Y Angus? ¿Cómo es fuera de los trajes de *tweed* y las entrevistas improvisadas?

Campbell ladeó la cabeza con un gesto casi imperceptible. Como si sopesara qué podía decir y qué no.

—El señor MacDonald es un hombre complejo. No le gusta el ruido innecesario. Prefiere las respuestas con hechos, no con palabras.

—¿Eso quiere decir que todo lo que hace tiene un propósito?

—En su mundo, sí.

Volví a mirar por la ventanilla, desconcertada. Los árboles ahora eran más espesos. El cielo, más gris. Sentí cómo el paisaje comenzaba a tragarme poco a poco.

—¿Pero qué tipo de sitio es Glenlorne exactamente? —insistí—. ¿Un hotel? ¿Una casa de campo con empleados? ¿Una comuna mística?

Campbell tardó unos segundos en responder.

—Es un lugar donde la gente cambia —dijo, como si hablara de una ley física—. Algunos encuentran cosas que no sabían que buscaban. Otros descubren que no eran quienes pensaban ser.

Se me heló el estómago. Una parte de mí quería pedirle que frenara el coche y me dejara en la siguiente gasolinera. Otra parte, más testaruda y más honesta conmigo misma, quería que el coche fuera más rápido.

—¿Eso es una amenaza? —bromeé, aunque me temblaban un poco los labios.

—No, señorita Lorena. Es un aviso. Glenlorne no impone nada. Solo revela cosas.

Genial, hablaba del casoplón como si fuese un ente vivo. Decidí no hacer más preguntas. Me apoyé en el respaldo y cerré los ojos un segundo. Sentí el vaivén suave del coche, el calor del asiento, el rumor de la lluvia.

¿Qué estaba haciendo?

¿De verdad me estaba dejando llevar así, como una protagonista de novela gótica, camino a una mansión envuelta en leyendas y con un escocés impenetrable esperándome al final del camino?

¿No debería estar intentando recuperar el control de mi vida en vez de seguirle el juego a un tipo que me dejó con las ganas de un beso y un contrato en la mano?

Y, sin embargo, ahí estaba. En ese coche. Rindiéndome un poco a la incertidumbre. A ese impulso extraño que me decía que tal vez Glenlorne no era solo un sitio, sino una posibilidad.

Hice un último intento:

—¿Y la gente que va allí… siempre vuelve, no?

Campbell sonrió con una comisura de la boca. Esta vez se giró un poco para mirarme.

—Algunos sí. Otros, ya no lo necesitan.

Esa respuesta me dejó helada y fascinada al mismo tiempo.

Como si, de pronto, no estuviera viajando solo hacia una casa, sino hacia algo más grande. Algo que todavía no podía entender. Decidí, ya sí, no hacerle más preguntas a Campbell, porque estaba claro que solo respondía con acertijos para no revelar nada sobre la vida de su jefe. Prudente, vaya.

El paisaje se volvió más salvaje. Menos casas, más árboles. La carretera empezó a ascender, flanqueada por muros cubiertos de musgo y brezos morados que salpicaban el verde como manchas de vino tinto.

El cielo se abría y cerraba entre cortinas de lluvia. Y entre las nubes, por momentos, se filtraba una luz dorada que le daba a todo un aire de otro mundo. Irreal. Onírico.

Volví a mirar al frente.

Campbell seguía conduciendo con la precisión de un cirujano.

Y yo… yo no podía dejar de pensar en Angus.

En su mirada fija. En su voz grave. En su forma de no besarme cuando debió hacerlo.

¿Era esto una trampa emocional?

¿O simplemente una invitación a perder el miedo?

Fuera, un ciervo cruzó la carretera con la elegancia de un secreto muy bien custodiado.

Y yo supe que no había marcha atrás. Mi corazón ya estaba volando por encima de las Highlands.

CAPÍTULO 19

La verja de hierro se abrió con un quejido de película de misterio. Más allá, un sendero flanqueado por setos perfectamente podados conducía a una mansión de piedra gris que parecía sacada de *Outlander*. O de *Downton Abbey*, versión escocesa. O de un sueño febril de TikTok en el que los hombres llevan faldas con mucha dignidad.

Porque sí.

Allí estaba.

Angus MacDonald.

De pie en las escalinatas de la entrada principal.

Ataviado con un *kilt.* Y botas altas. Y una camisa blanca con cordones en el cuello. Como si acabara de cazar un ciervo o recitar un poema gaélico.

Y yo… creo me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué…? ¿Qué es este *cosplay*? —murmuré sin aire—. ¿Estoy muerta? ¿Esto es el cielo? ¿O una convención histórica?

Angus sonrió. Una sonrisa lenta, satisfecha, absolutamente ilegal. Estaba, obviamente, más guapo.

—Bienvenida a Glenlorne.

El coche se detuvo. Campbell salió para abrirme la puerta. Yo bajé como pude, con las piernas temblorosas, mirando a mi alrededor como si esperara encontrar cámaras ocultas o un productor de Netflix gritando "¡corten!".

—¿Esto es… de verdad? —le pregunté mientras subía los escalones.

—Completamente —respondió él, ofreciéndome la mano.

—Pero…esto es de locos —dije, sin soltarla—. ¿Y ese conjunto? ¿Es de gala? ¿O lo llevas para ir al súper?

—Aquí no hay súper —respondió con total seriedad—. Y esto no es un *conjunto.* Es mi ropa.

Tragué saliva.

—¿Siempre vistes así?

—Cuando estoy aquí, sí.

Entramos en aquella imponente mansión y, si fuera una caricatura, mis ojos habrían salido disparados de sus órbitas.

Nada de mármol moderno. Nada de luces led ni aparatos inteligentes.

Todo era de época.

Paneles de madera tallada. Chimeneas encendidas. Alfombras que probablemente costaban más que mi apartamento. Retratos de antepasados que me miraban con cara de "¿quién es esta intrusa vestida de Zara?". Y un par de ¿criados? que pasaron en silencio, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Y… esto qué es? ¿Van a rodar aquí una película?

Angus me lanzó una mirada divertida mientras me ayudaba a quitarme el abrigo.

—Esto es Glenlorne. Mi hogar. El único lugar donde puedo ser quien soy.

—¿Un personaje de novela romántica?

—No. Simplemente un MacDonald.

Me llevó por un pasillo interminable, deteniéndose junto a una ventana con vistas a un jardín exuberante, salpicado de flores silvestres y con un lago al fondo que parecía de mentira.

—Aquí no hay WiFi, ni televisión, ni teléfonos —dijo, como si anunciara que servían desayuno hasta las once—. Solo naturaleza, libros, y silencio.

—Perfecto. Lo que una directora de hotel madrileña necesita para su retiro espiritual forzoso —me crucé de brazos—. ¿Qué más? ¿Cantáis en torno al fuego? ¿Asáis jabalíes?

—Solo los martes.

Le lancé una mirada.

—Estás disfrutando esto demasiado.

—Mucho.

—¿Y se puede saber por qué tanto secretismo? ¿Por qué no me lo contaste antes?

—Porque nadie lo creería.

—No me digas que esto es como Hogwarts. ¿Hay cláusula de confidencialidad?

—Exacto. Si trajera a alguien más, tendría que hacerle firmar un acuerdo de confidencialidad para que no fuera por ahí contando nada de mi…estilo de vida.

—¿Y por qué yo no lo he firmado?

Angus se volvió hacia mí. Estábamos de pie bajo una galería de piedra. Las enredaderas trepaban por las columnas.

—Porque nadie te creería, Lorena.

Lo dijo despacio. En voz baja.

Y sentí cómo se me aflojaban las rodillas.

—Eso ha sonado terriblemente sexy —intenté bromear, pero mi voz salió medio ronca.

—Y sin embargo, es la verdad.

—¿Sabes que todo esto roza lo delirante, verdad?

—Lo sé. Y aún así no te has dado la vuelta para marcharte.

Tenía razón. Aquel hombre, con falda incluida, podía haber sido el rey de los excéntricos. Y yo seguía allí, preguntándome si olería igual de bien que en el hotel.

—Oye, Angus, lo del volcán… —dije de pronto, recordando lo improbable de toda la situación—. ¿Tú no habrás tenido algo que ver con eso?

Angus me miró de reojo.

—¿Con la erupción volcánica que ha paralizado el tráfico aéreo en medio planeta?

—Ajá.

—¿Crees que tengo poderes mágicos?

—Estoy empezando a considerarlo.

Se rió, con esa risa grave, profunda. Me atrapó de inmediato.

—Te prometo que no invoqué ningún volcán. Pero reconozco que me alegró ver que no podías volar. Por suerte reaccioné rápido.

—¿Y tú sabías que yo me quedaría atrapada?

—Esperaba que te quedaras atrapada… aquí.

Una vez más, mi sistema nervioso pidió el comodín del público.

Angus me condujo por un invernadero cálido y aromático. Me mostró la biblioteca. Una sala de música con un piano antiguo. El comedor, con una mesa alargada digna de una novela victoriana. Y luego subimos unas escaleras de caracol hasta un pasillo con puertas de madera oscura.

—Tu habitación está aquí —dijo, abriendo una puerta que daba a una estancia preciosa, con una cama con dosel, una chimenea encendida y cortinas gruesas.

Una risa tonta me traicionó.

—¿No me irás a encerrar? ¿Por si me escapo?

Se apoyó en el marco de la puerta de madera oscura y me estudió con atención.

—No eres prisionera.

—¿Y tú? ¿Tampoco lo eres?

Me sostuvo la mirada.

—No. Ya te lo dije. Aquí soy libre.

Nos quedamos en silencio. El fuego crepitaba detrás de mí. Fuera comenzaba a caer la noche.

—Ponte cómoda y baja cuando quieras. La cena es en media hora —y se marchó, dejándome allí, alucinada y temblando.

La cena fue todo lo que jamás imaginé en mi vida adulta. Una mesa iluminada por candelabros. Platos de cerámica antigua. Servilletas de lino. Personal de servicio silencioso y discreto. Y Angus… sentado frente a mí, con esa mezcla de nobleza y misterio que me sacaba de quicio y me atraía como un imán.

—¿Siempre cenas así en Glenlorne? —le pregunté mientras probaba un estofado que sabía a gloria.

—No. Solo cuando tengo compañía especial.

—Ah. ¿Y qué pasa si un día viene alguien sin avisar?

—Nadie llega aquí sin que yo lo permita.

—Guau. ¿Eso es una amenaza?

—Una advertencia.

Nos reímos. Brindamos con un vino oscuro y espeso que me nubló la vista solo con olerlo. Hablamos de hoteles, de ciudades, de la vida urbana que a él parecía quedarle tan lejos y a mí tan cerca… hasta hoy.

Y sin darme cuenta, me sentía… bien. Extrañamente bien. Como si aquel lugar me hubiera envuelto en una manta suave de rareza, pero de esa que abriga.

Después de los postres —una tarta de avena y moras caliente— Angus me acompañó escaleras arriba. La mansión dormía ya, silenciosa salvo por el crujir de la madera antigua.

Nos detuvimos frente a mi puerta.

—Gracias por la cena. Y por enseñarme todo esto. Y por el espectáculo visual —el sonreí, señalando su *kilt* con la mirada.

—Gracias a ti por no huir.

—Todavía puedo. Corriendo, campo a través.

—No lo harás.

Y entonces, sin previo aviso, me besó.

Fue un beso lento, firme, deliberado. Sin prisas. Sin urgencias.

Un beso de esos que no pretenden conquistarte, sino reconocerte. Como si ya te conocieran de antes. De hecho, ya nos conocíamos. Me concentré en los avances de su lengua, tan dulces.

Cuando se separó, yo ya no sabía cómo se llamaba, ni qué día era, ni que tenía una vida entera en Madrid esperándome.

—Buenas noches, Lorena —susurró.

—¿No… vas a entrar? —le pregunté, como una mema.

—No —sonrió—. Te dejo descansar. Seguro que estás agotada. Ha sido un día muy intenso.

No le faltaba razón. Pero…acababa de besarme.

Y sin embargo se marchó pasillo abajo, con aquella falda ondeando levemente, como si supiera muy bien que acababa de arruinarme para siempre.

Entré en la habitación y cerré la puerta. No me venía mal estar sola. Recomponerme.

Y darle vueltas a algo más que aquel beso.

Durante la cena había tenido la sensación de que allí vivía alguien más. Alguien que no había visto, pero cuya presencia casi se

respiraba en cada rincón de la casa.

CAPÍTULO 20

Apoyé la espalda en la puerta de la enorme habitación, con el corazón latiéndome como si me hubiera subido a una noria emocional que no paraba de girar. El beso aún me ardía en los labios. Literalmente. Quemaba. Ardía. Un calor como de combustión espontánea.

—¿Pero qué demonios...? —murmuré, llevándome la mano a la boca como si así pudiera conservarlo un poco más.

Angus MacDonald, con su *kilt,* sin televisión y con castillo escocés, me había besado. Y no un beso cualquiera. No. Un beso con intenciones. De esos que no te dan si no van acompañados de pensamientos impuros. Y sin embargo, ahí estaba yo, en una habitación preciosa, sola. SOLA. Como si fuera una monja en un retiro espiritual. ¿Qué había sido eso de acompañarme hasta la puerta, besarme como si fuera la heroína de una novela victoriana... y largarse? ¿Qué clase de tortura emocional era esa?

—Estoy perdiendo la cabeza —dije, paseando por la habitación como una desquiciada.

Y aquella habitación no ayudaba. Era amplia, preciosa, con pesadas cortinas de terciopelo, una lámpara de araña que parecía sacada de una peli de época y una cama de dosel con sábanas que olían a lavanda y a perdición.

La chimenea seguía crepitando en la esquina, lanzando sombras danzantes por las paredes. Todo era acogedor, cálido… y ligeramente perturbador. Como si me hubiera metido en una casa de muñecas. Una casa de muñecas muy cara y con servicio doméstico.

Me acerqué al armario. Por puro cotilleo. No es que pensara encontrarme un cadáver o algo, pero tenía que hacer algo con las manos o me iba a arrancar los rizos uno a uno. Al abrirlo, me quedé boquiabierta.

Dentro había ropa. Mucha. Toda de mujer. Toda, casualmente, de mi talla. Ni un pantalón vaquero. Ni una camiseta. Eran vestidos largos, camisas con encajes, corsés —sí, corsés, como lo oyes— y abrigos que parecían sacados de una serie de la BBC. Todo nuevo, impoluto, con olor a lino y a plancha recién pasada. Toqué un vestido azul celeste con mangas abullonadas y casi me da un ataque de risa histérica.

—Estoy en una fiesta de disfraces y nadie me avisó.

Hurgué un poco más. En un cajón encontré ropa interior. También era…algo anticuada. ¡Con ligas! Y encima, monísima. Dios, esto era de locos. Cerré el armario de golpe y resoplé.

—No estoy atrapada, ¿verdad? —me dije en voz alta, como si eso lo arreglara todo.

Fui hacia la puerta y la abrí con total normalidad. El pasillo estaba en silencio. Ni una cadena. Ni un candado. Nada. Podía salir si quería. Podía coger mis cosas, bajar por las escaleras, plantarme en la entrada y decirle a Angus que muchas gracias por el *show* pero que yo me volvía al hotel —cualquier hotel— con Wi-Fi y minibares.

Pero la cuestión era que no quería irme. ¿Para qué? Si tampoco podía coger un avión…

Y sin embargo, ¿desde cuándo no quería escapar de situaciones raras? ¿Desde cuándo estaba yo dispuesta a quedarme en un castillo donde el dueño me vestía como a una heroína gótica y me besaba como si fuera suya?

Volví a entrar y cerré la puerta con suavidad. De todas formas no iba a ir a ningún sitio a medianoche.

No cerré con miedo. Era una emoción rara, medio ansiedad, medio alegría, medio calentura pura y dura. Me quité la ropa y me puse un camisón blanco larguísimo que encontré en el armario. Era suave, delicado… y lo suficientemente transparente como para sentirme ligeramente impúdica.

—De verdad, ¿quién hace esto? —me pregunté al mirarme en el espejo.

Parecía la novia cadáver pero con menos cadáver y más novia.

Me metí en la cama. Era mullida. Deliciosa. Hundí la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

Imposible dormir. Cada vez que los cerraba, veía la misma escena repetida una y otra vez: Angus mirándome con esa mezcla de deseo y ternura, inclinándose hacia mí, sus labios sobre los míos, su aliento cálido, su olor a madera, *whisky* y tormenta. Incluso su oferta de trabajo ya quedaba muy lejos, casi en otro plano de la existencia. En un mundo muy lejano en el que había que hacer algo tan vulgar como trabajar.

—Maldito escocés —susurré entre dientes.

Me revolví, abrí los ojos y me quedé contemplando el techo. Conté ovejas. Pensé en listas de cosas por hacer. Intenté meditar, sentir el peso de mi propio cuerpo sobre el colchón. Lo único que conseguí fue imaginarme a Angus sin camisa y en falda.

Decidí levantarme. Caminé descalza por la habitación, que tenía una alfombra tan suave que mis pies se hundían como si pisaran musgo. El baño contiguo, solo para mí y dotado con una enorme bañera, no se quedaba atrás.

Me acerqué a la ventana. La abrí con cuidado y me asomé. El jardín se extendía ante mí, bañado por la luz plateada de la luna. Era bonito, misterioso… y entonces vi algo que se movía.

Una figura.

Una mujer.

Cabello largo, muy largo, casi por la cintura, ondeándose con el viento. Vestido claro, quizá blanco. Caminaba descalza, lentamente, con un aire melancólico y etéreo. Me restregué los ojos. No. No era posible. ¿Había alguien más allí? ¿Otra invitada? ¿Una... criada sonámbula?

O… ¿un fantasma?

No. Venga ya. Lorena, cálmate.

Pero la figura seguía moviéndose. La vi girar en torno a una fuente, perderse detrás de una hilera de rosales… y desaparecer.

Me quedé un buen rato allí, congelada. El aire frío trepaba por mis brazos. El camisón ondeaba como si tuviera vida propia. Sentí un escalofrío. No de miedo, exactamente. Era otra cosa. Un cosquilleo, una sensación de estar viviendo algo irreal. Como si el beso, el castillo, el camisón y la mujer misteriosa formaran parte de un sueño.

Finalmente, cerré la ventana y regresé a la cama. Me tapé hasta la nariz.

Y me reí.

No mucho. Solo un poquito. Pero me reí.

Porque estaba loca.

Y porque estaba feliz.

Porque todo era absurdo, ridículo, inverosímil… y al mismo tiempo, perfecto.

Y porque estaba deseando que amaneciera para volver a verlo. Para volver a hablar con él. Para preguntarle si sabía que tenía un armario lleno de ropa preciosa y un posible espectro paseando por los jardines con formas femeninas.

Y para que volviera a besarme.

Estreché mis piernas y empecé a moverlas rítmicamente, persiguiendo un orgasmo que me ayudase a conciliar el sueño. Eso suele funcionar. Y creo que el clímax de esa noche fue el más rápido e intenso que había alcanzado jamás en solitario.

Cerré los ojos. El corazón seguía latiendo fuerte. Pero el cuerpo, poco a poco, se rindió. Y me dormí. Con una sonrisa.

Y con el camisón puesto.

Por si él volvía.

Me pregunté, ya medio dormida, qué tenía que ver el Angus que me había invitado a su mansión con el que yo conocí aquella vez en Lisboa. Si eran el mismo hombre.

CAPÍTULO 21

Esa noche dormí como una reina recién coronada y aún así me desperté agotada. ¿Se podía tener resaca por un beso? Porque eso era exactamente lo que tenía. Una resaca emocional de proporciones épicas.

Me senté en la cama, despeinada, con el camisón vaporoso y medio transparente todavía puesto y la cabeza llena de escenas confusas: el beso, la habitación, el jardín iluminado por la luna y esa figura femenina deslizándose entre las flores como un espectro con melena.

—Vale, Lorena —me dije a mí misma—. A desayunar, que no eres una heroína de las Brontë. Eres una directora de hotel madrileña que anoche besó a un escocés disfrazado. Nada más.

Me acerqué al armario. Me debatí entre la ropa que había traído, básicamente limitada a dos trajes de trabajo y algún que otro conjunto más relajado pero igual de urbano, y la selección de disfraces románticos que colgaban de las perchas como tentaciones sartoriales. Dudé. Por un instante, me imaginé bajando con uno de esos vestidos vaporosos, provocando un efecto *Orgullo y Prejuicio* instantáneo. Pero luego pensé:

¿Y si hoy va vestido de piloto de Ryanair? ¿O de informático de Glasgow? ¿Y si la performance terminó y yo me presento como una extra de Downton Abbey?

Cerré el armario de un portazo y opté por mis vaqueros y una camisa blanca. Así, sin arriesgar más de la cuenta.

Bajé por la gran escalera, siguiendo el olor glorioso de café recién hecho, pan horneado y... ¿beicon? ¿Había beicon? Que alguien me abrazara. Glenlorne no tenía Wifi, pero el desayuno apuntaba a cinco estrellas.

Entré en lo que parecía una especie de salón-comedor rústico-chic y me quedé paralizada.

Ahí estaba él. Angus MacDonald. Sentado a la mesa. Con el periódico desplegado, un ejemplar del *Financial Times*, una taza de café en la mano y —atención— vestido con un traje de ejecutivo gris marengo, camisa blanca, corbata azul oscuro.

Ni rastro del *kilt.*

—Buenos días —dijo sin levantar la vista del periódico, pero con una sonrisa ladina.

—¿Y tú quién eres y qué has hecho con el escocés en falda? —le solté, mientras me sentaba frente a él con el corazón un poco acelerado.

Cerró el periódico con parsimonia y me dedicó una mirada de esas que hacían que se me aflojaran hasta los tobillos.

—El escocés en falda solo aparece por las tardes, cuando ya está libre de sus obligaciones. Por la mañana soy un empresario serio que necesita atender asuntos de negocios.

—¿Y también tienes una identidad secreta? ¿Por la noche eres Batman?

Él se rió. No mucho, pero lo justo para dejar claro que le divertía mi sarcasmo. Luego señaló la mesa.

—¿Hambrienta? Aquí tienes de todo. Huevos, tostadas, mermeladas artesanales, *scones*, salmón ahumado... y ese pan oscuro que nadie sabe cómo se llama pero que queda muy bien en desayunos europeos.

—Y yo que pensaba que aquí solo comíais avena y vuestras emociones reprimidas —murmuré, cogiendo una tostada.

—Eso es para los domingos.

Desayunamos en silencio un par de minutos, solo interrumpidos por los sonidos acogedores del fuego danzando en la chimenea y el tintineo suave de la porcelana contra la madera.

El contraste con la intensidad de la noche anterior era tan brutal que me daban ganas de gritarle: "¡Oye, que me besaste!" Pero me contuve. Él parecía... ¿cómo decirlo? Tranquilo. Profesional. Como si el beso no hubiera existido.

Y eso me jodía un poco.

—¿Te vas todo el día? —pregunté, untando mantequilla con un poco de furia pasiva-agresiva.

—Solo unas horas. Tengo una reunión en Inverness. Temas de una de las empresas familiares. Nada que ver con los hoteles. Cosas muy aburridas que no querrías ni fingir que te interesan.

—Depende. ¿Incluyen castillos? ¿*Kilts*? ¿Espadas? ¿Confesiones emocionales reprimidas?

—Incluyen números, proveedores y una señora muy agresiva que vende lana.

—Oh. Qué decepción.

Él volvió a sonreír. Era asquerosamente encantador. De esos que saben que te han desarmado y no se disculpan por ello.

—¿Y tú? ¿Planes para hoy? —preguntó.

—Debería trabajar un poco. Al menos intentarlo, aunque sea a distancia. Llamar a Iris, ver si necesita algo. Revisar mails, responder cosas urgentes... recordarme que tengo un trabajo y una vida más allá de este... parque temático escocés que tienes montado. Supongo que tendré que usar el plan de datos de mi móvil…

—Siento la inconveniencia del Wi-Fi. Como ya te dije, aquí no tenemos. No por falta de medios, claro. Es una decisión.

—¿Una decisión?

—Sí. Glenlorne es un refugio. Un lugar sin ruido digital. Solo naturaleza, silencio y algún que otro fantasma.

—Ah, estupendo. Entonces trabajaré telepáticamente.

—No será necesario. Puedo pedirle al chófer que te lleve a Braemar. Es el pueblo más cercano. Hay una cafetería muy acogedora con buen café, Wi-Fi decente y *muffins* espectaculares. Creo que te gustará.

—¿Me invitas a abandonar tu reino medieval?

—Te estoy proporcionando un salvoconducto diplomático. Puedes volver cuando quieras. Aunque si te quedas demasiado por aquí,

quizá tengas que participar en una ceremonia celta con antorchas.

—¿Y luego me sacrificarás?

—Solo si no te aclimatas.

Tomé un sorbo de café y lo observé un momento. Había algo desconcertante en él. Ese equilibrio entre modernidad y pasado, entre el tipo que domina la sala de reuniones y el que se pasea por el jardín en falda tartán. Y no podía dejar de pensar en la chica que había visto anoche.

—Anoche vi a alguien en el jardín —solté, como quien no quiere la cosa—. Una mujer. Pelo largo. Vestido claro. Parecía flotar.

Angus se detuvo, tenedor en el aire. Luego dejó el cubierto en el plato y me miró, ladeando la cabeza.

—¿Y qué te hizo pensar que era real?

—¿No lo era?

Él sonrió, de nuevo esa sonrisa lenta y traviesa que era peor que cualquier beso.

—Supongo que viste a mi hermana pequeña. Rhona. Le gusta pasear de noche por el jardín. Dice que la luna le ordena cosas.

—¿Y tú me lo sueltas así, tan tranquilo?

—¿Preferirías que dijera que tienes visiones?

—A estas alturas, lo mismo me da. Anoche pensé que era un fantasma. Aunque, claro, después del beso junto a la puerta, mi capacidad de análisis estaba un poco... alterada.

Él retomó su taza de café y bebió con calma.

—¿Qué beso?

Ahí estaba. Ahí estaba el cabrón.

—No seas ridículo.

—Lorena, aquí nos damos la mano. Lo del beso, seguramente fue un efecto secundario del ambiente. Sabes... el clima, la bruma, el *kilt.*

—¿Ah, sí? Pues yo lo recuerdo bastante bien. Y no me pareció atmosférico. Me pareció intencionado.

—Quizá fue una cortesía local.

—¿Tú besas así a todas tus invitadas?

—Solo a las que no firman acuerdos de confidencialidad.

Me levanté, recogiendo mi taza.

—Bueno, pues recogeré mis cosas y me iré a ese café con muffins. Porque si me quedo un segundo más aquí contigo, empezaré a lanzarte trozos de beicon a la cabeza.

Él se levantó también, elegante, gallardo, como si estuviera en una pasarela de Savile Row.

—El coche estará listo en quince minutos. Y, Lorena…

Me giré, ya desde la puerta.

—¿Qué?

—Estás muy guapa hoy.

Y se fue.

Yo me quedé allí, con el corazón latiendo como tambores de guerra y mi pobre cerebro a punto de fundirse de buena mañana.

El idiota. El puñetero idiota. Y yo allí, desubicada... sonriendo como una adolescente.

CAPÍTULO 22

Campbell, el chófer de Glenlorne, me esperaba frente a la casa con puntualidad británica y amabilidad escocesa. No era especialmente hablador, solo le gustaba soltar acertijos cuando le preguntabas algo; pero tenía esa expresión de persona que ha visto mucho y ya no se sorprende por nada. Ni siquiera por una española estresada que huye a un pueblo con Wi-Fi después de besar a su anfitrión, disfrazado de Braveheart.

—¿Lista para conocer Braemar, *miss* Lorena? —preguntó, abriéndome la puerta del coche.

—Tan lista como una urbanita sin conexión puede estar —respondí, acomodándome en el asiento con el portátil bajo el brazo como si fuera mi salvavidas.

El trayecto fue breve y absolutamente pintoresco. Montañas verdes salpicadas de brezos, ovejas que se creían semáforos, y casitas de piedra encajadas entre árboles desnudos y jardines impecables.

Cuando llegamos a Braemar, supe que estaba perdida. No geográficamente, sino emocionalmente. Porque ese lugar... ese maldito pueblecito parecía sacado de una postal navideña ilustrada por alguien que odiaba las ciudades.

Había una librería con fachada verde olivo y cristales empañados por el calor en su interior. Una tienda de té con campanillas en la puerta. Una cafetería casi desierta que olía a *muffins* recién hechos y a promesas de paz mental. Y un riachuelo serpenteando entre

piedras grises, como salido de un poema que jamás admitiría haber leído.

—Hemos llegado —anunció Campbell, frenando con delicadeza.

Le prometí llamarle cuando estuviera lista para volver. Él asintió, sin juzgarme por quedarme boquiabierta con el panorama. Después me dijo que, mientras, estaría en Glenlorne. Bajé del coche y me sentí, no sé, como una versión ligeramente menos desesperada de Elizabeth Bennet con jet lag.

La cafetería se llamaba *The Honey Stag*. Estaba casi vacía salvo por una pareja de jubilados que compartía silencios con una complicidad envidiable, y una joven rubia que escribía en un cuaderno de tapa dura. Elegí una mesa junto a la ventana, pedí un café americano y una galleta con forma de ardilla, saqué el portátil y respiré hondo.

Oficina improvisada: ¡lista!

Me conecté al Wi-Fi como una beduina que encuentra una botella de agua en mitad del desierto. Y lo primero que hice fue lo más lógico: llamar a Iris.

—¡Llevas días incomunicada! —exclamó ella al segundo de descolgar—. ¿Te han abducido? ¿Te han hecho un ritual celta? ¿Has matado a alguien y estás huyendo de la justicia escocesa?

—Hola, Iris. Yo también me alegro de oírte —respondí, sonriendo ya antes de terminar la frase.

—¡Es que me tenías LOCA! Giulio está medio convencido de que te tragó un volcán. Literalmente. Creo que se ha liado un poco con las noticias.

—Técnicamente, eso es lo que pasó.

—¿Cómo?

—Por aquí el aeropuerto sigue cerrado por la nube de ceniza. De momento, soy prisionera en un castillo escocés.

—No te aguanto. Estás con Angus, ¿no? Cuenta…

—Iris…

—¡Vamos, Lorena! ¡No puedes tirarte un siglo sin hablar conmigo y luego pretender que me conforme con migajas de información!

—¿Un siglo?

Miré por la ventana. El sol, que apenas se decidía a salir, brillaba tímidamente sobre el riachuelo. Respiré hondo. Estaba bien. Estaba en paz. Pero también... confundida.

—Vale. Hubo un beso.

—¡¿LO SABÍA?! Dios, por fin. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?

Le eché un poco de imaginación y fantasía para adornar los hechos:

—En el jardín de su castillo, que tiene nombre y se llama Glenlorne. Fue de noche. Después de una conversación bastante intensa y de un vino demasiado bueno.

—¡Ay, Dios mío, esto es mejor que cualquier serie de Netflix! ¿Y luego qué? ¿Sexo salvaje sobre una piedra ancestral?

—No. Me acompañó a mis aposentos, me dio las buenas noches y se fue escaleras abajo. Y esta mañana se ha comportado como si no hubiera pasado nada. Como si el beso hubiera sido parte del protocolo de bienvenida escocés.

—¡Qué cabrón elegante! ¿Y tú cómo estás?

Ahí estaba la pregunta. La única que de verdad importaba. La que me descolocó.

—Estoy... no sé. Bien. Inquieta. Este sitio me gusta más de lo que esperaba. Él me gusta más de lo que me conviene. Y lo peor es que no tengo ni idea de qué voy a hacer con todo esto cuando vuelva a Madrid.

—¿Y por qué no piensas solo en el ahora? Disfrútalo. Ya habrá tiempo para crisis existenciales.

—Eres muy sabia para ser tan joven.

—Estoy absorbiendo tu neurosis como una esponja emocional. Es natural que me vuelva precozmente madura.

Ambas reímos. Me sentía reconectada. No solo a Internet, a mi mundo, sino a mí misma.

—¿Todo bien por allí? —pregunté, mientras le daba un mordisco a la galleta de ardilla.

—Bueno. Giulio está histérico, pero no por tu desgraciada ausencia. Anda mosqueado con los inversores de su nuevo hotel en Salamanca. Dice que si no se resuelve lo del solar en tres semanas, construyen igual. ¿Te acuerdas del tipo que vino de Londres?

—¿El pelirrojo que parecía sacado de un anuncio de whisky?

—Ese mismo. Giulio cree que es el intermediario entre el fondo y los escoceses.

—Pues yo tengo al escocés. Solo que no sé si está de mi lado o no.

—Haz que lo esté. Usa tus encantos. Y, si no, secuéstralo y convéncelo a base de sexo.

Suspiré.

—Gracias, Iris. Por... todo. Eres mi punto de anclaje con la realidad.

—Y tú mi novela por entregas. Llámame mañana. Necesito el siguiente capítulo. Y no te preocupes, que yo tengo todo bajo control por aquí.

Terminé la videollamada con una sonrisa y una punzada en el pecho.

Iris no me había preguntado por la oferta de trabajo de Angus. Lo cierto era que me arrepentía de habérselo contado. No tenía ni idea de qué pasaría con eso, porque ahora mismo era más importante lidiar con lo que pasaba en mi corazón y entre mis piernas. Pero estaba convencida de que no se iría de la lengua.

Crucé los dedos, supongo.

Luego me puse a contestar correos, muchos más de los que esperaba. Giulio me había enviado informes, balances y tres notas de voz que parecían sacadas de una ópera dramática. Respondí a lo más urgente, redacté un par de mensajes con frases conciliadoras y argumentos sólidos, y luego me permití el lujo de mirar mi galería de fotos.

Ahí estaba Glenlorne. Había hecho algunas fotos con mi móvil, ya que no podía usarlo para mucho más. Sus estancias, su jardín nocturno, mi habitación. Y luego pensé en él, inevitablemente. Angus.

No tenía una sola foto de él, pero su imagen estaba tan incrustada en mi memoria que parecía haberlo fotografiado con los ojos. Aún así, me encantaría tener una foto suya ataviado exactamente tal y como me recibió por la tarde.

Cerré el portátil y salí a dar un paseo por el pueblo antes de volver a Glenlorne.

El riachuelo brillaba bajo un cielo que ya amenazaba lluvia. Los árboles crujían suavemente con el viento. Las piedras, gastadas por el tiempo, parecían testigos mudos de miles de historias.

Pensé en Madrid. En mi vida perfectamente diseñada. En mis rutinas. En mi hotel.

Y luego pensé en Angus.

¿Cómo se volvía a la normalidad después de esto?

¿Cómo se deshacía una de la sensación de que, en medio del desconcierto, había encontrado algo que hacía que todo lo demás pareciera... ruido?

Saqué mi móvil y marqué el número que me había dado Campbell.

—¿Señorita Lorena?

—Creo que ya estoy lista. ¿Puedes venir a buscarme?

—Sí, ya estoy en camino. Diez minutos.

Colgué. Miré una última vez el pueblo. La librería, la cafetería, el riachuelo.

Y me prometí que, pasara lo que pasara con Angus, pasara lo que pasara con el hotel, con Giulio, con Escocia entera… yo no me iba de aquí sin haberme enfrentado a lo que sentía por él.

Aunque doliera.

Aunque me rompiera un poco.

Aunque aquel idiota trajeado se empeñara en ignorar que me había besado como si el mundo se acabara.

CAPÍTULO 23

Cuando Campbell detuvo el coche frente a Glenlorne, las nubes se habían reagrupado con aire conspirador, pero aún no llovía. Un respiro raro en esta parte del mundo, o al menos eso empezaba a parecerme. Bajé con mi portátil en el bolso y las ideas igual de desordenadas que por la mañana.

A lo lejos, entre los setos del jardín lateral, había una figura agachada con pinceles y caballete. Me acerqué despacio, más por curiosidad que por cortesía.

No esperaba encontrarme con nadie, y mucho menos con una chica pintando en pleno césped, vestida con una falda larga y un jersey ancho lleno de manchas de color. Era el espectro que había visto por la noche a la luz de la luna.

—No llueve —dijo sin levantar la vista—. Así que hay que aprovechar para trabajar al aire libre.

—Buena filosofía —respondí, quedándome a una distancia prudente.

—¿Eres la chica española?

—Eso creo. Si no hay otra perdida por aquí, sí. Soy Lorena.

—Sabía que eras tú —alzó la cabeza por fin y me miró como si ya lo supiera todo—. Mi hermano no suele traer invitadas.

Era joven. Quizá diecinueve o veinte años. De piel pálida, ojos oscuros y pelo castaño de ese que se ondulaba sin necesidad de rizador ni esfuerzo. Había en ella algo etéreo, como si flotara ligeramente por encima del mundo.

Sabía muy bien quien era. Aún así le pregunté:

—¿Tú eres…?

—Rhona. Su hermana pequeña.

—Encantada. No sabía que vivías aquí.

—A veces sí, a veces no. Glenlorne es como un sueño raro. A veces entras y no sabes bien si te has ido del todo. Pero ahora estoy aquí.

Vale. Confirmado: era rarita.

—¿Te molesto si me quedo un momento?

—No, en absoluto. Estoy terminando una tormenta.

Miré el lienzo por encima de su hombro. No había ninguna tormenta en él. Ni paisaje. Era un cuadro abstracto, lleno de pinceladas enérgicas, colores revueltos: azules profundos, naranjas desgarrados, una especie de rojo violento como una vena rota. No era bonito. Era visceral.

—¿Te basas en algo real?

—Oh, claro. En esto —señaló hacia el jardín, pero claramente no se refería al jardín. Después suspiró—. Me gusta pintar fuera. El viento me aclara las ideas, me mueve el pelo y me hace pensar distinto.

Me senté en el borde del banco de piedra cercano, sin saber del todo por qué. Tal vez porque no tenía muchas más respuestas que ella. O porque necesitaba alguien que no supiera exactamente qué esperaba de mí.

—Mi madre pintaba —comenté, sin pensarlo.

—¿Tú no?

—No.

—Mi hermano está más raro que de costumbre desde que llegaste. Mira más al suelo cuando camina. Y esta mañana ha salido con el perro del jardinero a las seis y media, cosa que solo hace cuando necesita aclararse las ideas. Y por cierto, ese bolso rojo parece que va a explotar de tanto que lo usas.

Miré mi bolso.

—¿Quieres que te ayude a encontrar uno parecido? Hay un armario entero con ropa en tu habitación. Seguro que lo has visto. Puedes coger lo que quieras. Angus no ordena las cosas, dice que cierto desorden conserva la energía.

—Estoy bien, gracias.

—Llevas el mismo jersey de ayer cuando llegaste.

—Vaya, tú sí que lo sabes todo.

Rhona sonrió, satisfecha.

—No te lo digo como crítica. Me gusta que no intentes impresionar a nadie.

—No estoy segura de estar en condiciones de impresionar ni a un gato. Me he quedado tirada en el país porque los aeropuertos están temporalmente cerrados. Debería haber vuelto a casa ayer…

Ella volvió al lienzo. Pintaba con rabia, con el ceño fruncido, con una intensidad que me resultaba inquietante y fascinante a partes iguales.

—¿Y tú? ¿Qué haces cuando no estás aquí? —pregunté, intentando cambiar el foco.

—Estudio Bellas Artes. En Edimburgo. Pero vengo aquí cuando me siento… como una página mal escrita. Glenlorne me ayuda a tachar cosas.

Qué familia. Uno construyendo hoteles y hablando con monosílabos, y la otra pintando cuadros abstractos y mirando a la luna.

—¿Y qué opinas de que me quede aquí? —pregunté, sin saber del todo por qué lo decía.

Rhona se encogió de hombros.

—Me caes bien. No haces preguntas estúpidas. Y no te has puesto a gritar al ver mi cuadro, eso también ayuda.

—¿Quién gritaría al ver un cuadro?

—La mayoría intenta entender lo que no tiene forma. Pero tú no has intentado entenderlo. Solo lo has mirado. Me gusta eso.

Sentí que me analizaba más de lo que yo podía analizarla a ella. Había en su mirada una especie de sabiduría inconcreta. No tanto experiencia como una lucidez extraña. Una honestidad sin filtros.

—¿Angus te ha hablado de mí? —me atreví.

Ella se detuvo. Secó el pincel con un trapo y me miró con los ojos entrecerrados, como si me estuviera midiendo por dentro.

—No necesita hacerlo. Se ve a la legua. Es como cuando llueve y no quiere llevar paraguas, pero llega empapado. No hace falta

preguntar si se ha mojado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que se ha enamorado de ti. Aunque no sepa aún si eso le gusta o no.

Bufé. No por arrogancia, sino como pura defensa. Aquella conversación empezaba a ponerme nerviosa.

—Yo tampoco sé si me gusta.

—¿El qué? ¿Él o que se haya enamorado de ti?

—Ambas.

Rhona sonrió con una dulzura inesperada.

—Está bien que no tengas las cosas claras. Las personas que lo tienen todo claro me dan miedo.

—¿Y tú las tienes?

—Solo tengo claras las manchas de pintura en mi ropa. Lo demás me lo invento cada día. Improviso.

Había algo en ella que me hacía sentir menos expuesta. Como si no necesitara explicarle todo lo que había sentido con ese beso, ni todo lo que me desordenaba estar aquí, ni el nudo que se me hacía cuando pensaba en volver a Madrid y tener que fingir que esto no había pasado.

—¿Crees que encajo aquí? —pregunté, no del todo en broma.

—No es Glenlorne quien te quiere o no. Es Angus. Y él no sabe querer a medias. Cuando lo hace, lo hace con todo. Incluso cuando se esconde.

—Tiene talento para eso.

—Para esconderse, sí. Pero tú lo desenfocas. No sé cómo lo haces, pero lo dejas sin guión. Pero yo creo que eso es bueno.

—¿Y a ti no te molesta?

—No. Estoy cansada de que viva en una casa donde todo le recuerda que no puede salirse del mapa. Tú eres otra cosa. Como un mapa nuevo.

Me quedé callada. No sabía si me acababan de halagar, responsabilizar o invitar a una revolución emocional. Tal vez todo junto. Aquella chica hablaba con acertijos, como el chófer, y lo curioso es que estaba casi convencida de que no lo hacía de forma consciente. Rhona era así. Un espíritu libre de las Highlands.

Se volvió hacia su lienzo y añadió un brochazo violento en rojo, justo en el centro del cuadro, como una herida recién abierta. Luego se limpió las manos, se levantó y me tendió un pincel seco.

—Si alguna vez necesitas decir algo sin palabras, puedes usar esto.

Lo cogí sin saber qué decir. Porque a veces lo único que se puede hacer es aceptar que hay personas que aparecen para desarmarte con ternura y enigmas. Y Rhona era eso. Una niña sabia con alma de tormenta. Y yo, una mujer perdida con zapatos sucios y un bolso a punto de reventar, aceptando que quizá lo que más necesitaba no era una respuesta… sino dejar que las preguntas respiraran.

CAPÍTULO 24

—No estarás molestando a Lorena, ¿no?

La voz de Angus llegó desde la galería de piedra, profunda como una advertencia y cargada de esa autoridad rústica que parecía traer de serie. Su figura apareció un instante después, recortada contra la luz del atardecer. El *kilt* ondeaba ligeramente con el viento, y la camisa blanca que llevaba metida por dentro lo hacía parecer un escocés salido de una postal… o de una fantasía medieval.

Rhona ni se giró.

—¿Por qué asumes que molesto cuando hablo? —dijo, calmada, mientras daba una última pincelada sobre su lienzo—. A lo mejor soy justo lo que necesita.

Angus me miró con una ceja levantada, como pidiéndome confirmación de que seguía viva y entera.

—Estoy bien —dije, sonriendo apenas—. No me ha interrogado... demasiado.

Rhona se levantó, sacudiéndose los restos de pintura de la falda.

—Tengo que volver a Edimburgo esta tarde. Exámenes. O eso dicen mis profesores.

—¿Tan pronto? —preguntó Angus, algo sorprendido.

—No quiero sujetaros la vela —respondió, mirando hacia mí con un guiño tan breve que no supe si lo había imaginado—. Además, Glenlorne se pone un poco raro cuando oscurece. Y no quiero quedarme atrapada entre fantasmas.

Angus no respondió a eso, como si ya estuviera acostumbrado a que su hermana hablara con acertijos. Rhona recogió sus pinceles

con cuidado y se despidió de mí con un gesto leve, como si compartiéramos un secreto no pronunciado.

—Recuerda lo del bolso —me dijo, caminando hacia la casa—. Y no te fíes de los silencios. A veces dicen más de lo que conviene.

Angus y yo la seguimos hacia el interior. El salón de entrada estaba bañado por la luz cálida del atardecer, esa hora en que todo parece más dorado de lo que es. Rhona desapareció escaleras arriba y Angus me indicó con la cabeza que lo acompañara.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó, mientras avanzábamos por el pasillo que conducía al comedor.

—Extraño. En el buen sentido. Tu hermana es… diferente.

—Eso no lo dudes.

—Tiene algo de bruja sabia y de criatura del bosque.

Él rió por lo bajo.

—Sí, Rhona tiene un pie en la Tierra y el otro en alguna parte que nadie ha sabido ubicar todavía. Pero bueno, tal vez se le pase un poco con la edad.

Me sorprendió que sonriera. No con ironía, sino con ternura. Había en esa risa un amor muy limpio, sin complicaciones, que me dio cierta envidia porque yo no tenía una hermana pequeña a la que martirizar.

Angus y yo cenamos en la sala más acogedora de la casa: una especie de comedor secundario junto a la cocina, con vigas vistas, una chimenea apagada y manteles de lino que parecían tener más historia que mis bisabuelos.

La comida era sencilla, pero estaba buena. Un guiso de carne con cebolla y algo de cerveza negra, pan tibio y mantequilla casera. Angus comía con concentración y sin prisa, como si masticar fuera parte de un ritual.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué tal tu día?

—Largo. Solo pensaba en volver aquí. Y a la vuelta pasé por la granja de un amigo, Troy, a comprar queso. Me contó que su ganado estaba nervioso. Alterado. No sabía si es que olían la tormenta o era otra cosa. O a lo mejor es la nube de ceniza.

—¿Crees en eso? ¿Que los animales presienten cosas?

—Creo que saben más de lo que nosotros percibimos. Y no necesitan palabras para demostrarlo.

Me lo dijo sin apartar la vista de su plato, y noté un leve escalofrío. No por miedo, sino por esa mezcla extraña de atracción y misterio que él parecía destilar en cada gesto. Estaba vestido como si fuera a salir en una recreación histórica de la batalla de Culloden, pero nada en él resultaba forzado. Era como si el tiempo no le afectara igual. Como si se moviera entre siglos con la misma naturalidad con la que abría una puerta o partía el pan.

Al terminar de cenar, nos acercamos a una de las ventanas que daban al camino principal. Desde allí se veía cómo Rhona colocaba su maleta en el maletero de un coche rojo cubierto de barro. Subió al asiento del conductor sin prisas, arrancó con un rugido y se fue sin mirar atrás.

—¿Siempre se va así? ¿Sin más, conduciendo su coche? —pregunté.

—Sí. Rhona odia decir adiós. Dice que las despedidas fijan demasiado las emociones. Ella prefiere dejarlo todo en el aire.

Nos quedamos en silencio un momento, mirando cómo la luz de los faros iba apagándose entre los árboles, tiñendo todo de un azul profundo que era casi violeta. La casa empezó a crujir levemente, como si también sintiera la ausencia de Rhona.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó entonces Angus, volviéndose hacia mí—. En la biblioteca. Puedo ofrecerte whisky o té. O ambos, si quieres la experiencia completa.

—Me arriesgaré al whisky. Total, ya estoy atrapada en este castillo encantado…

Sonrió y me guió por un pasillo que aún no había explorado. La biblioteca era exactamente lo que imaginaba: paredes tapizadas de libros antiguos, dos enormes sofás de cuero, una mesa central llena de mapas y un globo terráqueo que probablemente se había quedado obsoleto en los años treinta.

La luz venía de dos lámparas de pie con pantallas verdes, y de la chimenea, que chisporroteaba suavemente. Angus sirvió dos copas con un gesto casi ceremonial y me tendió una.

—*Slàinte* —dijo, chocando su vaso con el mío.

—*Slàinte.*

Bebí un sorbo y me ardió la garganta, pero no me quejé. El calor me subió desde el estómago y sentí que todo a mi alrededor se volvía más borroso. No por el alcohol, sino por la atmósfera. Glenlorne tenía ese poder: te desdibujaba los bordes.

Angus se sentó frente a mí, cruzando una pierna con ese aire de hombre que no se disculpa por ocupar espacio. Me fijé en cómo le quedaba el *kilt*. Lo justo de piel al descubierto. Lo justo de músculo bajo el tartán.

—¿Estás cómoda aquí? —preguntó.

—Lo estoy. Demasiado, tal vez.

—¿Demasiado?

—No es lo que esperaba. Ni tú lo eres.

—¿Y qué esperabas?

—No lo sé. Algo más… simple. Más estructurado. Y tú… esto… Glenlorne… es como entrar en un libro sin título.

—¿Y te molesta?

—No. Me fascina. Me asusta un poco. Pero sí, me fascina.

Angus me observó durante unos segundos que se alargaron más de lo razonable. Luego se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Tú tampoco eres lo que esperaba —dijo en voz baja—. Y eso me descoloca.

—¿Para bien o para mal?

—Aún no lo sé. Pero me gusta no saberlo.

Nos quedamos así, frente a frente, como si estuviéramos en mitad de una partida de ajedrez emocional. No había música, ni ruido. Solo el crepitar del fuego y la sensación de que algo invisible se tensaba entre nosotros.

El whisky seguía ardiendo en mi interior, pero ahora era otro tipo de fuego el que me ocupaba el pecho. Uno que tenía que ver con él. Con su voz. Con sus ojos. Con esa manera suya de no moverse apenas y, aun así, ocupar cada pensamiento.

—¿Te gusta jugar a los enigmas, Angus MacDonald?

—No juego. Solo… sobrevivo como puedo.

—Pues vas ganando.

Él no respondió. Solo se levantó, fue hacia una estantería y sacó un libro al azar. Lo hojeó sin leerlo y luego lo dejó abierto sobre la mesa.

—A veces, cuando quiero entender algo, leo poesía.

—¿Y eso funciona?

—No siempre. Pero al menos me hace sentir menos bruto.

—No tienes pinta de bruto. Eres un hombre de negocios. Aunque aquí te quites ese traje —dije.

—No siempre se nota desde fuera.

Volvió a sentarse. Esta vez más cerca de mí. Lo suficiente para notar su calor, su olor —a humo, madera, y algo inconfundiblemente suyo—. Lo suficiente para que el mundo se redujera a aquella biblioteca, un vaso de whisky y la distancia que todavía nos separaba.

Pero no nos iba a separar por mucho tiempo.

CAPÍTULO 25

Nos miramos un momento. *Ven aquí*, le dije, cambiando mi postura para encararlo mejor. Angus no perdió ni un segundo en refugiarse entre mis brazos y besarme. Apretó su boca contra la mía mientras yo enterraba los dedos en su pelo. Llevaba todo el día esperando aquel momento.

Era como si aquella noche en Lisboa solo existiese en mi imaginación.

Como si estuviéramos descubriéndonos por primera vez. Y en parte era sí, pues yo no recordaba mucho de su cuerpo y estaba deseosa por verlo desnudo.

Angus acarició mi pecho por encima de la blusa hasta que se topó con uno de mis pezones endurecidos. De inmediato, buscó los botones más cercanos y los desabrochó. Se inclinó, me apartó la tela del sujetador y se lo introdujo en la boca mientras yo me recostaba en aquel sofá de piel. Gemí intensamente, no pude reaccionar de otra manera. Mis caderas también cobraron vida propia, agitándose, buscándolo.

Y supongo que él se lo tomó como una invitación para deslizar su otra mano y explorar mi entrepierna mientras su boca seguía enredada en mi pezón.

¿Me recordaba? ¿Sabía él más que yo de la noche que pasamos juntos hacía seis años?

En todo caso, Angus parecía saber exactamente dónde estaban mis puntos débiles, mis puntos de fusión. Presionó su pulgar por encima de mi ropa interior contra mi clítoris. Menos mal que estaba

en el sofá, porque creo que mis rodillas temblaron. Mis piernas se debilitaban. Angus parecía estudiar mis reacciones. Apretó un poco, movió el dedo en círculos, o tal vez eran dos dedos. Me recreé en el tacto sedoso de mi ropa interior, ya completamente húmeda.

—¿Te gusta? ¿Está bien ahí?

—¡No pares!

Aumentó un poco más el ritmo circular de sus dedos.

—Justo ahí…

Mi orgasmo, el primero de aquella noche, ya se asomaba.

—He esperado seis años para volver a tenerte entre mis brazos. Aquí, en Glenlorne…

En ese instante decidí que yo también necesitaba un poco de aquella diversión que Angus estaba experimentando, imprimiéndome aquella deliciosa tortura. Así que deslicé mi mano por debajo de su *kilt* para comprobar que, efectivamente, allí no había ni rastro de ropa interior. Solo su sexo, crecido y húmedo, preparado para envainarse en mi cuerpo.

Lo tomé entre mis manos, apretando un poco, calibrando su considerable tamaño. ¿Lo recordaba así de grande? ¿Por qué mi memoria selectiva había decidido difuminar aquella noche nuestra?

Mi gesto hizo que él acelerase los movimientos de su mano. Estaba tan cerca. Tan cerca de correrme. Lo besé de nuevo, sedienta, y entonces sentí aquel orgasmo desgarrándome. Cerré los ojos como si solo así pudiera cabalgar aquella ola de placer. Aquellas oleadas salvajes.

Cuando los abrí de nuevo, él me contemplaba embelesado.

—Todavía no me creo que estés aquí.

—Y yo no creo que tú quieras que yo esté aquí —confesé.

—Déjame que te demuestre lo mucho que te deseo, Lorena.

La verdad: no podía esperar ni un minuto más para enterarme bien de cuánto me deseaba.

Y fue allí mismo, en aquel sofá perfecto, porque ninguno de los dos iba a ser capaz de moverse después de aquello, y porque estábamos solos.

Él se incorporó un poco, como si de repente la tela gruesa del tartán le molestara. Lo detuve en silencio. No quería que se lo quitase porque aquello era un festín para la vista.

Angus terminó de desnudarme y cuando me tuvo a su merced se alejó unos centímetros para mirarme. Sus ojos me devoraron. Esperé a que dijese algo, pero era como si las palabras se le hubiesen terminado.

Me besó de nuevo como si de verdad no pudiese evitarlo y luego susurró junto a mi oído que tenía que darle las gracias por todo aquello a un volcán perdido en el Atlántico. Que gracias a él estaba yo allí, desnuda, al calor de su chimenea.

Puse las manos en sus hombros y le pedí que se sentara en el sofá. Después me acomodé sobre sus muslos y, lejos de sentirme expuesta, me recreé en la energía poderosa y casi ancestral que Angus emitía.

Me senté sobre su sexo y bajé hacia abajo, muy despacio.

Facilité aquella invasión sagrada.

No era la primera vez que lo hacíamos y sin embargo parecía la única vez, la definitiva. La que nos iba a unir hasta el fin de nuestros días.

La noche de Lisboa solo había sido un mal ensayo de nuestros cuerpos en disputa.

—Oh, Lorena…eres tan perfecta. Se siente tan bien…Por favor, muévete. No pares de moverte. Hazlo deprisa. Hazlo duro…El resto de la noche tendremos tiempo para…

Sus palabras se cortaron en cuanto empecé a moverme encima de él, dejándole completo acceso a mis pechos. Era como si lo hubiesen hipnotizado de repente.

Angus se revolvió debajo de mi cuerpo. Y no sé qué hizo exactamente pero sentí que ahora llegaba más profundo dentro de mi cuerpo. Alcanzó ese punto sensible que tengo dentro y gemí de nuevo.

—Sigue —ordenó.

Sus caderas se acompasaron a las mías.

Sentí otro orgasmo creciendo en mi interior y me pregunté si él estaría también cerca.

—Angus…voy a…

—Yo también. Pero solo lo haré cuando tu estés satisfecha.

Ya lo estaba.

Dios mío, ya lo estaba.

Cada golpe de cadera me acercaba un poco más a aquel precipicio.

—Córrete para mí, preciosa —susurró—. ¿Lo harás? Ahora.

Mi cuerpo reaccionó él solito a su petición.

Un placer que nunca había conocido me sacudió mientras él seguía moviendo sus caderas, porque yo estaba vencida desde hacía unos minutos. Finalmente, perdí el norte. Grité sin ningún tipo de control, porque solo nos escuchaban los muros de Glenlorne.

Aquello pareció ser demasiado para Angus, y un instante después, como si llevase un rato reprimiéndose, se dejó ir en lo más profundo de mi cuerpo.

Me desplomé entre sus brazos mientras él me besaba en la frente y me acariciaba el pelo, y solo entonces recordé que esa mañana había leído en algún sitio de Internet que la nube de ceniza que me retenía allí había empezado a disiparse.

CAPÍTULO 26

Podría decirse que después de esa noche mágica pasaron dos días, pero sería más exacto decir que pasaron dos siglos. O dos vidas. O dos películas románticas de esas que acaban con fuegos artificiales y una boda en la Toscana. Porque eso fue exactamente lo que viví después de acostarme con Angus MacDonald: una luna de miel clandestina, sin anillo, sin testigos, y con más olor a turba y leña que a perfume francés. Y aún así, gloriosa.

Me despertaba con los suaves ronquidos de Gus, el mastín de la casa y que en realidad pertenecía al jardinero, al pie de la cama, con el calor de Angus aún en la piel y con ese tipo de sonrisa que da miedo porque no hay forma humana de disimularla.

Me puse algunos de los vestidos del armario —sí, lo hice—, y contra todo pronóstico, algunos no me hacían parecer una institutriz decimonónica. Bueno, no siempre. Uno en concreto, de lino azul con escote cuadrado, me hacía sentir como la protagonista de una serie de época con presupuesto. Angus dijo que verme con él era como "una aparición". No precisó si buena o mala, pero acepté el cumplido igual.

Las horas se escurrían entre desayunos con pan caliente, paseos por el bosque (con Gus liderando la expedición como si fuera el perro guía de un cuento) y conversaciones en las que no se hablaba ni una palabra del mundo real. Porque, de algún modo, Glenlorne había activado un campo de fuerza antirrealidad. Allí no existía Madrid, ni Giulio, ni los inversores, ni la presión arterial que me solía

subir cada vez que alguien del equipo usaba la tipografía Comic Sans.

Y, sin embargo, cada mañana, Campbell me acercaba hasta el pueblo vecino para trabajar un par de horas en la cafetería que me había recomendado Angus. Wi-Fi gratis, enchufes siempre disponibles y café decente. No podía pedir más.

Cuando me despedía de él junto a la valla del jardín, siempre decía algo como "¿segura que no prefieres que instale el Wi-Fi aquí? Estoy dispuesto a reconsiderarlo. Al menos mientras estés en Glenlorne" y yo respondía con un encogimiento de hombros y una sonrisa evasiva:

—No, me viene bien salir un poco, estirar las piernas, tener excusas para vestirme de persona normal.

Él no insistía. Y yo no confesaba que, si aceptaba su oferta, ya no tendría ninguna razón para salir de Glenlorne. Y si no salía… podría olvidarse de que yo tenía un trabajo, una vida y una dirección fiscal en el centro de Madrid.

Porque si algo tenía claro a esas alturas es que, en Glenlorne, el tiempo no funcionaba igual. Llevábamos juntos 72 horas… y eran las 72 horas más largas, más intensas y más absurdamente felices que recordaba haber vivido. El tiempo allí era como un vino viejo, espeso y embriagador. Y yo ya iba por la tercera o cuarta copa.

Pero claro, como en toda buena fantasía, alguien tiene que ir y poner el cartel de *fin del recreo*.

Fue el tercer día por la tarde. Yo estaba en la cafetería del pueblo, con los cascos puestos, fingiendo que escribía un informe mientras en realidad miraba cómo las gotas de lluvia resbalaban por la ventana. Todo muy melancólico. Muy banda sonora de Norah Jones. Hasta que abrí una pestaña del navegador para buscar una receta de *scones* (estaba considerando preparar una merienda sorpresa a Angus, no sé quién era yo ya), y me topé con el titular que lo arruinó todo:

SE REANUDA CON NORMALIDAD EL TRÁFICO AÉREO EN TODA EUROPA A PARTIR DE ESTA TARDE.

Aquellas letras no gritaban, pero yo lo leí como si lo hicieran. Mi reacción fue física. Se me cayó el boli. Me dio una arcada suave, como si me hubiera tragado una mosca. Y luego sentí algo parecido a cuando te despiertas de un sueño bonito y te das cuenta de que no vives en una casa con vistas al mar sino en un cuarto interior con humedad.

Volver a Madrid.

El concepto me parecía hasta violento.

Brusco.

Injusto.

Como si me arrancaran del regazo de míster Darcy y me devolvieran a la cola de un Mercadona en hora punta. ¿Quién quería aeropuertos? ¿Quién quería estrés, facturas y tráfico en la Gran Vía, cuando podía tener besos a fuego lento en un castillo escocés con chimenea?

Me terminé el café de un trago, que ya estaba helado y amargo como mi estado de ánimo, y cerré el portátil con un golpe dramático. Varias personas me miraron. Les lancé una sonrisa de "sí, lo sé, estoy fatal".

Salí a la calle y deambulé un poco, sin saber muy bien a dónde ir. Volver a Glenlorne significaba verle de nuevo. Y verle significaba… mentir. O algo peor: decir la verdad.

Porque, y esto lo había notado con la precisión de una cirujana, Angus no había vuelto a sacar el tema de la oferta de trabajo. Ni un "oye, ¿has pensado lo que hablamos?" ni un "por cierto, si decides quedarte, tengo ideas". Nada. Silencio administrativo.

Lo cual me dolía más de lo que pensaba. ¿Y si ya había asumido que me iba? ¿Y si esto era solo una escapada breve para él, una aventura rural y carnal con fecha de caducidad?

¿Y si el único plan a largo plazo que tenía era el de guardar silencio hasta que yo cogiera ese avión y desapareciera sin hacer mucho ruido?

Cuando llegué a Glenlorne, la luz empezaba a caer en tonos dorados otra vez. Todo parecía igual, pero yo ya no lo era. Entré con cuidado, como si temiera despertar algo. Angus estaba en la biblioteca, de espaldas, mirando por la ventana con un vaso en la mano. Me recordó a esas pinturas de señores melancólicos que contemplan campos de batalla arrasados.

Giró la cabeza y me sonrió. Y me sentí una traidora.

—¿Qué tal la jornada, señorita directora de hotel?

—Productiva. He descubierto que las tostadas con mermelada de arándanos me hacen feliz.

—Estás empezando a sonar como una local. Cada vez más integrada.

Sonreí, pero tenía los labios secos.

Me acerqué, le quité el vaso con un gesto pícaro y bebí un sorbo. Whisky. Y fuego. Como él. Me besó.

—¿Qué haces aquí solo?

—Esperaba que volvieras.

Ah. Así. Directo al corazón. Yo, mientras tanto, con una notificación de Iberia en el móvil que decía "ya puede hacer el check-in para su vuelo de regreso".

Me senté en el sillón junto al suyo. Estuve a punto de decirlo. De abrir la boca y soltarlo de golpe: *"Han reabierto el espacio aéreo. Tengo que volver. No sé si quiero. No sé qué va a pasar. No sé nada, Angus."*

Pero no lo hice.

Porque si algo había aprendido en esos días en Glenlorne, era que los silencios también eran una forma de cuidarse. De no romper la magia antes de tiempo.

Me incliné hacia él, le besé la mandíbula, aspiré su olor como si pudiera guardarlo en un frasquito. Y le dije:

—¿Hoy también hay sopa de cebolla o me vas a sorprender con algo aún más sexy?

Él rió y se levantó, tirando de mí de la mano.

—Hoy toca estofado de ciervo y un postre que Rhona dejó preparado. Tiene pinta de contener alcohol y azúcar en proporciones ilegales.

—Perfecto. Así no tendré que pensar en nada.

Y durante un rato, funcionó. Durante la cena, durante los chistes malos, durante las miradas que aún sabían a primera vez.

Pero dentro de mí, en un resquicio donde ni la sopa ni el whisky llegaban, una vocecita empezaba a gritarme que el reloj se había puesto en marcha de nuevo.

Y que el paraíso tenía fecha de caducidad.

CAPÍTULO 27

Supongo que parte de la gracia de ser la directora de un hotel es estar en el hotel. Presente, visible, olfateando sábanas, corrigiendo flores mal colocadas y asegurándote de que los clientes no se queden atrapados en el ascensor junto a una familia numerosa alemana. Cosas de la dirección.

Lo pensé mientras me metía una tostada casi entera en la boca, sentada en la cocina de Glenlorne, con las piernas todavía desnudas bajo el gigantesco jersey de lana que, oficialmente, pertenecía a Angus. Una tostada con mantequilla salada y mermelada casera, que sabía a hogar. A hogar prestado, claro. Uno que estaba empezando a quedarme más que bien.

Angus me observaba desde la encimera, donde preparaba café como si fuese una ciencia exacta y no una excusa para evitar el tema. Porque sí, había un tema. Un elefante escocés de pelo rojizo en la habitación.

—No tengo demasiado lío hoy —dijo, dándose la vuelta con las dos tazas—. Podríamos hacer una excursión. Hay una cala no muy lejos, poca gente, buen paisaje. Y Gus puede revolcarse en paz sin que lo detengan por terrorismo rural.

—¿El perro es tuyo, o es del jardinero?

—Gus es el verdadero dueño y señor de esta casa.

Me reí por puro compromiso. Pero esa vocecita que ya llevaba horas en mi cabeza, la que no se había callado desde que vi la noticia del aeropuerto, se puso a bailar claqué con mis neuronas.

Lo solté sin más anestesia:

—Angus, el aeropuerto ha retomado los vuelos…Creo que debería pensar en volver a Madrid.

Él no se sorprendió. Ni siquiera parpadeó. Apoyó las tazas en la mesa con un gesto medido, casi burocrático. Como si lo tuviese preparado. Como si lo esperase.

—Ya lo imaginaba —dijo—. He estado siguiendo la situación. Sé que el aeropuerto de Edimburgo vuelve a operar con normalidad desde hoy. El de Inverness también. Y en todo caso... —aquí bajó la mirada a su taza— yo tampoco puedo alargar mucho más mis vacaciones en Glenlorne.

¿Vacaciones? Aquella palabra me pinchó como un alfiler en el esternón. Lo dijo como si todo esto —la casa, los desayunos, mis ropa interior a los pies de su cama— hubiese sido un paréntesis amable, un retiro espiritual con beneficios físicos. Y no lo que para mí empezaba a parecer una vida paralela. O peor: una vida posible.

—Claro —dije, con la voz seca. Me aclaré la garganta—. Tienes tus hoteles.

—Y tú el tuyo.

Ajá. Aquello dolía. Como si los hoteles fuesen hijos que se reparten entre padres divorciados. Como si ya estuviésemos en ese punto. Y quizá así era.

—Entiendo perfectamente la situación, Lorena —añadió—. Nunca vengo a Glenlorne con intención de quedarme. Y supongo que tú tampoco lo has hecho, ¿verdad?

No supe qué responder. Porque claro que no vine con intención de quedarme. Vine por trabajo y me quedé atrapada. Vine con una maleta y una *assistant* que me envía emoticonos cuando lloro. Y supongo que vine porque necesitaba aire. Pero… ¿y si el aire olía mejor aquí?

—No vine para quedarme —repetí—. Pero tampoco esperaba que… esto…

No acabé la frase. Porque no sabíamos cómo llamarlo. Porque ponerle nombre significaba darle peso. Y darle peso lo hacía más doloroso. Y ninguno de los dos quería eso, aparentemente.

Él me miró. No serio, ni enfadado. Solo... un poco distante, de repente. Como si ya se estuviera desenchufando emocionalmente

para amortiguar el golpe.

—No pasa nada —dijo, con una sonrisa que no le llegó a los ojos —. Podemos disfrutar del día. Hay una cala preciosa cerca que aún no has visto. Seguro que te inspira algo para contarle a Giulio cuando vuelvas.

Y ahí estaba. El chiste que no era chiste. Giulio, mi jefe. La realidad metiéndose como un dedo frío entre las costillas. Sonreí por pura educación. O por supervivencia.

Angus tenía razón, la excursión fue preciosa. Cómo no iba a serlo: Escocia no sabe ser de otra manera. La cala era efectivamente remota, rodeada de acantilados cubiertos de musgo y con un mar que parecía una sopa de color gris perla. Gus corrió como si lo persiguiera un espíritu celta. Angus caminaba delante, con paso firme, sin hablar demasiado.

Nos sentamos a comer unos sandwiches que él mismo había preparado. En silencio. Como si fuéramos dos antiguos amantes que se reencuentran en una reunión de exalumnos y no saben si abrazarse o hacerse los suecos.

—¿Quieres un poco de agua? —me preguntó, ofreciéndome su cantimplora.

—Gracias.

Bebí como si estuviera en el desierto. Y luego, por fin, me atreví:

—¿Siempre desapareces de la vida de la gente así de rápido?

Él me miró, sorprendido.

—¿Así cómo?

—Como si no pasara nada. Como si no acabáramos de... bueno, de pasar tres días en una especie de comedia romántica donde yo usaba vestidos *vintage* y tú hacías pan.

Sonrió. Esta vez de verdad. Un poco.

—Es que no me he ido a ningún sitio.

—Pero ya has hecho la maleta mental, Angus. Se nota. Te estás despidiendo de todo sin decirlo.

—No soy muy bueno para las despedidas, Lorena. No hasta el punto de evitarlas, como mi hermana. Pero las alargo y, supongo que se vuelven torpes.

—Pues enhorabuena. Esta ya es torpe y aún ni ha pasado.

Nos miramos durante unos segundos eternos. Él bajó la vista. Gus le ladró a una roca sospechosa. Y yo sentí que el aire, por muy puro que fuera, se me estaba empezando a enquistar en el pecho.

Volvimos a Glenlorne casi al anochecer. El sol se escondía detrás de las montañas como si también él estuviera avergonzado de lo que venía. Guardamos las cosas en silencio, él se fue a darle de cenar a Gus y yo fingí que revisaba mis mensajes en el móvil. Fue entonces cuando lo vi.

Dos llamadas perdidas de Giulio.

Perfecto.

La puntilla final. Como si el universo necesitara recordarme que mi jefe no se había evaporado por arte de magia y que muy probablemente ya estaba tramando mi vuelta con billetes de avión y cafés de máquina incluidos.

Guardé el móvil sin contestar ni devolverle las llamadas. No quería hablar con Giulio. No quería hablar con nadie. Solo quería cinco minutos más en esta burbuja. Aunque ya estuviera pinchada.

Entré en la cocina. Angus estaba fregando un cuchillo con dedicación quirúrgica.

—¿Todo bien? —me preguntó sin girarse.

—Sí. Giulio me ha llamado.

—Tiene sentido.

—Probablemente. Pero aún no le he dicho cuándo vuelvo.

Él asintió. Y ya. Nada más. Ni un "puedes quedarte un poco más" ni un "ojalá te quedaras". Nada que me hiciera pensar que mi presencia aquí era algo más que una casualidad climática con derivadas sentimentales.

—Bueno —dije—, me voy a dar una ducha.

—Claro.

Subí las escaleras con un nudo en la garganta que sabía a sal y a whisky. Y mientras me quitaba la ropa frente al espejo, me pregunté en qué momento exacto pasamos del "no quiero que te vayas" al "entiendo perfectamente la situación".

Quizá nunca dejamos de estar en ese punto. Quizá solo fue mi imaginación la que decoró estos días con finales felices que nadie prometió.

O quizá —y esto era lo peor— no me lo imaginé. Y simplemente a Angus y a mí se nos acabó el tiempo.

Pensé que este era nuestro destino. Encontrarnos cada seis años en algún punto del planeta y después de amarnos, desaparecer de la vida del otro.

CAPÍTULO 28

Hay silencios más evidentes que una discusión en mitad de un aeropuerto. Y luego está ese silencio que se instala entre dos personas cuando todo ha sido demasiado bonito como para que dure. Ese fue el silencio que se sentó a cenar con nosotros.

La mesa estaba perfectamente dispuesta en el comedor de Glenlorne, como cada noche. El crepitar del fuego en la chimenea era de catálogo. La comida, deliciosa. Y, sin embargo, yo solo podía pensar en una cosa: ¿esto se acaba así? ¿Mañana me voy, y ya está?

Angus estaba frente a mí, cortando su solomillo con una precisión quirúrgica. Masticaba con tranquilidad. Bebía con calma. Todo en él inspiraba "normalidad". Y a mí me daban ganas de gritarle: "¡Haz algo! ¡Di algo! ¡Dime que no te importa que me vaya!"

Pero no lo hice, claro. Porque tengo dignidad. Y porque no soy de las que montan escenas delante de un *pudding* de pan y mantequilla.

—¿Lo has pasado bien hoy? —preguntó él, con esa voz suave que usa cuando no quiere incomodar.

—Mucho —contesté, y fue casi verdad. El paisaje había sido precioso. Pero entre los castillos, los ciervos y las ovejas, lo único que yo veía era la cuenta atrás.

—¿Te ha molestado que no hayamos hablado de trabajo?

Lo miré, desconcertada.

—¿Qué trabajo?

Él sonrió, aunque esa sonrisa no llegó a sus ojos.

—El hotel. El proyecto. Lo que te trajo, en teoría, hasta Escocia.

—Ah. Eso.

La palabra flotó en el aire como una broma privada. Una broma sin gracia.

Angus dejó el tenedor sobre el plato y se reclinó en la silla.

—He estado pensando. Tal vez deberíamos poner la oferta de trabajo que te hice en cuarentena.

—¿En qué?

—Ya sabes. Darle una vuelta. Quizá no es el mejor momento. Ni el mejor lugar.

Lo miré, tratando de no fruncir el ceño. Qué curioso: hacía solo unos días, él parecía entusiasmado con la idea. ¿Qué había cambiado?

—¿Te refieres a que no quieres construir el nuevo hotel? —pregunté.

—No, no es eso. Es solo que... todo ha sido un poco rápido, ¿no crees?

No podía callarme ni un minuto más.

—¿Te refieres al trabajo o a nosotros?

Él dudó un instante. Luego levantó la copa y se encogió de hombros.

—Ambas cosas, supongo.

Ahí lo tuve claro: se estaba despidiendo. No con palabras claras y directas, no con dramatismos. Lo suyo era más sutil. Como cerrar una puerta muy despacio.

—Entiendo —dije, aunque no entendía nada.

Hubo un silencio. Ese mismo silencio incómodo que me recordaba que estábamos en mundos diferentes, aunque lleváramos días compartiendo cama, risas, desayunos y paseos entre robles.

—¿Te molesta que lo diga? —preguntó él.

—No. Tienes razón. Todo ha sido muy rápido. Además, tengo que volver a Madrid. Giulio ya me ha llamado dos veces. Y mi vida... sigue allí.

—Claro —asintió. Pero no parecía muy afectado.

Y eso me dolió.

La cena continuó con frases sobre el tiempo, el vino, lo bonito que estaba el jardín a la luz de las velas. Todo muy correcto. Todo muy civilizado. Todo muy "esto no ha pasado nunca".

Cuando terminamos, me levanté con una sonrisa forzada.

—Creo que voy a acostarme.

Angus asintió, poniéndose de pie.

—¿Quieres que te acompañe?

Y ahí fue cuando tomé una decisión impulsiva pero necesaria.

—No. Esta noche prefiero dormir sola.

Lo dije sin dramatismo, sin reproches. Solo como quien necesita espacio para recordar que sigue siendo una persona individual, con una maleta emocional por deshacer. Y una normal y corriente por hacer.

Él parpadeó. Como si no se lo esperara. Como si hubiera imaginado otra despedida. Más dulce. Más física.

—Está bien —dijo.

Nos quedamos en el pasillo unos segundos, mirándonos. Pensé en decirle algo. Algo que lo obligara a reaccionar. Pero me limité a darle las buenas noches con un beso en la mejilla.

Al subir las escaleras, sentí que me ardían los ojos. No lloré, por supuesto. No soy de las que lloran así como así. Pero si Glenlorne hubiese tenido una habitación secreta para ciertos desahogos, yo habría entrado directa.

En mi cuarto, me quité los zapatos y me senté al borde de la cama. ¿Qué había pasado exactamente? ¿Había sido todo una fantasía? ¿Un experimento escocés con fecha de caducidad? ¿O es que yo me había flipado, como siempre?

A lo mejor era mejor así. Que el final fuese más agrio que dulce. Así acabaría de un plumazo con las tentaciones del futuro.

Me puse por última vez uno de los camisones largos del armario. Uno de esos que ya se sentían parte de mí. Me miré en el espejo. ¿Qué había hecho en estos días? Vivir en una película. Creerme la protagonista. Y ahora, los créditos estaban a punto de empezar a deslizarse por la pantalla.

Y Angus... Angus simplemente estaba bajando el telón con una sonrisa.

Suspiré. Me metí en la cama. Y pensé que, quizá, la historia no estaba acabada. Que solo era el final del segundo acto.

Aunque, joder, como dolía…

CAPÍTULO 29

Dormí unas tres horas. Cuatro si contamos el rato en el que miré al techo sin parpadear, mientras mi cerebro se entregaba con entusiasmo a una tragicomedia mental titulada *¿Y si todo esto ha sido una fantasía tuya, Lorena?*

A las seis de la mañana ya estaba en pie y tenía la maleta hecha. Doblé la ropa con cierta rabia contenida y encajé mis cosas como si estuviese metiendo sentimientos reprimidos entre capas de lino y neceseres.

Me vestí sin pensar demasiado: vaqueros, jersey cómodo, cara lavada. No estaba para hacerme la francesa melancólica que se despide de un romance de película. Ni para vestiditos de aire bucólico. Había llegado el momento de volver a la realidad, y en la realidad yo era una mujer que se ponía zapatillas deportivas y se iba de los sitios sin mirar atrás. O eso me repetía a mí misma.

No quería ver a Angus. Después de la frialdad de la noche anterior, no me apetecía desayunar mirándole la barba en silencio, fingiendo que todo estaba bien mientras mis neuronas gritaban: "¿¡Pero qué ha pasado, aquí, Highlander de pacotilla!?".

Me asomé a la ventana del dormitorio. El amanecer se desplegaba sobre las tierras escocesas como una postal especialmente diseñada para arruinarme los sentimientos. Todo ese verde infinito, la niebla disipándose como un suspiro y los tejados de piedra a lo lejos, cubiertos de rocío. Lo odié un poco por ser tan bonito. Por hacer que me costase tanto marcharme.

También vi a Campbell, el chófer. Estaba abajo, junto al coche, pasándole un trapo al capó como si estuviese acariciando a un animal dormido. Llevaba su gorra, su chaquetón y su expresión habitual: la de quien ha sido testigo de más dramas de los que podría contar. En ese instante, se me ocurrió algo.

Podía bajar y pedirle que me llevara al aeropuerto directamente. Sin teatros. Sin ceremonias. Sin desayunos tensos. Era la opción más digna que me quedaba.

Cogí la maleta, revisé que no me dejaba nada (como si lo importante pudiera guardarse entre calcetines) y salí de la habitación sin mirar atrás. Bajé las escaleras de puntillas, con la maleta en peso, como si estuviera cometiendo un delito menor. La casa dormía. Todo estaba en silencio. Nadie me vio salir.

Campbell me miró, sorprendido, cuando me acerqué por el sendero de grava, con la maleta en el aire. No quería arrastrarla para no hacer ruido.

—Señorita Lorena —dijo Campbell al verme aparecer en la entrada, con el equipaje a cuestas—. ¿Todo bien?

Mentí con la fluidez de una profesional.

—Sí, sí. Todo estupendo. Pero… ¿podría llevarme al aeropuerto?

Campbell arqueó una ceja con discreción británica.

—Oh, sí. El señor MacDonald me dijo que hoy tendría que abandonarnos. Pero, ¿se marcha ahora mismo? Él no me especificó la hora…

—Si no es molestia —dije, bajando la voz—. Preferiría no despertar a nadie.

Él dudó. Miró hacia el coche. Miró hacia la casa. Luego, asintió.

—Deme cinco minutos.

El trayecto hasta el aeropuerto duró casi una hora. Sesenta larguísimos minutos en los que el paisaje era tan hermoso que dolía. Colinas que subirías corriendo, vacas libres y tranquilas, árboles que parecían sacados de un cuento de hadas de Instagram. Y yo, con el corazón como un *souvenir* mal envuelto.

Campbell conducía en silencio. Le habría agradecido un poco de música, o una charla sobre fútbol escocés, o incluso que me

preguntase si me había peleado con su jefe. Pero no dijo ni una palabra. Como si entendiese que había cosas que no se nombran en voz alta.

Yo tampoco hablé. Me limité a mirar por la ventana, con esa mezcla de tristeza y orgullo herido que se me da tan bien. A ratos me decía que estaba haciendo lo correcto. Que me marchaba con la dignidad intacta. Que Glenlorne era un lugar precioso, sí, pero que no dejaba de ser una especie de parque temático de emociones para mujeres cansadas.

Y luego me daba por pensar en él.

En Angus.

En cómo había cambiado todo en cuestión de horas. En cómo pasamos de pasear por los senderos cogidos de la mano a evitar mirarnos durante la cena. En su frase de la noche anterior: "Tal vez deberíamos poner la oferta de trabajo que te hice en cuarentena." ¿Era una excusa para apartarse de mí sin decirlo de forma directa? ¿O simplemente era un hombre sensato que necesitaba tiempo?

Me fastidiaba no saberlo. Me fastidiaba más no haberle preguntado. Pero había algo peor aún: me jodía que él no lo hubiese hecho tampoco. Que no hubiese dicho "no te vayas", ni "espérame", ni "vamos a ver qué pasa". Nada.

Claro, podría haber tenido su orgullo también. Su manera escocesa de no dramatizar. Su respeto por mi decisión de dormir sola.

Pero al final, me estaba yendo. Sin despedidas, como Rhona. Sin certezas. Solo con mi equipaje, un nudo en el estómago y muchas preguntas sin respuesta.

Al llegar al aeropuerto, Campbell se bajó del coche y abrió el maletero con eficiencia. Sacó mi maleta y la colocó con cuidado a mi lado.

—Ha sido un placer, señorita —dijo, y esta vez su tono sonaba sincero.

—Gracias, Campbell. Por todo. Y… por no hacer preguntas.

Me dedicó una tímida sonrisa. La clase de sonrisa que uno imagina que usan los empleados de Glenlorne cuando ven pasar

dramas románticos como el mío cada dos o tres temporadas.

—El estilo Glenlorne —dijo él, como si me leyera el pensamiento —. Siempre discreto.

Asentí. Apreté los labios. Y lo vi marcharse con la misma elegancia con la que había llegado.

Me quedé sola en el vestíbulo del aeropuerto, con la maleta a mi lado y el corazón en modo "no volveré a enamorarme jamás en la vida".

Un minuto después, me di cuenta de que ni siquiera sabía si había vuelos a Madrid. Había estado aislada sin Internet. Saqué el móvil. Busqué la app de la aerolínea. Existía un vuelo programado para dentro de cuatro horas y había billetes disponibles. Bien. Todo iba a volver a la normalidad.

Y sin embargo, me sentía como una actriz a la que han sacado del escenario a mitad de escena.

¿Por qué nadie me había dado el guión de esta historia?

Un rato después, ya dentro del aeropuerto en la zona de la terminal, compré un café en una máquina y me senté junto a la puerta de embarque, con el abrigo sobre las piernas y los ojos pegados al móvil. Miré mis llamadas. Giulio me había escrito un mensaje:

¿Todo bien? ¿Has visto que ya hay vuelos? Llámame en cuanto puedas.

Respondí con un escueto:

Sí. Estoy en el aeropuerto. Lista para volver. Te llamo en breve.

Pero no lo llamé. No estaba preparada para ese nivel de realidad. Prefería retrasar un poco más el regreso al mundo real, donde había que tomar decisiones, responder correos y fingir que no te has dejado el corazón en mitad de la campiña escocesa.

Me puse los auriculares. Seleccioné una lista en Spotify de baladas tristes. Y me dejé caer en esa autocompasión gustosa que

solo me permito una vez al año. Al menos no estaba llorando. Aún.

Mucha gente diría que fue un error irme sin despedirme de Angus. Pero la verdad es que, si lo hubiese hecho, no me habría ido.

Y a veces, marcharse sin mirar atrás es lo único que puedes hacer cuando no te han pedido que te quedes.

CAPÍTULO 30

—La fuga de la 204 está contenida, pero habría que cambiar el grifo entero. Y la presión del agua de los últimos tres pisos sigue floja.

Asentí sin despegar la vista del informe. Aquel operario del equipo de mantenimiento esperaba algo más que mi aprobación muda, pero yo solo tenía energía para lo justo.

No había dormido casi nada. Había aterrizado en Madrid a media mañana, pasado por casa solo para dejar la maleta, y ya estaba allí, en el hotel, tratando de volver a mi vida como si todo fuera normal.

Bueno, pues no lo era. Y supongo que no le sorprendería a nadie.

—Que lo cambien —dije por fin, con la voz áspera—. Si tienen que cortar el agua, que avisen antes a recepción.

—Perfecto, jefa —murmuró, y se fue cerrando la puerta con cuidado.

Me quedé sola con el informe de incidencias, una taza de café que ya estaba frío y un silencio tenso que no lograba romper.

Mi despacho seguía igual que siempre, con la misma ventana orientada al este, los mismos muebles de líneas sobrias y los mismos ruidos apagados de pasillos y teléfonos al fondo. Todo era idéntico. Y, sin embargo, yo no lo era.

Me sentía como una actriz en mitad de una función que ya no recordaba. Seguía el guión por inercia. Sonreía cuando tocaba, daba instrucciones, tomaba decisiones rápidas, pero por dentro solo había una bruma espesa, una especie de anestesia emocional que me ayudaba a no pensar demasiado.

O lo intentaba, al menos.

Porque pensar en Angus era inevitable. Cada vez que dejaba de concentrarme, él volvía. Con su forma de mirar seria, con ese gesto tranquilo de quien no necesita decir demasiado para estar presente. Con sus silencios. Con aquella última noche. Tan fría. Tan absurda.

Me había ido sin despedirme, sin agradecerle su hospitalidad. Sin una palabra. Y eso me reconcomía.

Por otra parte estaba convencida de que había algo casi poético en eso. Algo… memorable. A veces, el silencio pesaba más que una discusión.

Y sin embargo, dolía. Me dolía en el alma haber salido así, huyendo al amanecer como si quisiera borrar lo que había pasado entre nosotros. Pero no podía con la idea de volver a verlo y encontrarme con la misma frialdad que la noche anterior. No después de todo lo que había sentido allí.

¿Y si para él no había sido tan importante? Tal vez me olvidaría tan rápido como aquella vez en Lisboa. Después de todo, a Angus se le daba bien mantenerse al margen. Y yo no tenía derecho a pedirle nada. Ni explicaciones, ni gestos, ni adioses.

Suspiré y cerré la carpeta de mi despacho.

La puerta se entreabrió sin que nadie llamara. Iris asomó la cabeza con su carpeta habitual en una mano y el móvil en la otra.

—¿Puedo?

—Claro —dije, aunque no tenía fuerzas para otra conversación.

Entró con paso firme y se sentó sin esperar invitación.

—¿Has leído el correo de Giulio? Quiere una reunión el lunes a primera hora para revisar lo del nuevo hotel de enfrente.

—No he abierto aún el correo —respondí.

Ella me observó, sin disimulo. Me escaneó, como si buscara rastros de lo que fuera que me había pasado.

—¿Estás bien?

—Estoy —contesté. No era una mentira, pero tampoco una verdad.

—Ay, Lorena. ¿Qué haces aquí? Venir directamente al trabajo desde el aeropuerto…deberías haberte ido a casa a descansar. Ni siquiera Giulio te esperaba aquí hoy.

Me encogí de hombros. Las paredes se me habrían caído encima si hubiese hecho eso.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

—No hay nada que contar.

—Perdona, ¿cómo que no hay nada que contar? Te fuiste al castillo del highlander con cara de haber encontrado el Santo Grial y has vuelto como si hubieras enterrado a un gato.

Tuve que reírme, aunque solo fuera un poco.

—No me secuestraron, si es lo que te preocupa.

—Pero algo sí ha pasado.

—Nada concreto. Nada escandaloso. Solo... se acabó —dije, intentando sonar más serena de lo que me sentía.

Iris se quedó callada unos segundos. Luego se puso de pie, se acercó a la mesa y dejó una carpeta nueva frente a mí.

—Aquí tienes las actualizaciones del equipo de marketing. También he revisado el plan de eventos de este mes. Si necesitas desconectar unos días más, puedo ocuparme.

—Gracias —dije, y lo dije de verdad.

Era curioso. Iris era mi asistente, pero en esos días parecía haber asumido las riendas del hotel con una seguridad que yo no tenía en ese momento. Observé su forma de moverse, de hablar, de decidir. Mientras yo me derrumbaba en silencio, ella había sostenido todo con eficiencia y soltura. Y por alguna razón, eso también me deprimió un poco.

¿Tan importante es que esté o no?

Cuando se fue, volví a quedarme sola. Apoyé los codos en la mesa y me tapé los ojos con las manos. No lloré. No podía. Era como si algo dentro de mí estuviera completamente seco.

Pensé en Glenlorne. En el viento helado. En Rhona, pintando en el jardín. En las colinas silenciosas. En las piedras antiguas que guardaban secretos familiares. En las palabras no dichas. En Angus.

Aún podía sentirlo cerca. Como si parte de mí se hubiera quedado allí, en su coche, en la cocina, en su cama. Aún podía oler su camisa cuando me abrazó por detrás, aquella tarde. Aún escuchaba su voz grave diciéndome que tenía que pensarse las cosas. Que pondría en pausa lo del hotel.

Y yo, en vez de quedarme y preguntarle qué significaba eso, si tenía que ver conmigo, si había una puerta abierta o una cerrada… decidí huir.

Era más fácil marcharme que quedarme a escuchar una respuesta que tal vez no quería oír.

Pero la huida tampoco me había salido gratis. El silencio que me había dado paz esa mañana, ahora me ahogaba.

Me fui sin decir adiós.

Como hacen los cobardes o los valientes. No sé cuál era yo.

Pero al menos —me dije— fue un final limpio. Sin frases de más, sin súplicas, sin esa torpeza de intentar retener lo que ya se ha escapado.

Memorable, al menos.

CAPÍTULO 31

Llegó el maldito lunes. Llevábamos ya media hora de reunión y Giulio no había mencionado todavía el color de las alfombras de la recepción. Algo en su comportamiento me ponía nerviosa. Tenía esa mirada suya, como de gato encerrado, como si supiera algo que yo ignoraba y estuviera disfrutando del suspense.

Iris y yo estábamos sentadas frente a él en la sala de juntas del hotel. Ella con su cuaderno de notas impecable, yo con mi café frío y el gesto de quien preferiría estar en una auditoría de Hacienda.

—Entonces, Lorena…la verdad es que aún no hemos tenido tiempo de ponerme al día —dijo Giulio al fin, apoyando los codos sobre la mesa—, ¿qué tal todo con MacDonald?

Me tragué el último sorbo de café como si fuese tequila. Ahí estaba. La pregunta. Obviamente Giulio no sabía —y no podía saber nunca— que había pasado unos días *muy* cerca de Angus.

—¿MacDonald? —repetí, poniendo cara de no saber ni quién era ese tal MacDonald. Me vi a mí misma desde fuera y me di vergüenza.

—Angus MacDonald, sí. El escocés. Ese que nos va a plantar un hotel aquí delante, ¿te acuerdas? Bueno, pues nuestros inversores lo recuerdan perfectamente. Están impacientes por saber si ese "proyecto en ciernes" del que hemos ido hablando sigue en pie.

Iris me miró de reojo. Sabía perfectamente que no había habido ningún acuerdo formal con nadie. Y mucho menos con Angus, que en lugar de cerrar tratos se había dedicado a cerrarme la boca con besos.

—Pues sin mucha novedad.

Giulio levantó una ceja.

—Iris me contó que tuvo el detalle de acompañaros en una ruta por la ciudad.

—Ah, bueno, sí… —murmuré, intentando no parecer evasiva mientras era exactamente eso—. Fue una visita cordial, sobre todo turística. Muy escénica, ya sabes. Highlanders, niebla, gaitas…

Giulio me miró.

—No lo pintabas así en tus mensajes desde allí. Hablaste de ideas conjuntas en vuestra reunión, de una visión compartida.

No me acordaba de haber dicho "visión compartida", pero me conozco y es exactamente el tipo de frase que usaría cuando estoy emocionada. Y lo estaba. O lo había estado. Hasta que me largué de Escocia sin mirar atrás como un gato escaldado.

—Todo quedó muy en el aire —respondí con voz neutra, la que reservo para las visitas de inspección—. Hay muchas variables en juego.

Giulio asintió lentamente, con esa expresión suya de "sé que estás mintiendo, pero ahora no me interesa desmontar la mentira".

—Ya. Bueno, veremos. Si algo se concreta, me avisas.

Asentí, agradecida de que no presionara más. La verdad era que no tenía ni la menor idea de si algo se iba a concretar. Angus no me había escrito. No había llamado. Ni un mensaje. Ni un email. Ni una indirecta pasivo-agresiva en LinkedIn. Nada.

Cuando salimos de la sala, Iris me agarró del brazo y me arrastró hacia la máquina de café como si supiera que me iba a desmayar.

—Vale —me dijo mientras se sacaba dos cafés con leche—, ¿me lo vas a contar ya o seguimos fingiendo que todo va bien mientras tú te conviertes en un vegetal con tacones?

—¿Perdón?

—Lorena, llevo tres días cubriéndote. He contestado llamadas tuyas, he respondido correos haciéndome pasar por ti y hoy he redactado el informe mensual porque tú estabas, y cito, "revisando un asunto prioritario de contabilidad estratégica". ¿Te suena?

Me dolía hasta el alma, pero asentí.

—Perdón. Sé que no estoy al cien por cien.

—¿Al cien? No estás ni al treinta —dijo ella sin perder la sonrisa —. Estás como ida. Como si tu cuerpo estuviera aquí, pero tu mente siguiera... no sé, en las Highlands. Y Giulio no es idiota. Está con la mosca detrás de la oreja. ¿Qué te ha pasado?

Bebí un poco de café, aunque estaba tan amargo que me dieron ganas de llorar. O tal vez era simplemente que lo tenía todo atravesado.

—Me fui sin despedirme —dije al fin.

—¿Del escocés?

Asentí.

—No porque quisiera. Fue... no sé. Se enfrió todo de repente. Él dijo algo sobre repensar el proyecto. Como si de repente lo de construir el hotel ahí delante ya no fuera tan buena idea. Y, obviamente, como si lo nuestro tampoco lo fuera.

Iris me miró con compasión, pero sin rastro de lástima. Sabía que eso lo detestaba.

—¿Y no te ha escrito?

—Ni una palabra.

—¿Y tú a él?

—Tampoco. No quiero parecer una loca desquiciada.

—Lorena —dijo, con ese tono de hermana mayor que a veces adopta aunque tenga diez años menos que yo—, no pareces desquiciada. Pareces herida. Que es distinto. Y es normal. Pero no puedes dejar que todo esto te desestabilice tanto. Este hotel no se dirige solo. Y Giulio ya empieza a sospechar.

—Lo sé —dije con un suspiro—. Te prometo que me voy a centrar. Que me voy a poner las pilas.

—Vale. Pero prométetelo también a ti. Porque si no, no vale.

Le sonreí como pude, porque tenía razón. Tenía razón en todo.

El resto del día lo pasé en modo robot. Corregí turnos del personal de recepción, revisé presupuestos, saludé a clientes como si me importaran más que una patata hervida. Pero todo con esa sensación interna de haber dejado algo pendiente. Como si me hubiese olvidado de cerrar una puerta, de apagar una luz, de decir algo importante antes de que fuera demasiado tarde.

Me pregunté si Angus estaría pensando en mí. Si se arrepentía de no haberme escrito. Si habría sentido mi marcha. O si se había limitado a mirar por la ventana de Glenlorne y a seguir con su vida entre castillos, whisky y mujeres de mejillas sonrosadas.

O tal vez estaba dolido también. Tal vez no contactar conmigo era su forma de protegerse. O su forma de castigarme.

No lo sabía. Y no poder saberlo me estaba volviendo loca.

Pero esa noche, mientras caminaba por los pasillos del hotel, comprobando cómo todo había funcionando sin mí durante días y ahora también sin mí del todo, me hice una promesa.

Iba a recuperar el control. De mi trabajo. De mi cabeza. De mi historia.

Aunque solo fuera para descubrir que Angus MacDonald era solo un bonito capítulo con sabor a turba y a besos en una biblioteca.

Porque si algo tenía claro es que no podía quedarme a vivir en el paréntesis del volcán que paró los cielos.

CAPÍTULO 32

Una semana sin noticias. Ni una llamada. Ni un maldito emoji. Y, sorprendentemente, había dejado de doler tanto. Era como si mi corazón, después del golpe, hubiera decidido quedarse anestesiado. Seguía latiendo, sí, pero con la parsimonia de quien ya no espera nada.

Esa mañana, cuando una de las recepcionistas me escribió diciendo que tenía que salir corriendo al hospital porque su hijo se había roto un brazo, no lo dudé. Me ofrecí voluntaria para cubrirla. No porque me apeteciera especialmente atender reservas ni explicar cómo funciona la tarjeta del ascensor, sino porque necesitaba sentirme útil. Y porque, para qué mentir, era lunes y el panorama de mi vida sentimental no ofrecía mejores alternativas.

Me senté tras el mostrador con mi café recién hecho y abrí el sistema de reservas. Nada fuera de lo normal: un ejecutivo suizo, una pareja joven de Bélgica, seis habitaciones para un grupo de japoneses que viajaban con traductora incluida… hasta que llegué a una de las entradas de las 14:00h. Y ahí lo vi:

Rhona MacDonald

Me quedé mirando el nombre como si fuera un error tipográfico. Lo releí. Una vez. Dos. Tres. El apellido estaba bien escrito. Rhona. MacDonald. Check-in previsto para ese mismo día, en unas dos horas.

¿Coincidencia?

Me removí en la silla, tensa de golpe. Podía ser solo un apellido común en Escocia, sí. Pero algo me decía que no lo era. Que ese MacDonald no venía de Edimburgo ni de Aberdeen ni de ningún sitio al azar. Venía de Glenlorne. De Angus. De lo que una vez fue y, al parecer, nunca más sería.

Decidí quedarme en recepción hasta que llegara. Solo por si acaso. Porque si iba a haber un reencuentro indirecto con su mundo, al menos quería estar preparada.

—¿Tú aquí? —dijo Iris, apareciendo por un lateral del mostrador, con una carpeta en la mano y su moño perfectamente peinado—. ¿Desde cuándo haces turnos en recepción?

—Estoy sustituyendo a Clara. Su hijo se ha roto un brazo y se ha ido al hospital.

—Vaya. ¿Está bien?

—Parece que sí, solo ha sido el susto.

Iris asintió y dejó la carpeta sobre el mostrador, sin dejar de observarme.

—¿Y estás bien tú?

—Sí, claro —dije con demasiada rapidez.

Ella ladeó la cabeza y se apoyó en el borde de mármol.

—Estás mejor, eso es evidente. Pero... no sé. Hay algo raro en tu forma de estar aquí. Como si estuvieras esperando algo.

Sonreí, porque me conocía demasiado.

—Estoy esperando un check-in —respondí con tono ligero—. Nada más.

—Ya.

Hizo una pausa y miró en dirección a la puerta giratoria.

Iris sonrió con ese gesto tranquilo que últimamente le veía más a menudo. Con cada día que pasaba, se volvía más autosuficiente, más resolutiva, más capaz. Ya no necesitaba mi aprobación constante. Tomaba decisiones, solucionaba problemas, y tenía buen ojo para las urgencias de última hora.

— Me voy al despacho. Te aviso si hay algo urgente.

La vi marcharse de nuevo hacia su mesa y, por primera vez, me asaltó una inquietud silenciosa: ¿y si se me iba?

Porque lo cierto era que Iris ya estaba lista para algo más. Para

subir un peldaño. Si yo no encontraba la forma de ofrecérselo, seguro que alguien más lo haría. Otro hotel, otra empresa… cualquiera que supiera ver su potencial. Y eso me dio vértigo.

En los días en los que yo me había ausentado y también justo después de aterrizar, Iris había estado sosteniendo el hotel. Había tomado decisiones, solucionado conflictos, gestionado proveedores y hasta corregido mis despistes sin hacerme sentir culpable. Si no le ofrecía algo más, acabaría yéndose. Y no podía perderla.

En ese instante, me vino a la cabeza la carpeta.

La que me entregó Angus antes de todo el desastre. La que contenía la oferta para que dirigiera su nuevo hotel. Una propuesta que primero me provocó escepticismo, después me hizo temblar de emoción… y que ahora dormía en un cajón de mi casa, como un recuerdo amargo de todo lo que pudo ser y no fue.

Tal vez debía tirarla.

Seguro que hacerlo me ayudaría a cerrar ese capítulo de una vez.

Volví a mirar la lista de reservas. Rhona MacDonald, habitación 406. Dos personas.

¿Sería posible que…?

No, Angus nunca compartiría habitación con su hermana. ¿En qué estaba pensando?

A las dos menos cuarto, mientras repasaba mentalmente la mejor forma de saludar a una posible cuñada que no sabía que lo fue, entró por la puerta uno de mis contactos del ayuntamiento.

Vicente, técnico de urbanismo y aficionado a los desayunos gratis. Venía cada tanto a saludar, a veces con información, a veces solo con hambre. Además, era de esas personas a las que le gustaba reunirse y frecuentar bares de hotel.

—Lorena, qué alegría —dijo con tono cordial—. ¿Tú en la recepción? Esos huéspedes no saben la suerte que tienen.

—Me estoy reciclando —bromeé.

—Pues aprovecho que estás aquí. Oye, ¿te acuerdas de lo que hablamos? Me ha llegado hace poco la notificación de que el proyecto de MacDonald sigue adelante. Parece que estuvo unos días

en el aire y luego se reactivó. Las obras empiezan en dos semanas. Espero que no os levanten mucho polvo…

La frase me golpeó como una bofetada sin avisar. Me apoyé discretamente en el mostrador.

—¿Estás seguro?

—Seguro, seguro. Está todo aprobado ya. El equipo de obra empieza en breve. Hubo un parón pero ya se ha resuelto —repitió.

Le sonreí como si no me importara nada.

—Gracias por la info, Vicente.

—Un placer, como siempre. ¿Te pasarás por las cañas del jueves?

—Depende de cómo me trate la semana.

Se fue tan tranquilo, como si no acabara de rematarme sin saberlo.

A las dos en punto, me puse de pie para recoger mis cosas. No había señales de ninguna escocesa pelirroja ni acompañante misteriosa. A lo mejor no era la Rhona que yo pensaba. Tal vez me había obsesionado con un nombre.

Y justo entonces, la puerta giratoria se movió.

Entró una mujer alta, melena rojiza, gafas de sol enormes, gabardina beige y tacones bajos. La reconocí al instante. Era ella. Rhona. La hermana de Angus.

A su lado, una chica algo mayor, piel muy clara, pelo rizado y oscuro recogido en una coleta alta. Vestía informal, con vaqueros y mochila. Llevaban una sola maleta grande.

Rhona se quitó las gafas y se acercó con paso decidido al mostrador, sin mirarme todavía. Hasta que, al alzar la vista, nuestros ojos se encontraron.

Tardó medio segundo en reaccionar.

—Tú —dijo.

Yo tragué saliva.

—Hola, Rhona.

Ella tardó un momento en recomponerse. Miró a su acompañante, luego de nuevo a mí.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

—Yo tampoco.

Guardamos un silencio extraño, ni incómodo ni cálido. Como si estuviéramos intentando calcular el nivel de drama aceptable en público.

—Tenemos una reserva a nombre de MacDonald —dijo, finalmente, con tono profesional.

—Sí. Habitación 406. A tu nombre.

Teclee la entrada con dedos algo torpes y le tendí la tarjeta. La chica que iba con ella observaba la escena en silencio, como si ya le hubieran advertido de que algo raro pasaría.

—¿Vienes de paso? —me atreví a preguntar, sin saber por qué.

Rhona se quedó mirándome. Ni fría ni cordial. Solo inquisitiva.

—No exactamente. Pero eso ya lo hablaremos. ¿No?

No supe qué responder. Ella cogió la tarjeta, le indicó a la chica que la siguiera y se dirigieron al ascensor sin más palabras.

Me quedé allí de pie, con el corazón en la garganta. Porque, si Rhona estaba en mi hotel... tal vez había la posibilidad de que Angus no anduviese muy lejos.

Y, de pronto, toda esa supuesta calma que había construido durante la semana se desmoronó como una torre de naipes.

CAPÍTULO 33

A la mañana siguiente, me puse una blusa blanca que no me favorecía demasiado y me escondí en mi despacho con la excusa de revisar presupuestos. En realidad, estaba evitando encontrarme con Rhona por los pasillos. O peor: con su acompañante, que bien podría haber sido una novia nueva de Angus, o su futura cuñada o qué sé yo.

Mi imaginación se desató sin frenos, y para las once de la mañana ya me había autoconvencido de que Rhona estaba en Madrid porque Angus iba a casarse allí con aquella chica que la acompañaba.

Sí, con otra.

Sí, en mi hotel.

Sí, porque mi cerebro es así de simpático cuando no he desayunado correctamente.

La cuestión es que no pasó nada en toda la mañana, lo que solo aumentó mi nerviosismo. Me tomé dos cafés, respondí correos que en realidad no requerían respuesta y evité mirar el móvil como si fuera radioactivo. Pero a las doce y media, mientras fingía interesarme por las tarifas de lavandería, alguien llamó a la puerta.

Aluciné. Era ella.

—¿Tienes un minuto? —dijo Rhona, asomando la cabeza.

Tragué saliva como si me hubiera pillado leyendo mi diario íntimo.

—Claro —mentí, incorporándome con torpeza.

Entró en mi despacho, con su estilo inconfundible, ese que mezclaba elegancia con naturalidad, como si acabara de salir de un catálogo nórdico. Llevaba un vestido azul marino de lino, gafas de sol colgando del escote y una bolsita de papel *kraft* en la mano. Olía a protector solar caro y a decisiones firmes.

Se sentó frente a mí sin demasiada ceremonia.

—No quería molestarte ayer. Fue un poco shock encontrarte. Aunque sabía que trabajabas aquí, claro.

—Lo mismo digo —respondí, sin saber muy bien qué hacer con las manos—. ¿Estás aquí de vacaciones?

Rhona sonrió como si le hubiera hecho gracia la pregunta.

—No exactamente. Estoy más bien de visita exprés. Vine con una amiga para ver una exposición. Para ver un cuadro.

—¿Solo un cuadro?

—Sí. Me apetecía. A veces hago estas cosas. Me subo a un avión solo para ver una pieza que me obsesiona.

Y lo decía tan tranquila. Como quien baja a por pan.

—Es... admirable —dije, aunque la verdad es que mi cerebro estaba muy ocupado gritando *¿¡Y TU HERMANO QUÉ!?, PEQUEÑO DETALLE*.

—Sé que te estarás preguntando si Angus tiene pensado venir. O si estoy aquí por él. Si me ha pedido que supervise el solar donde va a construir, o algo así.

Levanté la vista tan rápido que casi me cruje el cuello.

—No —mentí, por segunda o tercera vez en menos de cinco minutos.

Rhona me miró con una paciencia que me desarmó.

—No viene. De hecho sabe que estoy aquí. A Alissa y a mí se nos ocurrió escaparnos a Madrid y el primer hotel en el que pensé fue el tuyo. Pero, ¿sabes una cosa? eso no significa que no piense en ti.

Mi estómago hizo una voltereta que yo personalmente no había autorizado.

—Rhona…

—Escúchame un momento —dijo, alzando una mano con suavidad—. No quiero meterme donde no me llaman. Como ya te he dicho, solo estoy aquí unos días. Pero no me parece justo que creas

que lo vuestro no fue real. Regresé a Glenlorne cuando te fuiste y me lo encontré hecho polvo.

Bajé la mirada. El corazón me retumbaba en las sienes.

—Fue real. Es real, me atrevo a decir —continuó—, aunque tú no lo creas. Está... bueno, está pasando por lo suyo. Pero mi hermano está enamorado de ti. Hasta las cejas.

Me reí. No una risa bonita. Fue una risa seca, amarga. La de alguien que no se cree nada.

—¿Enamorado? ¿Así, sin llamarme? ¿Sin mandarme ni un mísero mensaje? ¿Después de ofrecerme un trabajo que ha quedado en nada? Lo siento, pero eso no suena a amor. Suena a humo.

Rhona asintió, sin ofenderse.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Solo... quería que supieras lo que yo sé. Lo que él me ha contado. Lo que se le ve cada vez que menciona tu nombre. Pero no tengo intención de convencerte de nada. Nada de esto es asunto mío, en realidad.

Se levantó con calma, como si no acabara de dejarme una bomba emocional sobre la mesa.

—Gracias por recibirme. Y por el chocolate en la habitación—dijo antes de salir.

Me quedé sola, con el aire plomizo del despacho pegado a la piel. Sentí cómo el pecho me pesaba más que de costumbre, como si alguien me hubiera vaciado por dentro y me hubiera rellenado de confusión.

¿Enamorado?

¿Entonces por qué se había retirado sin luchar por mí?

¿Por qué me dejó con la maldita carpeta en la mano y el corazón en carne viva?

Me levanté y abrí el cajón de la derecha.

Ahí estaba. La dichosa carpeta. La había traído de casa sin saber muy bien qué hacer con ella. La abrí.

Todo seguía ahí: la propuesta, los gráficos, la hoja de condiciones, las firmas. Y la nota a mano al final. La de su puño y letra:

Este proyecto solo tiene sentido si estás tú.

Cerré los ojos y apreté los labios. Una parte de mí quería agarrarse a esa frase como una tabla de salvación. Pero la otra, la que había aprendido a base de decepciones, sabía que una frase no basta. Que el amor sin hechos no vale ni un céntimo.

Guardé la carpeta. Esta vez con calma. Y volví a cerrarla en el cajón.

Lo que fuera que hubo entre nosotros, ya no estaba. Era tiempo pasado. Y aunque doliera, y aunque cada célula de mi cuerpo quisiera aferrarse a su recuerdo, tenía que seguir adelante.

Me forcé a no llorar. A respirar hondo.

Tenía un hotel que sacar adelante. Un equipo que dependía de mí. Y una vida propia que había postergado demasiadas veces por el qué dirán, el qué pasará y el qué podría haber sido.

Esa tarde, pedí a Iris que me acompañara a una reunión con unos proveedores. La vi brillar cuando tomó la palabra. La vi hablar con seguridad, con ideas propias, con visión.

Y lo supe.

Era hora de darle más.

Más margen, más espacio, más voz. Porque si algo había aprendido de todo esto, era que cuando ves a alguien valer, tienes que apostar por esa persona. No dejarla marchar. No dejar pasar el momento.

Quizá Angus no lo entendió a tiempo.

Pero yo sí.

Y no pensaba repetir su error.

Aquella noche, me serví una copa de vino blanco bien frío y salí a la terraza de mi casa. El aire era fresco, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí... no bien, pero decidida a tomar las riendas de mi vida.

No tenía claro qué quería del futuro.

Pero sí sabía una cosa:

No iba a quedarme esperando a nadie.

Y mucho menos a un hombre que no sabía dónde estaba la puerta de embarque con destino Madrid.

CAPÍTULO 34

Dos días. Eso era todo lo que había pasado desde mi encuentro con Rhona.

Y, sorprendentemente, empezaba a sentirme más ligera. No exactamente feliz —eso ya era pedirle demasiado al universo—, pero sí funcional. Lo suficiente como para no mirar el móvil cada cinco minutos ni sentir una punzada en el estómago cada vez que pasaba por la recepción del hotel.

Me concentré. Me puse objetivos claros. Organicé al personal con la eficiencia de una cirujana robótica y, sin darme cuenta, pasé la mañana de reunión en reunión con una sonrisa en los labios.

—Lorena, ¿has visto los nuevos uniformes del personal de terraza? —me preguntó David, uno de los encargados, mostrándome una foto en su móvil.

—Sí, los vi ayer en la prueba. Mucho mejor. Más frescos, más modernos. Visto bueno oficial.

—Eres una *crack* —me dijo, y se fue trotando con energía.

Me quedé un segundo con la mirada clavada en la pantalla apagada del móvil. *Una crack.* Hacía tiempo que no me sentía así: al mando de aquella casa de locos, valorada, útil. Quizá no todo estaba perdido.

Iris apareció a mi lado, sujetando una carpeta y una botella de agua.

—He puesto ya el cronograma del evento de esta tarde en el tablón de personal. También he llamado a la floristería. Están acabando los centros y llegarán en veinte minutos.

—Perfecto. Vamos a echar un vistazo a la terraza, ¿te parece?

—Vamos.

Salimos juntas al exterior, donde el calor madrileño empezaba a apretar con ganas. La terraza principal del hotel era un espacio amplio, con toldos blancos, jardineras grandes y mesas que esa tarde estarían llenas de invitados a una boda civil de esas pequeñas pero pijas. Todo tenía que estar impecable. Y lo estaba. O eso me habían dicho. La verdad es que había dejado el asunto en manos mi asistente.

—¿Sabes? Me encanta cómo queda ese nuevo montaje de flores colgantes —comentó Iris, apuntando a un arco floral con buganvillas y eucalipto.

—Sí, tiene un toque mediterráneo pero sin parecer una casa rural de Altea —bromeé.

Estábamos comentando detalles cuando oímos una voz conocida a nuestras espaldas.

—¡Lorena! ¡Iris! Venid un momento, tenéis que ver esto.

Era Inés, una de las camareras más veteranas del hotel, que gesticulaba como si hubiera descubierto una invasión extraterrestre tras el seto.

Nos acercamos a paso rápido.

—¿Qué pasa?

—Mirad eso —señaló con la barbilla hacia el otro lado de la calle.

Desde esa parte de la terraza se podía ver perfectamente el solar que estaban acondicionando para la obra. El terreno donde, en teoría, se levantaría en los próximos meses el maldito hotel MacDonald. Hasta ahora había sido solo un rectángulo de tierra cercado, con maquinaria parada y algún operario fumando.

Pero hoy…

Hoy aquello era otra cosa.

—¿Qué... están haciendo? —murmuré, entre alucinada y descolocada.

Un grupo de personas vestidas con trajes tradicionales escoceses se estaban colocando en formación. Conté al menos diez. Todos con falda escocesa, chaquetas de gala, calcetas altas y… gaitas.

Sí. Gaitas.

Un segundo después, empezaron a tocar.

El sonido fue inmediato, envolvente, imposible de ignorar. Las gaitas se alzaron como si bendijeran el aire y, de pronto, todo se detuvo. Hasta el tráfico pareció ralentizarse. Desde los ventanales de nuestro hotel, los clientes se asomaban como si estuviesen viendo una película. Algunos incluso salieron a las aceras. El sonido era potente, melancólico, ancestral. Una llamada. Un ritual.

Iris y yo nos miramos.

—¿Vamos?

—Vamos.

Bajamos en el ascensor a toda prisa y cruzamos la entrada principal como dos adolescentes corriendo hacia un concierto de su grupo favorito. Al llegar a la calle, la música era aún más fuerte. Vibraba en el pecho, se te metía bajo la piel.

—Esto no es normal, ¿verdad? —me gritó Iris por encima del estruendo.

—Para nada.

Nos quedamos en la acera opuesta, junto a otros curiosos. Algunos grababan con el móvil. Otros simplemente miraban, fascinados.

Y entonces lo vi.

Uno de los gaiteros no tocaba.

Estaba a un lado del grupo, firme, con el instrumento sujeto pero en silencio. Su falda escocesa ondeaba ligeramente con el viento. Llevaba una chaqueta negra, botones dorados, calcetas grises, botas pulidas.

Y me miraba.

Mi cuerpo se quedó helado.

Porque era él.

Angus.

No sonriendo, ni haciendo ningún gesto exagerado. Solo mirándome. Como si el resto del mundo se hubiera desvanecido.

Mi primer impulso fue dejar de respirar. El segundo, salir corriendo en dirección opuesta. Pero mis pies no se movieron del sitio. Mi cuerpo entero se negó a obedecer.

Y allí nos quedamos.

Él, en el solar donde pensaba construir un hotel.
Yo, frente al mío.

Con una calle, una historia inacabada y una banda de gaitas entre nosotros.

Y el corazón dispuesto a romperse otra vez.

—Lorena... —susurró Iris a mi lado, con la boca entreabierta.

Pero yo no podía contestarle.

Solo podía mirarlo.

Justo en el instante en que su gaita bajó lentamente.

Justo cuando su mirada se clavó en la mía.

CAPÍTULO 35

No sé cuánto tiempo estuve paralizada, pero sí sé el momento exacto en el que mis piernas decidieron responderme: fue cuando Angus dio un paso hacia mí.

Uno.

Dos.

Tres.

Atravesó la calle con esa determinación suya que siempre parecía rozar lo insolente, pero que en él era magnética. Se apartó la gaita del pecho y se la entregó a uno de sus compañeros sin dejar de mirarme. Su *kilt* se movía al ritmo del viento, como si toda la ciudad estuviera compinchada para que la escena pareciera una fantasía épica.

Cuando llegó a mi altura, no dijo nada.

Solo me tomó las manos con una firmeza que me cortó la respiración.

Se inclinó.

Y me las besó.

Primero una, luego la otra. Lento, sin prisas. Como si aquello no fuera una acera madrileña, ni yo una mujer que había jurado enterrarlo en su memoria.

—Angus… —susurré, temblando, sin saber si decirle que se marchara o que no se atreviera a soltarme nunca más.

Pero no tuve que decidir. Las miradas que sentía sobre nosotros —clientes del hotel, trabajadores, curiosos— me dieron el empujón que necesitaba.

—Ven conmigo —le dije, tirando suavemente de sus manos.

Lo conduje a través del vestíbulo, entre la música de fondo y las caras alucinadas, y subimos a la terraza del ático, la más tranquila a esa hora del día. Cuando cerré la puerta detrás de nosotros, me giré por fin a encararlo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

Angus respiró hondo, como si se quitara un peso de encima solo por estar a mi lado.

—Lo que debería haber hecho desde el principio —respondió.

Me apoyé contra la barandilla, cruzándome de brazos, todavía desconcertada. Él se acercó un poco, pero respetó la distancia.

—Te debo una disculpa, Lorena. Muchas. Pero sobre todo, necesito que sepas algo.

—Adelante.

—Cuando volví a Edimburgo, estaba convencido de que lo mejor era dejarte tomar tus propias decisiones sin condicionarte. Pensé: "si se queda en Madrid, será porque eso quiere". Pero lo cierto es que te retiré mi oferta de trabajo por puro egoísmo. Porque no quería darte motivos para quedarte aquí. No en Madrid. Me di cuenta de lo que quería era que vinieras conmigo.

Me quedé muda.

—Y supongo que ya era demasiado tarde —siguió él—. Creí que era precipitado, que me había lanzado demasiado rápido. Pero en vez de hablar contigo como una persona adulta, me encerré en mi orgullo. Me ofusqué. Me escondí detrás de la excusa de que era lo correcto.

Tragué saliva. Me dolía oírlo, aunque parte de mí agradecía que lo dijera en voz alta.

—Tu hermana Rhona estuvo aquí. Me lo dejó caer —murmuré—. Que te habías pasado semanas hecho polvo. Pero no quise creérmelo.

—Porque no me lo gané. Y lo entiendo.

Se me acercó un poco más.

—Pero estoy aquí ahora. No para convencerte de nada que no quieras. Solo para decirte lo que siento.

Me sostuvo la mirada, sin miedo.

—Te echo de menos cada minuto del día. No ha habido una sola hora en la que no pensara en ti. En tu voz, en tu risa, en lo que decías con los ojos aunque no abrieras la boca. En lo bien que me hacía sentir. En lo poco que me importaban las decisiones importantes si tú estabas a mi lado.

Mi pecho subía y bajaba con dificultad. Era como si las palabras hubieran abierto una compuerta dentro de mí.

—Angus…

—Déjame terminar —dijo, dando un paso más. Ya podía oler su loción, sentir el calor de su cuerpo.

—No solo quiero que trabajes conmigo en Edimburgo. Quiero que seas mi mano derecha, mi socia en todo. Que traigas tu visión, tu experiencia, tu forma de hacer magia con un hotel. Pero a mi lado. Todos los días.

Me miraba con esa mezcla de seriedad escocesa y ternura aplastante que me derretía.

—Y también quiero que seas mi mujer —añadió de pronto.

Abrí los ojos, sorprendida. Él levantó las manos enseguida.

—No me malinterpretes. No te estoy pidiendo matrimonio en este instante. A menos que quieras, claro, en cuyo caso tengo un anillo en el bolsillo —dijo, medio en broma, medio en serio.

Yo solté una carcajada, entre lágrimas que se me escapaban sin remedio.

—Pero sí estoy diciendo que te quiero. Probablemente te quiera desde aquella bendita noche en Lisboa, aunque nunca supe reconocerlo. Que me equivoqué al dejarte marchar, y que, si tú quieres, estoy dispuesto a cambiarlo todo para que podamos intentarlo de verdad. A tu ritmo. Como tú quieras. Pero juntos.

El silencio que siguió fue distinto. No era incómodo. Era contundente. Cargado de emoción, como el aire antes de una tormenta de verano.

Me acerqué un paso. Luego otro.

—Eres un cabezón, MacDonald —murmuré.

—Siempre —asintió él con una media sonrisa.

—Me hiciste daño con tu silencio. Y por eso tuve que irme de tu casa al amanecer.

—Lo sé. Y lo siento más de lo que sabré explicarte.

Respiré hondo, tragándome el nudo que se me hacía en la garganta.

—Pero también me hiciste feliz. Muy feliz. Y creo… creo que no te he dejado de querer ni un solo día desde que volví a Madrid.

Sus ojos brillaron, y esta vez fui yo quien acortó la distancia que quedaba.

—No sé qué pasará en Edimburgo. No sé si estaré a la altura. Pero lo que sí sé es que quiero averiguarlo contigo.

Angus me rodeó la cara con las manos, como si no pudiera creerse que de verdad estuviera allí.

—¿Sí?

—Sí —susurré, justo antes de que me besara.

Y no fue un beso de película, ni uno tímido. Fue un beso lleno de todo lo que nos habíamos guardado, lo que nos habíamos callado, lo que habíamos intentado tapar con excusas y miedo. Fue un reencuentro, una rendición y una promesa, todo en uno.

Cuando nos separamos, teníamos la respiración entrecortada y las sonrisas tontas ya instaladas en la cara.

Me apoyé en su pecho, dejando que mi cuerpo se relajara por primera vez en semanas.

Angus me acarició el pelo.

—Gracias por no cerrarme la puerta.

—Gracias a ti por venir con un equipo de gaiteros.

—Sabía que si iba a hacer el ridículo, al menos que sonara épico.

Reí contra su camisa, mientras pensaba que, efectivamente, este hombre me había robado el corazón. Y no pensaba pedírselo de vuelta.

A veces dar el salto era lo único que quedaba por hacer.

Y yo, esta vez, iba a saltar con los ojos bien abiertos.

CAPÍTULO 36

El atardecer bañaba la terraza del hotel y todo el mundo alababa la decoración que mis compañeros habían preparado con tanto esmero. Las copas tintineaban, las risas se escapaban por encima de la música ambiente, y yo me sentía como en el centro de una escena que no acababa de creerme del todo.

Porque, para empezar, lo de aquella tarde no era una boda civil.

—¿Entonces no hay ningún enlace? —pregunté por tercera vez, con la copa de cava en la mano, mirando a Iris, que sonreía como si guardase un secreto que no pensaba soltar fácilmente.

—Lorena, no sé cómo llegaste a creértelo. ¿Una boda en nuestro hotel? Pues no. Ni vestido blanco, ni arroz, ni tarta nupcial —me confirmó, brindando conmigo—. Esto es otra cosa.

Y lo era. Era una fiesta. Una fiesta para celebrar que había vuelto a ser yo. O quizá, para celebrar que ya no era exactamente la misma de antes. Que había dado un salto enorme y que, contra todo pronóstico, no me había estampado.

—¿Y tú sabías que todo esto era por… nosotros? —le pregunté a Angus, que en ese momento estaba ocupado rellenándome la copa con una puntería sospechosamente buena.

—Lo sospeché —admitió con esa media sonrisa que todavía me descolocaba—. Iris y Rhona no son muy sutiles cuando traman cosas juntos.

—Oh, Dios…entonces Rhona vino hace unos días… ¿en realidad era para preparar esta fiesta? ¿Con Iris?

Giré la cabeza y ahí estaban las dos, brindando en la otra punta de la terraza con un grupo de huéspedes del hotel que no parecían tener ni idea de qué se celebraba exactamente, pero estaban encantados de estar invitados.

También vi a mi colega Vicente, que llevaba una guirnalda de luces enredada al cuello y estaba contando chistes de cuando él y Giulio se fueron a un congreso en Benidorm y acabaron en un karaoke de bachatas.

—Dime que hay vídeo de eso —le decía Iris, que se reía a carcajadas.

—No solo hay vídeo, hay testigos protegidos —respondió Vicente.

Me apoyé en la barandilla, disfrutando del aire cálido de Madrid por primera vez en mucho tiempo. A mi lado, Angus me rodeó la cintura con una naturalidad que ya no me asustaba.

—¿Estás bien? —me preguntó, bajito.

—Estoy… lista para dejar todo esto atrás. Ha llegado al momento.

Él asintió, sabiendo perfectamente a qué me refería.

Sí, me iba a Edimburgo.

Sí, con él.

Sí, a una vida nueva. A una ciudad donde el cielo es más gris pero el corazón me late más fuerte.

Lo habíamos hablado todo. Con calma, con ternura, con respeto. Como las parejas que no necesitan ruido para saber que lo suyo es de verdad.

Me iría con él. En unas semanas.

Y aunque no lo habíamos hecho público aún, aquella fiesta era nuestra celebración anticipada.

—¿Crees que Giulio se lo tomará bien? —preguntó Angus, en un susurro.

—Le dolerá. Pero también creo que, en el fondo, sabrá que no podía quedarme eternamente. Que me toca moverme. Y crecer. Aunque sea lejos.

Angus asintió, como si también entendiera la mezcla agridulce que me recorría. No todo era felicidad pura, pero sí era lo correcto.

Justo entonces, Iris apareció con un par de canapés y una expresión que oscilaba entre el entusiasmo y el pánico.

—Vale, creo que ya es hora —anunció él, mirando alrededor como si esperara que nos cayera un rayo de confidencialidad del cielo.

—¿De qué? —pregunté.

—De decirte algo —dijo Angus, poniéndose serio de repente—. Hemos estado hablando, Iris y yo… y creemos que el hotel nuevo, cuando esté listo, necesitará una directora.

—Claro —respondí, sin ver por dónde iba la cosa—. Hará falta encontrar a alguien.

Los dos me miraron con una sonrisa traviesa.

—Ya la hemos encontrado —dijeron a la vez.

Tardé dos segundos en entenderlo.

—¿Iris?

Ella levantó las manos, como si no pudiera creérselo aún.

—Solo si tú estás de acuerdo —añadió Angus—. Y si no, no se moverá ni un ladrillo.

—¿Y si Giulio se entera? Dios, creo que le dará algo cuando sepa que nos vamos las dos—pregunté, alarmada.

—Por eso queremos que de momento no se diga nada —explicó Iris—. Hasta que esté todo cerrado. Y tú hayas hablado con él.

Me tapé la cara con las manos, emocionada.

—Esto es una locura… ¡pero una locura maravillosa!

Abrazamos a Iris con tanta fuerza que casi tiramos la bandeja de canapés al suelo. Entre risas y lágrimas disimuladas, brindamos por la nueva etapa, por la amistad, y porque la vida, a veces, tenía un guión mejor que el de cualquier comedia romántica.

La música subió de volumen y empezaron los bailes.

Primero fueron los clásicos pasos torpes de hotel, con Vicente y una huésped alemana improvisando un vals balcánico que nadie entendió pero todos aplaudieron. Luego se animó todo el mundo, hasta que la terraza se convirtió en una pista de baile medio caótica, medio gloriosa.

Iris bailaba con un camarero que parecía sacado de un anuncio de perfumes. Inés, la camarera, daba vueltas con una copa en alto,

sin derramar ni una gota. Angus me tiraba de la mano para sacarme al centro y yo, por una vez, no me resistí.

Esa tarde bailamos como si no hubiera mañana. Como si no nos esperaran mudanzas, despedidas, contratos que firmar o decisiones importantes. Solo él y yo, riendo, chocando nuestras frentes, inventando pasos ridículos que nos hacían llorar de la risa.

—Te vas a arrepentir —bromeé, cuando me pisó por tercera vez.

—Demasiado tarde. Ya soy tuyo.

—Vas a tener que repetir eso cada día.

—¿En inglés o en español?

—En gaélico —le desafié.

—Acepto el reto.

Nos reímos hasta quedarnos sin aliento.

Cerca de las dos de la madrugada, algunos huéspedes ya se habían retirado a sus habitaciones y los más valientes seguíamos brindando con lo que quedaba en las botellas. Vicente cantaba una versión flamenca de "Loch Lomond" mientras Rhona le hacía los coros con una servilleta en la cabeza a modo de boina escocesa.

Y yo, en medio de aquel caos glorioso, sentí algo muy simple: felicidad.

Con él.

Una felicidad rabiosa, repentina, inesperada.

Felicidad por haberme lanzado, por no haberme quedado quieta. Por haber dicho que sí al miedo, al amor, a la incertidumbre. Por haber elegido mi camino aunque estuviera lleno de gaitas, whisky, y cielos nublados.

Angus me abrazó por la espalda y me susurró al oído:

—No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado aquella noche.

—¿En Edimburgo?

—No. En Lisboa.

Apoyé mi cabeza en su hombro y cerré los ojos un momento.

Había terminado una etapa. Y empezaba otra.

El hotel, mis días corriendo entre reservas, quejas, inauguraciones, cócteles de bienvenida y salones que olían a ambientador caro, quedaban atrás.

Ahora venía algo nuevo.

Y lo iba a vivir con él.

En la distancia, alguien puso una última canción. Una balada suave, sin letra, que parecía hecha solo para nosotros.

—¿Bailamos? —me dijo Angus, tendiéndome la mano como si no hubiéramos bailado ya media docena de canciones.

Y yo, que nunca había creído en los cuentos de hadas, le respondí:

—Siempre.

Lo tomé de la mano, y nos movimos bajo las luces de la terraza, entre amigos, risas y secretos por revelar. El cielo de Madrid, un cómplice silencioso, nos cubría en el hotel por última vez.

Y yo supe, sin ninguna duda, que era el final perfecto para mis días de furia, para nuestra historia.

O mejor dicho, el principio perfecto para todo lo que estaba por venir.

EPÍLOGO

Un año después…

—Angus, si vuelves a comerte mis cereales de unicornio, juro que esta vez sí me largo con Gus.

Silencio.

—¡Y no vale esconderte en el granero!

Desde la cocina, oí un susurro culpable, seguido por el sonido inequívoco de alguien que cerraba una caja de cartón con disimulo. Cuando asomé la cabeza, allí estaba: Angus MacDonald, orgulloso terrateniente, con una cucharada de mis cereales arcoíris a medio camino de su boca y expresión de niño atrapado con las manos en la miel.

—¿No habíamos acordado que eran comunitarios? —preguntó con la boca llena.

—No. Acordamos que no los tocarías. Que te comprarías tus cosas de adulto, como muesli de avena o lo que sea que comen los escoceses al llegar a los cuarenta.

—Treinta y nueve —sonrió, alzando una ceja con descaro—. Y el unicornio me lo he comido por Gus. Para que no se sintiera solo.

Gus, nuestro *border collie* oficialmente adoptado y extraoficialmente emperador del sofá, emitió un gruñido satisfecho desde su almohadón. Se estaba dejando lamer por una de las gallinas de los vecinos que últimamente venía de visita. Yo ya no preguntaba.

—Venga, amor —dijo Angus, acercándose por detrás y rodeándome con los brazos—. ¿De verdad vas a enfadarte el día de nuestro viaje?

—¿Viaje? ¿A eso le llamas subirme a un jet privado para asistir a un evento lleno de ejecutivos empapados en colonia de marca y canapés de *foie*? —bufé, aunque ya se me escapaba una sonrisa—. Estoy a tres presentaciones de volverme al monte con una cabra.

—A dos, y te recuerdo que la cabra te sigue en Instagram.

Me reí. No podía evitarlo. Así era mi vida ahora: rodeada de verde, de locuras, de animales imposibles y de un escocés que, contra todo pronóstico, me entendía hasta cuando yo misma no sabía qué quería.

Había pasado un año desde que me instalé en Glenlorne. Un año desde que dejé Madrid, al Giulio emperador del mármol, los correos con asunto en mayúsculas y los desayunos sin alma.

Y no me arrepentía de nada.

Ahora era la directora de comunicación de los hoteles MacDonald, un cargo que sonaba elegante, que me permitía trabajar en pijama desde casa buena parte del tiempo y que, sobre todo, no implicaba tener que pedirle permiso a nadie para innovar.

Las ideas salían de mí, y se aplicaban con libertad. Desde Glenlorne, había organizado tres campañas, una colaboración con una *influencer* escocesa famosa por esquilar ovejas en TikTok y una experiencia de "lujo bucólico" que había salido en una revista francesa. Todo sin moverme de mi cocina con vistas a los prados.

Bueno, y con Wi-Fi, claro. Gracias al Wi-Fi, que fue una odisea. Pero Angus dio su brazo a torcer más fácilmnte de lo que esperaba. Ahora hasta los gallos tuiteaban.

—¿Tienes todo listo? —preguntó Angus, acariciándome el cuello mientras yo trataba de terminar un último e-mail antes de salir.

—Sí. Ordenador, presentaciones, agenda... vestido rojo matador con tajo en la pierna y escote por si hay cámaras.

—¿Y los zapatos imposibles?

—Están en la maleta. Y ya les he avisado de que los odio.

Él rió, de ese modo que hace que se le marquen las arruguitas junto a los ojos y se me olvide que tengo cerebro.

—¿Y tú estás lista? —añadió, más suave ahora—. Para ver tu antigua ciudad convertida en parte de esta nueva aventura.

Le miré. Y asentí.

Porque sí, estaba lista. Más que nunca. No solo por la fiesta de inauguración del hotel de Angus en Madrid —un moderno y elegante homenaje a sus raíces escocesas con bar de whisky, biblioteca de madera y hasta un salón de chimenea—, sino por todo lo que representaba.

Representaba que esto funcionaba.

Nosotros. Nuestra nueva vida. Nuestro equilibrio imposible entre Highlands y Edimburgo, entre barro y tacones, entre vacas y videollamadas.

—Solo tengo una condición —dije, mientras él cargaba la maleta al coche que nos llevaría a la pista privada—. En cuanto entremos en el avión, quiero champán, una playlist de los ochenta y que me prometas que, si sobrevivo al evento sin asesinar a nadie con una copa, me llevas a cenar a Casa Lucio.

—Hecho. Pero no pienso compartir las patatas.

—Entonces dormimos separados.

Nos besamos en mitad del camino de tierra que daba acceso a la entrada de Glenlorne, con el sol apenas despuntando y el cielo lleno de ese azul que solo existe en Escocia por la mañana.

Gus subió al coche con su pañuelo de "seguridad perruna" y un hueso gigante entre los dientes.

Aterrizamos en Madrid pocas horas después. Calor seco, taxis pitando, edificios altos. Me bajé del avión con mis gafas de sol, como si fuese una estrella de Hollywood, y me sentí… diferente.

No como una huésped. Tampoco como una turista.

Me sentí en casa, pero con otra piel.

—¿Lista para el *show*? —me susurró Angus, mientras subíamos al coche de cortesía con chófer que nos esperaba junto a la terminal.

—¿Crees que lo sabrán?

—¿El qué?

—Que ahora soy yo la dueña del cuento. Que ya no soy la que corría detrás del jefe, sino la que crea los finales felices.

Angus me miró. Me tomó la mano. Y sonrió.

—A la que todos quieren copiar.

Iris nos esperaba en la entrada del nuevo hotel con un vestido azul eléctrico y una sonrisa que le ocupaba toda la cara. Había madurado, sí, pero seguía siendo la misma entusiasta de siempre, solo que ahora se subía a unos tacones de vértigo y llevaba una tablet en la mano desde la que manejaba el hotel como si fuera una nave espacial.

Al vernos bajar del coche, corrió hacia nosotros, me abrazó con fuerza y me susurró al oído, emocionada: «No sabes cuánto he soñado con este momento». Luego se volvió hacia Angus, le estrechó la mano con una reverencia exagerada y, con su mejor tono de directora novata con poder, añadió: «Bienvenidos al MacDonald Madrid. Todo está bajo control. Bueno… casi todo».

Esa noche, en la terraza del nuevo hotel MacDonald de Madrid, con las luces estratégicamente dispuestas, la música elegante flotando en el aire y camareros deslizándose entre los invitados con bandejas doradas, brindamos.

Por nosotros.

Por el futuro.

Y por los finales que, a veces, son solo comienzos con otro vestido.

Angus me rodeó con un brazo mientras el fotógrafo capturaba imágenes de ensueño. Gus, que por supuesto había sido admitido por ser "personal esencial", dormía sobre una manta al lado del catering, donde todos le ofrecían canapés con adoración.

—¿Y ahora qué, señora MacDonald? —me preguntó él, bajito al oído, mientras me apartaba un mechón de pelo.

—Ahora dominamos el mundo —le respondí, dándole un beso rápido—. Pero primero, enséñame la mejor habitación.

—¿La de invitados?

—No, la nuestra. Esa con el jacuzzi. Tengo que enseñarte un truquito nuevo.

Y mientras caminábamos hacia el ascensor, con risas, miradas cómplices y un Madrid rendido a nuestros pies, pensé:

Pues sí. Que me vengan con Highlanders.

Aunque yo ya tengo el mío.
Y Wi-Fi de cinco rayitas.

***

¡Gracias por escoger esta historia! Si te ha gustado, te agradecería mucho que dejases una valoración o reseña en Amazon.
Eso siempre nos ayuda enormemente a las autoras independientes ;)

También puedes apuntarte a mi lista de correo aquí.
Te enviaré e-mails de forma esporádica, cuando haya una nueva historia disponible.

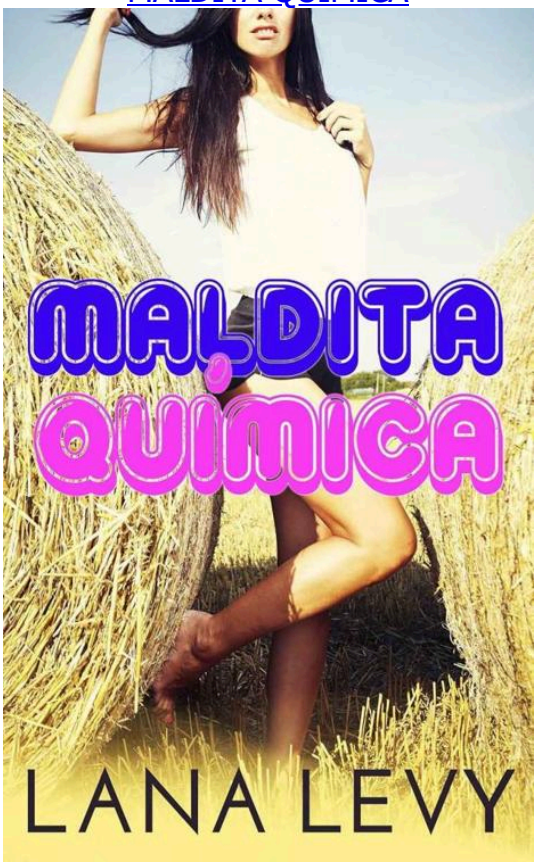
Haz clic en **"SEGUIR"** en mi página de autora de Amazon para recibir notificaciones de la plataforma sobre mis nuevas novelas y ver todas las que he publicado hasta la fecha.

¡Hasta la próxima!
X
Lana Levy

Contacto:
lanalevyautora@yahoo.com

YA DISPONIBLE

MALDITA QUÍMICA



Después de una semana desastrosa, con un incendio, una ruptura y un despido —todo en tres días—, Astrid hace lo único sensato: desaparecer del mapa.

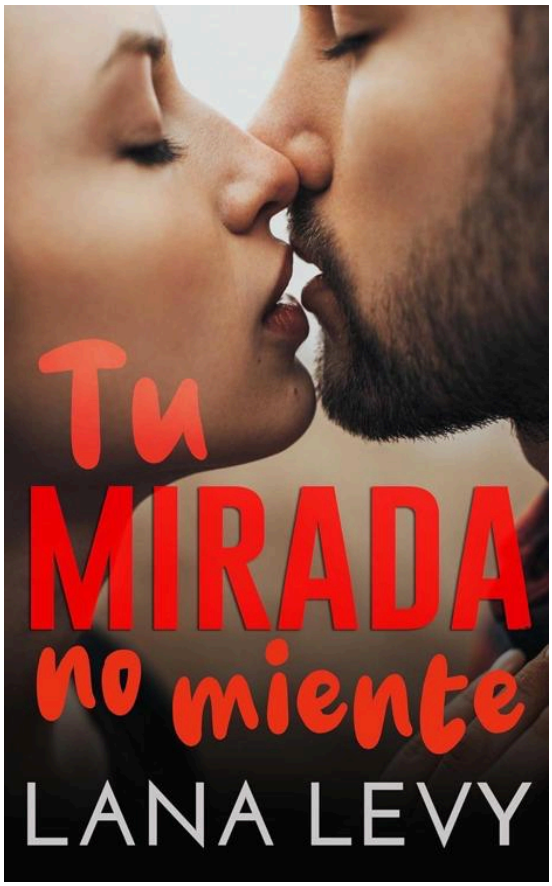
Pero no se va a Bali, como hace creer a sus amigas, sino al pueblo manchego en mitad de la nada que en su adolescencia juró no volver a pisar.

Lo que no esperaba era encontrarse allí al hombre más guapo y odioso de la provincia y entrar en guerra con él. Pero, ¿y si enamorarse de alguien como Germán, con los pies tan en la tierra, la deja atrapada para siempre en un lugar que no era parte del plan? ¿Y si quedarse en el pueblo fuera el verdadero salto al vacío?

Una comedia romántica rural con diálogos afilados, tensión sexual no resuelta, una abuela de armas tomar y esa pregunta que todas nos hacemos: ¿qué pasa cuando ya hemos llegado a dónde debíamos estar?

TAMBIÉN DISPONIBLE

TU MIRADA NO MIENTE



El amor prohibido es peligroso, pero un amor silenciado durante años es devastador.

Nadia ha construido su vida en base a unas reglas muy claras: la familia va primero, su trabajo como periodista después y, por último, el amor… si es que alguna vez llega sin causar estragos.

Pero todo cambia cuando su nuevo compañero en la redacción resulta ser Isaac, el hombre que estuvo a punto de convertirse en su cuñado.

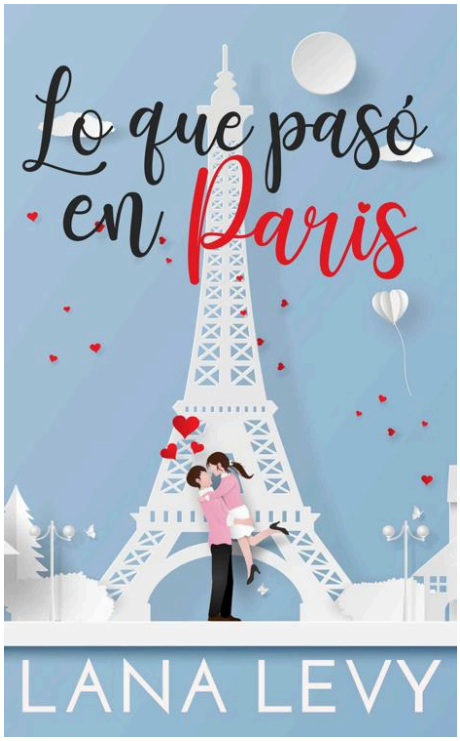
El mismo Isaac que hace cinco años dejó plantada a su hermana Sofía justo antes de la boda.

El mismo por el que Nadia sintió lo que nunca debió sentir.

Ahora, con el pasado llamando a la puerta y el deseo amenazando con derribar todas sus barreras, ¿podrá seguir ignorando lo que siente o, esta vez, arriesgará todo por lo que realmente desea?

TAMBIÉN DISPONIBLE

LO QUE PASÓ EN PARÍS



Él era su jefe. Ella, su mayor distracción.

Esther nunca ha sido de las que mezclan negocios y placer, pero cuando su jefe, el atractivo CEO Reid O'Malley, entra en la ecuación, las reglas dejan de importar.

Lo que empezó como una tensión mal disimulada en un viaje de trabajo a París se convierte en algo mucho más intenso.

Él es brillante, magnético y se le da muy bien esconder todo lo referente a su vida personal.

Esther sabe que debería mantenerse al margen, pero la química entre ellos no deja de arrastrarla. Y cuando los secretos comienzan a salir a la luz, descubre que resistirse a Reid no era la batalla más difícil… Lo complicado es mantenerse a salvo de todo lo que lo rodea.

TAMBIÉN DISPONIBLE

HAZ TU MAGIA



Reencontrarte con tu primer amor es mágico… ¡hasta que recuerdas que también fue tu mayor pesadilla!

Lidia tiene una vida tranquila en la ciudad, un trabajo en una agencia de publicidad que no la llena del todo y dos amigas inseparables con las que comparte risas… y mucho salseo.

Su mundo da un vuelco al reencontrarse con Román, un mago medio famoso… y también el niño que le hacía la vida imposible en el colegio.

Solo que ahora es un tipo carismático y muy sexy.

Y entre espectáculos de magia, secretos familiares y un fuego que se niega a apagarse, Lidia pronto descubrirá que el amor… puede ser el truco más inesperado.